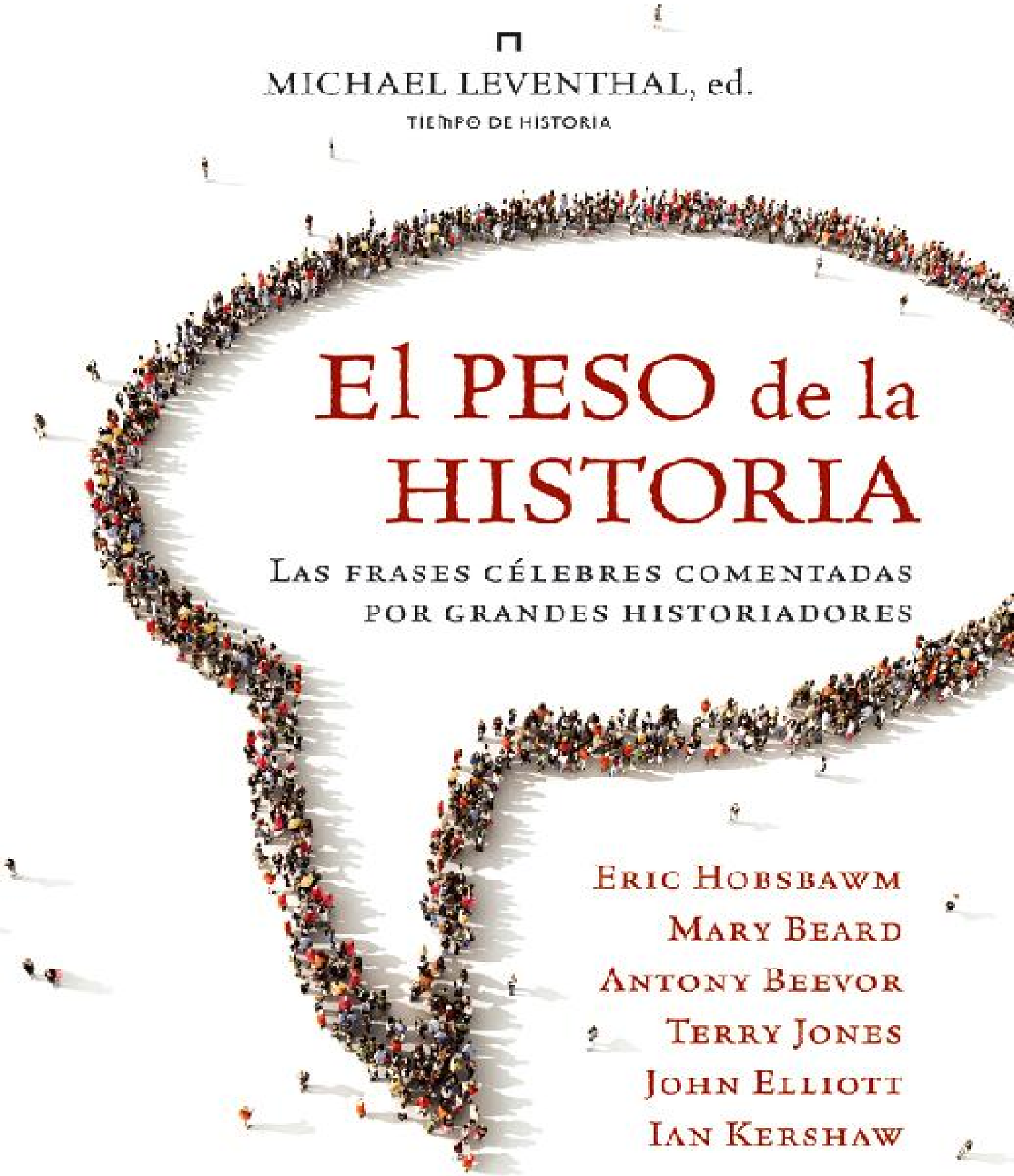
MICHAEL LEVENTHAL, ed.

TIEMPO DE HISTORIA



# El PESO de la HISTORIA

## Las frases célebres comentadas por grandes historiadores

Eric Hobsbawm

Mary Beard

Antony Beevor

Terry Jones

John Elliott

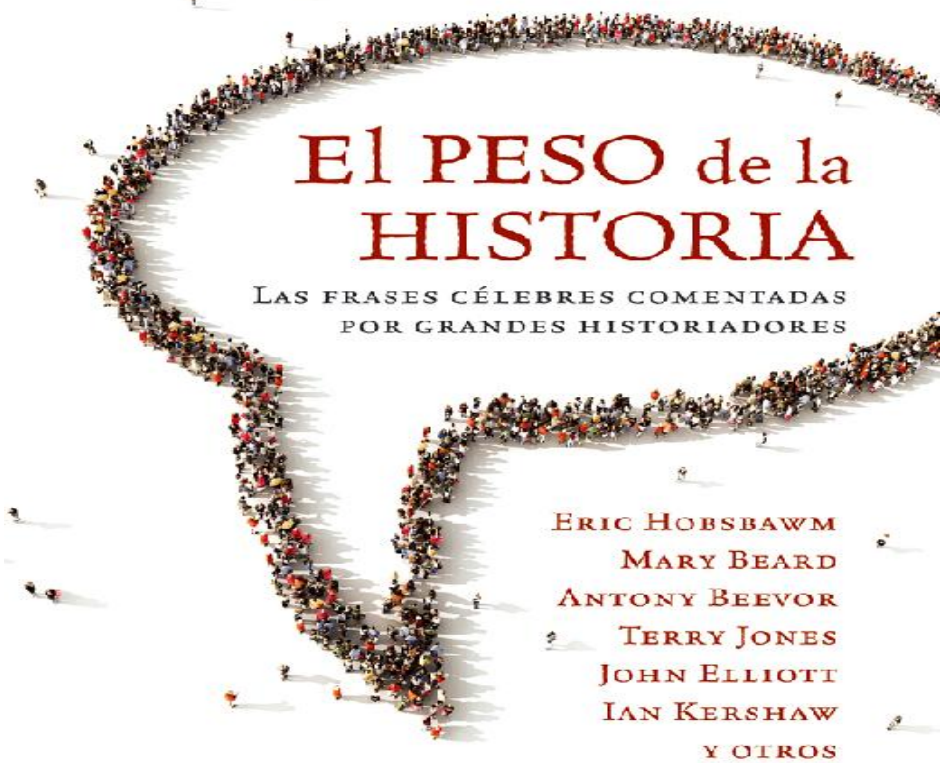
Ian Kershaw

y otros

CRÍTICA

MICHAEL LEVENTHAL, ed.

TIEMPO DE HISTORIA



# El PESO de la HISTORIA

LAS FRASES CÉLEBRES COMENTADAS POR GRANDES HISTORIADORES

ERIC HOBSBAWM
MARY BEARD
ANTONY BEEVOR
TERRY JONES
JOHN ELLIOTT
IAN KERSHAW
Y OTROS

CRÍTICA

Índice

Portada
Introducción
Citas y comentarios
Charles Allen
Joyce Appleby
Rick Atkinson
Juliet Barker
Correlli Barnett
Mary Beard
Antony Beevor
Martin Bell
Alan Bennett
Conrad Black
Jeremy Black
Geoffrey Blainey
Michael Bliss
Richard Bosworth
Asa Briggs
Ken Burns
K. N. Chaudhuri
Richard Cohen
John Robert Colombo
Peter Corris
Saul David
William C. Davis
Terry Deary
Carlo d'Este
Taylor Downing
Jonathan Eig
John Elliott
Richard van Emden
John English
Charles Esdaile
Richard J. Evans
Amanda Foreman
Martin Gilbert
Hermann Giliomee
Donald E. Graves
Charlotte Gray
Tom Griffiths
Chris Hale

Philip Haythornthwaite
John Hemming
Eric Hobsbawm
James Holland
Richard Holmes
Harold Holzer
Michael Howard
Daniel W. Howe
John Hughes-Wilson
Walter Isaacson
Nigel Jones
Terry Jones
Anthony Julius
Grace Karskens
Ian Kershaw
Robert J. Kershaw
Jim al-Khalili
Henry Kissinger
Ian Knight
Phillip Knightley
Guido Knopp
Andrew Lambert
Paul Lay
Quentin Letts
Leanda de Lisle
John Luckacs
Robert Lyman
Gavin McLean
Frank McLynn
Hugh McManners
Allan Mallinson
John Man
Hilary Mantel
Justin Marozzi
Michael R. Marrus
Charles Messenger
Alexander Mikaberidze
Dan Mills
Christopher Moore
Roger Moorhouse
Melissa Müller
Bill Nasson
Tim Newark
Helen J. Nicholson
David Nicolle
John Julius Norwich

Mathew Parris
Jonathan Powell
Jonathan Powell
Laurence Rees
Jonathon Riley
Andrew Roberts
Trevor Royle
Philip Sabin
Dominic Sandbrook
Christopher Saunders
Guy Saville
Desmond Seward
Gary Sheffield
Dennis Showalter
Dan Snow
Timothy Snyder
Hew Strachan
Julian Thompson
Claire Tomalin
Joanna Trollope
Stephen Turnbull
Christopher Tyerman
Ted Vallance
Charles van Onselen
Gerhard L. Weinberg
Keith Windschuttle
Gordon S. Wood
Ephraim Zuroff
Índice de colaboradores
Índice onomástico
Créditos

# Introducción

*The Hand of History*, el título original de este libro, se ha tomado de una observación de Tony Blair la víspera del acuerdo del Viernes Santo en Irlanda del Norte. El 8 de abril de 1998, el entonces primer ministro del Reino Unido declaró: «Un día como el de hoy no es un día para grandes frases, podemos dejarlas en casa. Sin embargo, siento la mano de la historia sobre los hombros…, realmente la siento». En una época notoria en el Reino Unido por la manipulación política, el líder del Partido Laborista declaró repudiar las grandes frases mientras al mismo tiempo, no obstante, pronunciaba la más memorable de toda su carrera.

El comentario de Blair parece un punto de partida adecuado: aparte de ser una maravillosa ironía, constituye un ejemplo típico de cómo los líderes invocan la historia de manera categórica. La resolución de un asunto de relativa importancia se califica de «histórica» para inflar la transcendencia de un acontecimiento y, en general, también el ego del líder. La historia se presenta como una autoridad omnisciente que proporciona una valoración cierta, y que normalmente suele coincidir con la versión de los acontecimientos de quien la emite.

Durante siglos, los políticos y los comentaristas han utilizado precedentes históricos para justificar estrategias políticas y militares. Ahora bien, la historia puede ser fácilmente tergiversada; dejando de lado la simple falsificación, el uso selectivo de los datos y de los hechos históricos puede resultar igual de engañoso. Cuando los intelectuales y los políticos de estados nacientes o de territorios que aspiran a la condición de estado hablan de construir una «identidad nacional» o una «historia nacional», estas expresiones invariablemente suelen conllevar una serie de hechos partidistas que apoyan una narrativa en concreto. Dicho esto, toda historia

es necesariamente selectiva, puesto que la gente percibe de diversas formas la historia común, y estas diferencias suelen ser a menudo fuente de malentendidos y conflictos.

Mi objetivo al preparar esta antología era profundizar en algunas de estas cuestiones. Algunos destacados historiadores fueron invitados, o bien a escribir un aforismo, o bien a seleccionar una cita sobre la historia o sobre cómo se escribe la historia. También se les pidió un breve comentario en el que justificaran su elección. Más de un centenar de historiadores de todo el mundo respondieron a mi petición, y el resultado es una lista impresionante de los autores más respetados que escriben sobre historia en la actualidad. Me preocupó que sus comentarios fueran repetitivos. Lejos de ello, un aspecto muy positivo de esta recopilación es la variedad de sus respuestas.

Un tema que ha surgido es el papel cambiante del individuo al escribir la historia, una observación que se ajusta a mi experiencia como lector y editor: en el pasado reciente se ha puesto un énfasis cada vez mayor tanto en el papel del individuo común y corriente como en los detalles de su vida. Se trata de lo que podríamos llamar la «personalización de la historia», y es posible que este cambio se haya dado a expensas de las grandes y amplias narrativas de todas las escuelas históricas.

La tradición histórica marxista se ha centrado en los movimientos de poder impersonal y en las fuerzas subyacentes más que en los individuos como tales. Sin embargo, en 1963, E. P. Thompson publicó su fundamental historia social, *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, en la que anunciaba su intención de «rescatar al pobre tejedor de medias, al tundidor ludita, al "obsoleto" tejedor en telar manual … de la enorme condescendencia de la posteridad».

Igualmente importante para los lectores de historia militar, mi propia disciplina, fue *El rostro de la batalla*, de John Keegan, publicado más de una década después, en 1976. El autor afirmaba explícitamente que su intención era abandonar los grandiosos cuadros de la historia militar y centrarse, en lugar de ello, en los pequeños detalles de la vida de los individuos. Keegan no se equivocaba: la gente lee sobre la gente.

Ni Keegan ni Thompson estaban complaciendo al mercado, sino que ambos se habían dado cuenta de que los lectores habían empezado a desear que se inyectara vida en la alta política y la estrategia. Querían comprender cómo la gente, y no solo los reyes y los comandantes, comían, dormían, bailaban y morían. En este contexto, no nos sorprende el éxito de la reciente serie de Max Arthur, *Voices*, recopilaciones de crónicas personales del siglo XX: los relatos de testigos presenciales pueden proporcionar una imagen más realista, básica y emotiva de las vidas de los personajes del pasado.

Esta personalización es una de las razones por la que la historia, en especial la historia narrativa, atrae ahora a un público más amplio; Peter Furtado, el editor de la revista *History Today* desde hace diez años, apuntó que la venta de libros de historia es mayor que nunca puesto que «las "narraciones" han vuelto a entrar en la "historia"».

Este significativo cambio ha coincidido con la democratización generalizada de la sociedad occidental desde las décadas de 1960 y 1970, y ha sido en parte consecuencia de ella. Con la erosión de las barreras de clase y la disminución de la deferencia hacia la autoridad, los lectores esperan una mayor igualdad en los temas históricos.

Hace poco tuve la suerte de publicar *Secret Days*, la crónica de Bletchley Park [el centro de descodificación y desencriptación de los servicios de inteligencia británicos durante la segunda guerra mundial] escrita por Asa Briggs. Lord Briggs, que este año cumple noventa años, describía su recorrido, de historiador de la economía en la década de 1940, a historiador social, historiador cultural y, finalmente, «historiador humano», con la publicación de sus experiencias en tiempos de guerra, donde escribía como historiador, pero también como antiguo participante. Reconoció que su evolución personal tal vez hubiera sido el resultado de un cierto desdén por la institucionalización de las «subhistorias», pero que también refleja sus reacciones a los cambios que han tenido lugar en el modo de escribir la historia en los últimos setenta años.

Este proceso tal vez sea la consecuencia del aumento del abanico de medios en los que se puede presentar la historia. La historia es más accesible que nunca; aparece en documentales emitidos cada noche en televisión en la franja horaria de mayor audiencia, y está disponible en línea

a cualquier hora. Por otra parte, gracias a internet, cualquiera con un poco de curiosidad puede realizar su propia investigación, genealógica o sobre cualquier aspecto de la historia, y en cualquier idioma. El acceso a los materiales en línea no ha engendrado un incremento del interés por la historia familiar, pero ha facilitado mucho este tipo de investigaciones, haciéndolas más atractivas.

El progreso de la tecnología ha llevado a lo que Arnold Toynbee describió como la «aniquilación de la distancia». Toynbee pronunció esta frase en 1952 y desde entonces el ritmo del cambio se ha acelerado. En la actualidad, escritores de todo el mundo pueden publicar, promocionar y debatir su trabajo en línea en cuestión de minutos, lo que ha permitido acabar con los «silos»; las ideas y la información se mueven tan deprisa entre géneros y disciplinas que puede conducir a una original transfertilización. También ha ampliado significativamente el alcance de la literatura histórica.

Esta evolución y expansión continuará, y aparecerán nuevas tendencias; el estilo de la escritura histórica evolucionará, igual que lo harán las expectativas y las exigencias de los lectores. Tal vez ya estemos asistiendo al inicio de un regreso a la gran narrativa. El éxito de autores como Niall Fergusson y Andrew Roberts parece indicar que los lectores todavía sienten un sano apetito por este último género. No obstante, en todos los géneros se ha dado un cambio importante: incluso las obras históricas de carácter más amplio contienen ahora algo más de «toque humano». Se ha convertido en un ingrediente esencial de la literatura histórica.

Me siento en deuda con los historiadores que han apoyado este proyecto, cuyo objetivo es recaudar fondos para la investigación del Parkinson. Entre los autores que han colaborado se encuentra el fallecido Richard Holmes, cuya aportación me ha llegado hace poco tiempo. Además de los escritores, Chris Riddell ha realizado unas ilustraciones espléndidas. Deseo expresar mi agradecimiento a Donald Sommerville, mi sufrido editor desde hace años; a los amigos que leyeron el manuscrito e hicieron sugerencias; a Shona Andrew y a Jem Butcher, respectivamente, por los diseños de

cubierta y cortesías de la primera edición en inglés. Por último, todo mi agradecimiento a mi padre, que me enseñó todo lo que sé del mundo de la edición.

MICHAEL LEVENTHAL
michael@frontline-books.com

# Citas y comentarios

# Charles Allen

*Lo que nos pide el mundo científico a los que trabajamos en la India es que estemos seguros de la certeza de nuestros datos, que les presentemos el repertorio de monumentos exactamente como son en la actualidad, y que lo interpretemos fiel y literalmente*.

JAMES PRINSEP

Estas palabras las escribió James Prinsep, secretario de la Asiatic Society de Bengala en 1837, al principio de la enfermedad que le provocaría la muerte un año más tarde. A lo largo de los meses anteriores, Prinsep, de treinta y siete años, había publicado una serie de *coups d'érudition*, entre ellos el descifrado de los alfabetos *brahmi* y *kharosthi*, que le permitió leer los misteriosos edictos escritos en pilares y rocas repartidos por todo el territorio y que habían desconcertado a los eruditos desde hacía siglos. Este descubrimiento llevó, por su parte, a la revelación de que el autor de los edictos era Asoka, el primero, y podría decirse que el más grande, de los emperadores de la India.

Pocos historiadores han logrado igualar los logros de Prinsep, y pocos han sido tan relegados al olvido. Prinsep se consideraba a sí mismo un científico, pero era, por definición, un orientalista, contaminado por tanto al considerarse que formaba parte de la maquinaria explotadora del imperialismo europeo, y ello pese a que él y sus colegas orientalistas habían liderado la lucha contra los seguidores de Macaulay y los evangelistas que defendían la imposición de los valores y la educación británica en la India.

En la actualidad, es Asoka el que se encuentra bajo la sombra de la sospecha. Cuando la India obtuvo la independencia en 1947, Asoka hacía furor. El primer ministro Nehru eligió una imagen del emperador, la rueda con veinticuatro puntas conocida con el nombre de *chakra*, que colocó en el

centro de la bandera tricolor india. El auge de Asoka terminó con el asesinato de la hija de Nehru, la primera ministra Indira Gandhi, en 1984, y con el alza de los partidos políticos sectarios cuyo lema era *hindutva*, o «hindunidad». Una de las víctimas de la *hindutva* fue la principal estudiosa de Asoka, la profesora Romila Thapar, cuya interpretación de la historia de la India, tal como se enseñaba en el programa educativo nacional, fue alterada en lo que ella entendió que era «un intento de sustituir la historia dominante por la versión *hindutva* de la historia». Las protestas de Thapar le valieron la acusación de traicionar a la India; una doble ironía: el emperador sobre el que Thapar había escrito había sido asimismo víctima en una de las primeras manifestaciones de la *hindutva*.

A la *hindutva* no le interesa la tolerancia religiosa que pedía el emperador Asoka en su séptimo edicto, en el que manifestaba el deseo de que «todas las religiones residieran en todas partes». No le interesa la historia basada en los hechos.

El eco de las palabras de Prinsep sigue resonando.

# Joyce Appleby

*El valor de la historia no es científico, sino moral. La historia, al liberalizar la mente, profundizar en las simpatías y fortalecer la voluntad, nos permite controlar, no la sociedad, sino algo mucho más importante, a nosotros mismos; nos prepara para vivir de una forma mucho más humana en el presente y enfrentarnos al futuro en lugar de predecirlo*.

CARL BECKER

He citado muy a menudo esta frase de Becker porque expresa perfectamente lo que se puede obtener del estudio de la historia. A diferencia de lo que ocurre con las ciencias, la gente puede sacarle provecho a la historia por el mero hecho de convertirla en su posesión personal y de reflexionar profundamente acerca de su significado. La frase de Becker describe un papel para la historia modesto y profundo al mismo tiempo.

HISTORY

# Rick Atkinson

*La historia, igual que la tragedia, exige una exposición, una acción central y un desenlace. Mi secreto consiste en obligar al lector a preguntarse: ¿ascenderá al trono Felipe V?*

VOLTAIRE

Resulta muy útil tomar prestado de las otras artes, y espero que el lector pueda perdonar mi ambición temeraria por haber hecho mía la frase de Voltaire cuando afirmo que «mi secreto consiste en alentar al lector a preguntarse: ¿ganarán los Aliados la segunda guerra mundial?».

Jacques Barzun, el filósofo y escritor que tiene ya ciento dos años, exige que la narrativa histórica se ajuste a lo que él describe como «la variedad y la irracionalidad de la individualidad, la fuerza radical de las nimiedades, la manifestaciones de grandeza y los fracasos del talento indiscutible». Como escritor de historia militar narrativa, yo no puedo evitar preguntarme: ¿se ha hecho alguna vez alguna descripción más sucinta de la humanidad en guerra?

# Juliet Barker

*Si uno pudiera revivir para los otros algunas de las antiguas y complejas intrigas, muertas y cubiertas de telarañas, e insuflar aliento y carácter en los nombres muertos y en los rígidos retratos. Eso, en mi opinión, es historia*.

G. M. TREVELYAN

La biografías, nos dicen, ya no están de moda, y sin embargo, yo he creído siempre que las personas son el centro de la historia. Las clases del colegio eran sosas y aburridas: un encomiable y tedioso recorrido a través de la política, la economía y las tendencias sociales, ninguna de las cuales logró cautivar mi imaginación del modo en el que lo hacía la ficción histórica que leía con avidez en casa. Walter Scott, Nigel Tranter, Margaret Irwin y Norah Lofts hacían aparecer personajes del pasado y explicaban su historia de tal manera que uno podía identificarse con ellos y, por lo tanto, comprenderlos. Al ver la historia desde el punto de vista individual, le dieron vida, y eso es lo que yo he intentado hacer en mi propia obra.

Los acontecimientos pueden moldear las vida de las personas, pero son las personas individuales las que también dan forma a esos acontecimientos. Agincourt es un ejemplo clásico. No hubiera habido campaña, ni por supuesto victoria, de no haber sido por un hombre: Enrique V. Fueron su ambición, su meticulosa atención a los detalles logísticos, su competencia táctica y, en el momento crucial en el campo de batalla, su habilidad para inspirar a sus hombres con su bravura personal y su carisma frente a las aplastantes probabilidades en su contra, las que lograron la victoria aquel día.

No obstante, hubiera podido no haberse librado ninguna batalla de no haber sido por otro hombre, un caballero francés ahora casi olvidado incluso en su propio país. Raúl de Gaucourt llegó a Harfleur con trescientos soldados de refuerzo, pasando ante las propias narices de Enrique, y defendió la ciudad durante tanto tiempo que el rey se vio obligado a abandonar sus planes de conquista y presentar batalla. (Sus esfuerzos le costarían a Gaucourt diez años en una prisión inglesa, pero pasaría el resto de su vida luchando contra los ingleses; asombrosamente, vivió para presenciar su expulsión de Francia en el año 1453.)

Desenterrar otros personajes olvidados que normalmente no se hubieran ganado un lugar en los libros de historia emociona aún más: el escudero inglés que se vio forzado a empeñar todas sus posesiones porque se quedó sin dinero cuando la expedición se prolongó más de lo previsto; dos galeses que después de Agincourt realizaron una peregrinación «para cumplir los votos hechos en el campo de batalla»; la mujer francesa que, seis meses después de la batalla, no sabía si era esposa o viuda porque no se había encontrado el cuerpo de su marido. Son historias como estas, en mi opinión, las que insuflan vida y carácter, no solo en el nombre de los muertos, sino también en la propia historia.

# Correlli Barnett

*Uxbridge: «Señor, he perdido una pierna».*
*Wellington: «Vaya por Dios, ¡es cierto!».*

Esta conversación a caballo tuvo lugar en plena batalla de Waterloo entre Su Excelencia el mariscal de campo duque de Wellington y su lugarteniente, el conde de Uxbridge, después de que este recibiera el impacto de una bala de cañón.

En mi opinión, se trata de un soberbio ejemplo de la flema y el comedimiento británicos, que debería servir de antídoto contra todo esa sensiblería superficial en la que se complacen hoy en día los políticos, los actores y la gente de la calle entrevistada en televisión.

La sangre fría del duque y el buen juicio táctico bajo el fuego enemigo fueron responsables de la aplastante derrota sufrida por Bonaparte en Waterloo, y, en consecuencia, configuraron el futuro de Europa. Su victoria demuestra asimismo que, en los momentos decisivos, son los individuos los que hacen la historia, y no los movimientos marxistas de masas.

# Mary Beard

*Mientras los leones no tengan sus propios historiadores, las leyendas de caza siempre glorificarán al cazador*.

PROVERBIO NIGERIANO

Le tengo mucho cariño a este proverbio por su encantadora insistencia en que siempre deberíamos recordar que la historia tiene más de un lado.

En mi opinión de historiadora del mundo antiguo, esto es especialmente importante porque casi todos mis testimonios proceden del bando de los cazadores: los hombres (y no las mujeres), los libres (y no los esclavos), los ricos (y no los pobres), los griegos y los romanos (y no los bárbaros), los vencedores (y no los vencidos, aunque, si hemos de ser justos, sean más numerosos los que pertenecen a esta categoría que los que pertenecen a las otras).

Aunque solo sea eso, la idea del «historiador de los leones» me incita a darle la vuelta a parte del lenguaje habitual de la descripción histórica, que puede parecer tan neutral pero que en realidad nunca lo es. En lugar de decir «los romanos obtuvieron otra tremenda victoria», intente el lector decir, «los romanos fueron culpables de otra tremenda masacre». La diferencia en la historia que se explica es inmensa.

En mis clases, les explico este proverbio a mis alumnos a fin de debilitar la idea de historia «objetiva». Es demasiado fácil afirmar que los prejuicios en la historia son malos y que la objetividad es buena. Sin embargo, la objetividad suele ser un eufemismo para la historia de los vencedores, o la historia de los cazadores. ¿Qué aspecto tendría, les pregunto yo, una historia objetiva de la guerra de Irak? ¿Querríamos una

historia objetiva, incluso si pudiéramos tenerla? ¿Y qué nos diría una historia objetiva sobre (por poner un ejemplo) la rebelión de Boudica en Britania?

Ignoro de dónde exactamente, o de cuándo, procede este proverbio, pero eso, al fin y al cabo, forma parte de la naturaleza de los proverbios. No puedes ubicarlos fácilmente. Sin embargo, el hecho de que provenga de África le da una mayor mordacidad, incluso algo más cortante. No olvidemos que nosotros, los europeos, hasta hace relativamente poco tiempo, afirmábamos sin problema alguno que África no tenía historia hasta que llegamos allí.

¿Cuánto nos equivocábamos? Mucho, pero eso ya es otra historia.

# Antony Beevor

*Lo único que aprendemos de la historia es que nadie aprende de la historia*.

OTTO VON BISMARCK

He elegido el aforismo de Bismarck porque su observación, aunque sea una exageración bastante cínica, es especialmente pertinente hoy en día.

El auténtico peligro de la ignorancia histórica radica en los políticos que establecen falsos paralelismo con acontecimientos anteriores importantes. En la última década hemos oído a George W. Bush comparar los ataques del 11 de septiembre de 2001 contra Estados Unidos con el ataque a Pearl Harbor. No importa si Bush estaba o no intentado asumir el manto de un gran líder militar, el caso es que eso le animó a ir más lejos e intentar justificar una estrategia de estado contra estado en lugar de tratar la amenaza como un problema de seguridad.

La segunda guerra mundial se ha convertido en un punto de referencia compulsivo. Eden comparó obsesivamente a Nasser con Hitler, y cometió un grave error que desembocó en el fiasco de Suez. Los acólitos de Rumsfeld intentaron dar una imagen de Saddam Hussein que le equipara a Hitler cuando, como mucho, era un mal sucedáneo de Stalin. También predijeron que los vencidos iraquíes colaborarían después de la guerra con sus ocupantes, igual que habían hecho los alemanes y los japoneses después de 1945.

Todos los viejos sarcasmos sobre generales intentado combatir la próxima guerra con las tácticas de la última están fuera de lugar. Son los políticos los que intentan justificar la intervención militar utilizando la anticuada retórica de la segunda guerra mundial, simplemente por su estatus simbólico, según el cual se trató de una guerra correcta.

HISTORY

# Martin Bell

En algo así como unos veinticinco países, desde Camboya hasta Angola, y desde Croacia hasta Irak, el tema más importante de estudio es la conciencia de la existencia de las minas antipersona. Para el resto de nosotros, eso es historia. Si hacemos caso omiso de esta historia, estamos indudablemente condenados a repetirla. No hay ni un solo regimiento del ejército británico, ni siquiera ningún predecesor de los actuales regimientos fusionados, que no tenga a Afganistán o a Mesopotamia (Irak) en sus colores y emblemas. ¿Y dónde han sido desplegados los soldados británicos en el pasado reciente? En Irak y en Afganistán. Igual que en los Balcanes, produjeron más historia de la que podían consumir localmente. Si no comprendemos nuestra historia, la historia nos pillará por sorpresa una y otra vez. No podemos permitirnos un futuro igual a nuestro pasado. Tampoco podemos seguir permitiendo que las cuestiones de vida o muerte se decidan en un gobierno o en un Parlamento, que son zonas libres de historia.

# Alan Bennett

Mi única cita sería la observación de Rudge en *The History Boys*: «La historia no es más que una puta cosa tras otra». Pronunciada en primer lugar, creo, por sir Herbert Butterfield tal vez como «una maldita cosa tras otra», o como «una puñetera cosa tras otra».

# Conrad Black

*De lo sublime a lo ridículo no hay más que un paso*.

NAPOLEÓN BONAPARTE

Esta observación la hizo Napoleón en el preciso momento en el que iniciaba la retirada de Moscú, y aunque en aquel momento no pudiera predecir todavía la magnitud de la debacle que estaba a punto de tener lugar, sin duda se daría cuenta de que se trataba del principio de una colosal derrota. Mantener esta compostura y este sentido de la ironía en unas circunstancias así exige una mente que nunca deje de ser consciente del carácter teatral de hasta la más tremenda de las adversidades, y que sea filosófica con relación a las variaciones de la fortuna, incluso a una escala gigantesca y a un nivel intensamente personal. Y, por supuesto, el comentario es pertinente. ¿Quién podía haberse imaginado que, tras alzarse, en el transcurso de apenas dos largas vidas, a la cumbre de un poder militar y económico abrumador, adquirir una influencia cultural popular e imbuirse de autoridad moral, a continuación, deshacerse de un mortal adversario gracias a una política de contención de 45 años de duración y con un derramamiento de sangre relativamente escaso, y alzarse después como la única gran potencia mundial, Estados Unidos deslocalizaría y subcontrataría millones de puestos de trabajo de baja cualificación al mismo tiempo que importaba millones de trabajadores poco cualificados, que pediría billones de dólares prestados a China y a Japón para comprarles a China y Japón los productos que habían sido antes deslocalizados y subcontratados, y que obligaría a los sectores privado y casi privado a emitir billones de dólares en valores financieros basados en productos inmobiliarios de ningún valor?

La posición del país era sublime cuando cayó el muro de Berlín, y ridícula cuando George W. Bush dijo, con una elocuencia muy alejada de la de Roosevelt, y hablando de la economía estadounidense de catorce billones de dólares: «La cabrona podría venirse abajo». En la vida de una gran nación, no fue más que un paso.

# Jeremy Black

*El sol del atardecer parecía rezagarse a fin de poder cubrir de oro el victorioso estandarte de Austria*.

PRÍNCIPE EUGENIO DE SABOYA

Mucho, impresiona, pero para ofrecer una impresión duradera es necesario regresar a las antiguas citas, o a los pasajes de lecturas hechas décadas atrás, que han perdurado en la memoria. La poética imagen en el informe del príncipe Eugenio sobre su espectacular y aplastante victoria sobre los turcos otomanos en Zenta, en Hungría, en 1697 fue todo un acierto. La idea del mundo natural sometiéndose al mundo de los hombres, pese a ser ridícula, no deja de ser magnífica. Zenta no fue solo una gran victoria, sino que significó además un triunfo crucial en la construcción de la nueva Europa, una Europa que no estaba sometida a las potencias no cristianas. Como tal, Zenta abrió el camino para que Edward Gibbon, en *Historia de la decadencia y caída del imperio romano* (1776-1788), expresara su confianza en que las invasiones «bárbaras» no triunfarían de nuevo.

La realidad de la batalla es deprimente, pero el informe del príncipe Eugenio captó otra realidad del noble esfuerzo humano.

THE OUTBACK

# Geoffrey Blainey

*La distancia es característica de Australia, igual que en Suiza lo son las montañas. Por rutas marítimas o aéreas, la mayor parte de las regiones de Australia están, como mínimo, a casi veinte mil kilómetros de Europa occidental, el origen de la mayor parte de su población, de su equipamiento, de sus instituciones y de sus ideas. La costa de Australia se extiende también unos casi veinte mil kilómetros*.

*En el siglo XVIII, el mundo se estaba convirtiendo en un solo mundo, pero Australia seguía siendo un mundo aparte. Las costumbres y el comercio de Europa todavía no habían llegado al territorio, más aislado que el Himalaya o el corazón de Siberia*.

Estas dos citas están extraídas de mi libro *The Tyranny of Distance: How Distance Shaped Australia's History*. El libro, comprensiblemente, provocó controversia, puesto que en él, yo intentaba reescribir una gran parte de la historia de Australia. Parte de esta nueva versión de la historia ha sido ahora aceptada, y parte no lo ha sido. Mientras tanto, la frase acuñada para el título del libro se incorporó al lenguaje australiano y después empezó a viajar al extranjero.

Al llegar la década de 1990, la asombrosa contracción del mundo desafiaba la idea misma de «la tiranía de la distancia». Rupert Murdoch, en sus discursos, y Frances Cairncross, en su libro publicado en 1997, *La muerte de la distancia*, tras tomar nota de mis argumentos, señalaron de forma muy persuasiva que las nuevas comunicaciones estaban reconfigurando el globo. En la edición del año 2001 de mi libro acepté algunas de sus tesis, pero expliqué con todo detalle que otras no se ajustaban a Australia ni a otros territorios comparables. Mi conclusión fue que «la distancia ha sido domada, pero dista mucha de estar muerta».

La geografía es tan omnipresente en la historia que este tipo de debate nunca desaparecerá.

# Michael Bliss

*¿No le parece inexplicablemente maravilloso?*

ELIZABETH HUGHES

«¿No le parece inexplicablemente maravilloso?», le preguntó, asombrada, la quinceañera Elizabeth Hughes a su madre en 1922. Elizabeth estaba describiendo los efectos en su cuerpo de las inyecciones de insulina, sustancia recién descubierta en la Universidad de Toronto como una terapia para tratar la *diabetes mellitus*. Elizabeth, una de las primeras pacientes a las que se le administró la nueva sustancia, se había adelgazado hasta pesar apenas veinte kilos a causa de la diabetes y, cuando empezó a recibir dosis de insulina aquel mes de agosto, se encontraba a las puertas de la muerte. Al cabo de seis meses, pesaba más del doble, regresó al hogar familiar y empezó a llevar una vida normal. En 1980, 58 años más tarde, entrevisté a Elizabeth Hughes para mi libro.

Nos enseñan a evitar los juicios sobre la historia como constatación del progreso, pero sin duda tiene que haber excepciones. Nuestras victorias sobre las enfermedades y el sufrimiento, mediante vacunas, insulina, antibióticos, trasplantes, prótesis y tantos otros hallazgos y adelantos, son alentadores ejemplos de la capacidad de la medicina moderna de modificar a mejor la condición humana. Muy pocas personas vivas en la actualidad preferirían vivir en otro período de la historia, sobre todo por el acceso que la mayoría de nosotros tenemos a la mejor asistencia sanitaria que el mundo haya jamás conocido.

Tendemos a dar por sentadas las inexplicables maravillas de los grandes avances de la historia médica, mientras insistimos desesperadamente en llenar el vaso al máximo. Perdemos el contacto con

esa sensación de asombro maravillado que Elizabeth Hughes y muchos otros han sentido a lo largo de la historia en episodios que el gran médico sir William Osler describió como «la redención del hombre por el hombre».

# Richard Bosworth

*No sería correcto que la crítica histórica desacreditara nuestras hermosas leyendas*.

GIOVANNI GIOLITTI

Este comentario lo hizo el primer ministro italiano Giovanni Giolitti en respuesta a la solicitud que hizo un historiador, en junio de 1912, para publicar material de los archivos del Piamonte, solicitud que fue rechazada. Giolitti era un liberal, un político al que, en general, no se consideraba particularmente autoritario. Después de 1922, ya a una edad avanzada, su historial seguía mostrando un razonable distanciamiento de la dictadura fascista que se hizo con el control del país y que, como suelen hacer este tipo de regímenes, intentó con toda su energía imponerles a los italianos una única lectura de la historia.

Esta anécdota tiene dos aspectos. El primero, la demostración de los límites del liberalismo, una cuestión que no debemos olvidar hoy en día cuando hemos caído, de una forma más absoluta si cabe, bajo la hegemonía de alguna versión del neoliberalismo y del «mercado». En la actualidad, en mi país natal, Australia, donde los medios de comunicación están dominados por Rupert Murdoch, en el país que llevo en mi corazón, Italia (misma situación, pero con Berlusconi), y también en Estados Unidos e incluso en el Reino Unido, nos repiten constantemente lo libres que somos como individuos para tomar nuestro propio camino y aprovechar nuestras propias oportunidades. Aun así, la diferencia entre ricos y pobres no deja de aumentar, pese a la obsesiva cobertura que se hace de las fluctuaciones momentáneas de valores y divisas y la constante glorificación de las

ganancias materiales. Todo ello acompañado de un populismo grosero diseñado para disipar cualquier duda que pudiera asaltar a aquellos que no siempre ganan.

En esta situación, también a menudo se exprime la historia para que sirva a los propósitos de alguien, invocando sobre todo los triunfos militares y las tragedias «nacionales». Giolitti, en su tiempo, ya mostró públicamente su sarcasmo con relación a la cualidad intelectual y la comprensión humana de los oficiales militares. Sin embargo, nuestro mundo de «guerra contra el terrorismo» espera de nosotros más y más que aclamemos a nuestros soldados como lo mejor y más brillante que tenemos. A menudo esta historia excesivamente patriótica se fusiona con el legado histórico y funciona ajena al medio académico. Sin embargo, eso no es siempre así.

El segundo mensaje que transmite la anécdota de Giolitti, y el más importante, es por lo tanto que, ahora más que nunca, la historia como disciplina necesita mantener su compromiso de explorar el pasado de una forma crítica. La historia debería desvelar lo que, parafraseando a Gibbon, podríamos llamar los «crímenes y las locuras, las comedias y las tragedias de la humanidad». Los historiadores deberían evitar decirles a los ricos y poderosos lo que estos quieren oír y, mediante el análisis del pasado, contribuir a que nuestros gobernantes se revuelvan incómodos durante la noche y a incitarles a reflexionar sobre su hipocresía, su codicia y su fracaso final.

# Asa Briggs

*Nos preocupa la disminución de la influencia de la historia en nuestra sociedad, y su retirada progresiva de la batalla de las ideas. Esta pérdida de estatus no puede ser atribuida al creciente desinterés popular ... La «historia seria» se ha convertido en un tema reservado a los especialistas, una restricción relativamente reciente que puede ser atribuida a la consolidación de la profesión de historiador, a la cada vez mayor fragmentación de la disciplina… a la estrechez de los temas de interés de los historiadores, y también al modo en que se organiza y se configura la investigación ... La enseñanza y la investigación están cada vez más distanciadas, y las dos, divorciadas de los propósitos sociales más amplios o explícitos ... Creemos que la historia es una fuente de inspiración y de comprensión, que aporta no solo los instrumentos para interpretar el pasado, sino también la posición crítica más ventajosa desde donde observar el presente*.

*HISTORY WORKSHOP*

El estudio de la historia se ha transformado en el curso de mi carrera de historiador: primero, historiador social que introdujo la política, e historiador cultural más tarde. Un indicador de dicha transformación fue la creación de los talleres de historia en el Ruskin College de Oxford. En la primavera de 1976, sus organizadores empezaron a publicar una revista, *History Workshop*, y todavía acudo a aquel editorial escrito por lo que la revista denominó un colectivo. Una generación más tarde, me sigue pareciendo pertinente.

En sí misma, la historia no nos enseña nada. No obstante, constituye una fuente necesaria de información que exige ser explicada, y también un estímulo, tanto para argumentar como para la imaginación.

# Ken Burns

*Los místicos acordes de la memoria, que se extienden desde cada campo de batalla y cada tumba de patriota hasta todos los corazones vivos y todos los hogares de este extenso territorio, seguirán ampliando el coro de la Unión cuando una vez más vuelvan a ser tocados, como seguramente ocurrirá, por los mejores ángeles de nuestra naturaleza*.

ABRAHAM LINCOLN, 4 de marzo de 1861

# K. N. Chaudhuri

*Pasamos la noche, como de ordinario, a campo raso, aunque en una plantación cuyo propietario [don Ignacio] se ocupaba en la cacería de los tigres. Estaba casi desnudo, y era de un moreno negruzco como un zambo; lo cual no obstaba para que se creyera de la casta de los blancos. Llamaba a su mujer y a su hija, tan desnudas como él, doña Isabel y doña Manuela. Aunque jamás se había apartado de las orillas del Apure, ponía gran interés en «las noticias de Madrid, en esas guerras interminables y en todas las cosas de allá». Sabía que el rey de España vendría pronto a visitar «las grandezas del país de Caracas»; así y todo, añadió jovialmente, «como la gente de la corte no sabe comer sino pan de trigo, jamás querrá pasar de la ciudad de La Victoria, y no la veremos aquí». Me había llevado un chigüire que pensaba hacer asar; pero nuestro huésped nos aseguraba que hombres blancos como él y como yo («nosotros, caballeros blancos») no se hicieron para comer esa cacería india…*

*Después de medianoche se levantó un viento furioso… y nos calamos hasta los huesos… Don Ignacio nos congratulaba por nuestra buena suerte de no hallarnos acostados en la playa sino en su propiedad entre gente blanca y de trato… ¡Cuán extravagante espectáculo el hallar en esta vasta soledad, en un hombre que se cree de raza europea y no conoce otro abrigo que la sombra de un árbol, todas las vanidosas pretensiones, todos los prejuicios hereditarios, todos los errores de una larga civilización!*

ALEXANDER VON HUMBOLDT,
*Viaje a las regiones equinocciales del Nuevo Continente*

La descripción de Humboldt y sus comentarios son bastante divertidos y, considerando lo breve que es nuestro viaje en la tierra comparado al tiempo cósmico, toda vanidad humana, en especial los desórdenes psicológicos

excesivamente insulares de los habitantes de esa isla empapada por la lluvia que es Gran Bretaña: el color de la piel, la inmigración, la ruptura de la sociedad, los niños asesinos de niños, la cultura de la navaja; y además, la ópera del Covent Garden, el festival de ópera de Glyndebourne, el Royal Shakespeare Theatre (la lista es interminable), la incapacidad de pronunciar una palabra en un idioma diferente al que aprendimos mamando la leche materna en Coventry y en la región industrial de Gorbals. Todo el mundo, al final, muere: unos en medio del dolor; otros, aquejados de demencia como Ronald Reagan; algunos, presa de un pánico mortal; otros, caídos en desgracia, como Richard Nixon o John Profumo, o atormentados, como Marilyn Monroe; otros más en olor de santidad, como Agustín de Hipona; y algunos, sin saber qué hay en la otra orilla del Río Silencioso. Antígona, en la tragedia tebana de Sófocles, era una terrorista por haberle dado a su hermano muerto un entierro decente contraviniendo las órdenes de un tirano. Fue enterrada viva en una caverna y se ahorcó. Su prometido, el hijo del tirano, incapaz de decidir cuál era su deber entre la muerte de la mujer que amaba y un estado totalmente tiránico, se suicidó.

Pese a todo su liberalismo, Humboldt no pudo evitar utilizar constantemente expresiones tales como «entre las razas del color del cobre», exactamente la expresión equivalente a la que utilizaban los indios en los siglos XVI y XVII para describir a los europeos como «los hombres del sombrero», o «*gora lok*» (gente del color del polvo). Humboldt, sin embargo, no era en absoluto racista.

# Richard Cohen

*La historia empezó mal y ha ido empiorando a un ritmo constante. La verdá es como hacer carreras cuando peason y yo nos damos un modesto garbeo por el jardín ante las napias del jardinero. Todos los favoritos caen…, y si les preguntas a los que lo han hecho antes, no estoy demasiao seguro de que estuvieran de acuerdo en que de verdad mola. Pero ahora ya es muy tarde*.

*CÓMO LIBRARSE DE LA HISTORIA*

*Naide ha descubierto un medio de librarse de la historia, la tenemos encima, y nos rodea a tós. Lo que pasa es que cuando miras las caras de los cucos y los bellacos de tu clase te preguntas si la historia de aquí a poco no será tal vez pior que nunca… y se mocurre una gran idea: TODOS LOS LIBROS QUE LOS CHAVALES TIENE A LEER SE EQUIVOCAN*.

GEOFFREY WILLANS y RONALD SEARLE,
*The Compleet Molesworth*

Muchos años antes que Adrian Mole apareciera en escena, ya teníamos libros que proponían lo que a mí me parecían conceptos totalmente originales: que la historia puede ser cómica (no sería hasta más tarde de aquel mismo año cuando conocería el clásico de Sellar y Yeatman de 1939, *1066 and all that*); que los historiadores tienen cada uno de ellos sus propias prioridades; y que era posible que lo que nos enseñaban no fuera cierto. Tal como lo expresaban Sellar y Yeatman, en un axioma que sin duda hubiera contado con la aprobación de Molesworth, salvo por la ortografía, «la historia no es lo que creíste, sino lo que puedes recordar».

El día que cumplí doce años me regalaron un ejemplar del libro de Geoffrey Willans y Ronald Searle *The Compleet Molesworth*, un compendio de los cuatro libros de gran difusión sobre el escolar rebelde Nigel Molesworth y sus aventuras en St. Custard, un internado imaginario de principios de la década de los cincuenta. Searle seguiría dibujando las escolares de St Trinians, y Willand era un director de escuela jubilado, y juntos supieron captar con asombrosa habilidad los temores y las fantasías de los escolares de entonces y de ahora. Inevitablemente, Molesworth reflexiona sobre la enseñanza y la naturaleza de la historia, y hace los comentarios que ya hemos visto.

# John Robert Colombo

*Difícilmente puede concebirse una nacionalidad, la más desamparada de todas aquellas que pueden dar vigor y elevar a un poema, que la que exhiben los descendientes de los franceses en el Bajo Canadá, debido a que han conservado sus costumbres y su peculiar lenguaje. Son un pueblo sin historia y sin literatura.*

LORD DURHAM, *Report on the Affairs of British North America*

Si tuviera que identificar las palabras más potentes y proféticas que han influido en el desarrollo del Dominio de Canadá, serían las palabras de este pasaje del informe sobre los asuntos británicos en Norteamérica redactado por lord Durham y escritas en el año 1839 por John Lambton, el noble inglés que en su día fue conocido con el apodo de «Jack el Radical». Está todavía por determinar por qué este caballero inglés sin pelos en la lengua fue enviado desde Londres, acompañado por su séquito, a realizar una gira por todo Quebec con el objetivo de estudiar las quejas de los franceses y de los británicos en la colonia norteamericana. Sin embargo, resultó ser la persona adecuada que llegó en el momento adecuado. Son las ocho últimas palabras de este breve pasaje las que clavaron una estaca en el corazón del *Ancien Régime* de Quebec, una herida dolorosa aunque, en aquellas circunstancias, no fuera una herida mortal. Todo el mundo sabe que el vampiro siempre se alza de entre los muertos.

La verdad de estas palabras, «sin historia y sin literatura», exasperó tanto al abogado de la ciudad de Quebec, François-Xavier Garneau, que, en los seis años posteriores a ellas, dedicó mucho tiempo y un gran esfuerzo a demostrarle a lord Durham que se equivocaba, o, al menos, que se había precipitado al emitir su juicio. Aquellas palabras tuvieron como resultado la

publicación de la importante *Histoire du Canada* de Garneau (1845-1848), en la que demostraba con pruebas la riqueza histórica y literaria de Quebec. Garneau juró que «escribiré la historia que usted ni siquiera sabe que existe. Verá que nuestros antepasados solo cedieron cuando les superaban en número. Algunas derrotas son igual de gloriosas que una victoria». El llamamiento de Garneau revitalizó el lado francófono de las «dos solitudes», al que infundió nuevo respeto y confianza.

No se me ocurren palabras más proféticas de trascendencia nacional, ni siquiera la calculada provocación de Charles de Gaulle cuando, desde el balcón del ayuntamiento de Montreal el 24 de julio de 1967, lanzó «*Vive le Québec libre*!».

# Peter Corris

*Cuando se trata de la historia, uno nunca puede estar seguro, pero creo que puedo afirmar con seguridad que Aristóteles Onassis no se hubiera casado con la señora Jruschov*.

GORE VIDAL

Esta ingeniosa observación funciona igual que el mejor humor: aportando algo inesperado. En lugar de una farragosa y muy reflexionada respuesta a una pregunta sobre política global, Vidal le salió al entrevistador con una respuesta frívola y gacetillera a la pregunta de qué hubiera podido ocurrir si Jruschov y Kennedy no hubieran sido asesinados. Sin embargo, las palabras de Vidal contienen implícitos en ella elementos serios de los que Vidal, el comentarista político y social, brillante y escéptico, era sin duda perfectamente consciente: la fatua vanidad de un hombre rico que necesitaba una esposa-trofeo, las ansias de celebridad constante de una mujer esencialmente superficial y un comentario sobre ese cerrado mundo de los ricos y poderosos que se congratulan a sí mismos.

# Saul David

*Los príncipes deberían temer a los historiadores más que las mujeres feas a los pintores*.

ANTONIO PÉREZ

Esta cita, escrita por el estadista español Antonio Pérez a finales del siglo XVI, es hoy en día igual de pertinente que entonces, aunque en lugar de príncipes deberíamos ahora decir políticos. Pérez sabía muy bien de lo que hablaba. Hijo del secretario del príncipe (más tarde rey) Felipe, Antonio sucedió a su padre en el servicio del rey y fue nombrado secretario de estado de Castilla en 1566. Sin embargo, más tarde, planearía el asesinato del secretario de don Juan de Austria, el hermanastro del rey, lo que le haría caer en desgracia con su real señor, Felipe II. Dicho secretario había sido nombrado con la misión de espiar a don Juan, de quien el rey desconfiaba, y Pérez lo hizo asesinar cuando el espía no logró implicar a don Juan. Justificó, no obstante, su crimen ante Felipe II insistiendo en que el secretario formaba parte de una conspiración para poner en el trono a don Juan en sustitución de Felipe; el rey, sin embargo, descubriría la verdad y ordenaría la detención de Pérez. Pérez escaparía más tarde y huiría a Francia, donde se tomó la revancha escribiendo su libro *Relaciones*, el principal responsable de empañar la memoria de Felipe II.

Pérez, por supuesto, estaba resentido y tenía motivos personales. La mayor parte de los historiadores no los tienen (o no deberían tenerlos). Vale la pena detenerse en esta cuestión: por mucho que un hombre poderoso pueda intentar en vida sacarle lustre a su reputación, serán los historiadores quienes tengan la última palabra. Hitler, Stalin y Mao, tres gigantes del siglo XX, fueron venerados como grandes líderes mientras vivieron; y, sin embargo, los historiadores han dejado al descubierto a los asesinos

fanáticos que en realidad fueron. Incluso a los líderes que más se ganaron la aprobación de la historia, como por ejemplo Lloyd George y JFK, se les han dejado al descubierto sus pies de barro. Y, aunque no sea más que un pequeño consuelo para las familias de los inocentes asesinados en las recientes guerras que todavía arrecian en Irak y Afganistán, podemos estar seguros de que los historiadores no serán benevolentes con los últimos líderes mundiales que intentaron ir mandando e imponerse por ahí: George W. Bush y Tony Blair.

# William C. Davis

*Uno no puede entender su propia historia si es la única historia que conoce*.

THOMAS SOWELL

En la actualidad, en un momento en el que Occidente se encuentra atascado en una batalla aparentemente perdida contra las fuerzas del islam militante, resulta demasiado fácil sucumbir a la tentación de ceder a los estereotipos nacidos de la ignorancia y demonizar a grupos étnicos y religiosos en su totalidad. El horror del 11 de septiembre de 2001 y lo que ha ocurrido desde entonces son acontecimientos actuales que ya se están convirtiendo en nuestra historia e influyendo en ella, y aun así, millones de personas, entre las que se incluyen nuestros líderes, se suelen contentar con ver estos acontecimientos actuales aislados de la historia de otros pueblos. Sin menoscabo del horror inexcusable y absoluto de lo que ha hecho Al Qaeda, no cuesta nada echar una mirada seria a los siglos pasados y observar las fuerzas que llevaron a la aparición de tal grado de odio militante y de resentimiento, e intentar aceptar nuestra propia e involuntaria participación.

Prácticamente nadie ya en Occidente recuerda o podría explicar los mandatos surgidos de la primera guerra mundial, o recordar, por poco que sea la exactitud con que lo haga, la historia de las fuerzas en juego que llevaron a la creación del estado de Israel o a la expulsión de los palestinos. Y sin embargo, estos son los elementos definitorios de la creación del islam militante. Ahora que el genio ha salido de la lámpara, comprender qué fue lo que lo creó no lo hará desaparecer, pero si no lo comprendemos, nuestras reacciones naturales, y a menudo viscerales, ponen en peligro la garantía virtual de que aquello que hacemos sin tener en cuenta la historia de los otros tan solo hará que la nuestra sea más peligrosa.

# Terry Deary

*Si usted cree que la farándula está llena de reinas, tendría que ver la cantidad de reinas que hay entre los arqueólogos académicos. Creyeron que su disciplina estaba siendo denigrada por un payaso. Yo tengo más títulos honoríficos que asignaturas aprobadas de nivel elemental, y siempre me sentí ajeno a este medio, pero, ¡por Dios!, estoy en mi derecho de meterme en eso*.

TONY ROBINSON

Ha dado en el clavo, señor Robinson. Tal vez «reinas» sea un adjetivo demasiado cortés para algunos de los historiadores que se han cruzado en mi camino. No pienso discutir con otro populista «presentador de la historia», no denigraré al señor Robinson confiriéndole el título de «historiador», aunque tal vez «pomposo, engreído, interesado, arrogante, taimado, inmaduro y protector de reinonas» serían más adecuados.

WAR

WAR

# Carlo d'Este

*Aprendamos nuestras lecciones. Nunca, nunca, nunca crean que la guerra será algo fácil o sin complicaciones, o que nadie que se embarque en este extraño viaje puede medir las mareas y los huracanes con los que se tropezará. El estadista que se deja vencer por la fiebre de la guerra debe ser consciente de que, una vez dada la señal, deja de ser el amo de la política y se convierte en el esclavo de acontecimientos imprevisibles e incontrolables*.

WINSTON CHURCHILL,
*Mi juventud*

La clarividente advertencia de Churchill sobre las consecuencias descontroladas para aquellos que instigan la guerra es intemporal. He aquí dos ejemplos actuales, uno positivo y otro negativo. El general Dwight D. Eisenhower tomó una de las decisiones más importantes de la segunda guerra mundial: ordenar los desembarcos del día D el 6 de junio de 1944 en condiciones meteorológicas inciertas. Tras dar la orden, Eisenhower no podía ni revocar la orden ni alterar de ningún modo el resultado de la invasión, que estaba ahora en otras manos. Su papel inmediato carecía de cualquier importancia.

Eisenhower fue plenamente consciente de las consecuencias de su decisión, al contrario que el presidente George W. Bush, que no lo era cuando dio la orden de invadir Irak en el año 2003 fundamentándose en informaciones erróneas de los servicios de inteligencia, y en unos motivos más erróneos aún. Bush no parecía tener ni idea de lo que había desencadenado, algo por lo que la historia, al final, le juzgará con dureza.

Por desgracia, los políticos que se pretenden estadistas y que carecen de la capacidad de previsión han hecho una y otra vez caso omiso de las palabras de Churchill.

# Taylor Downing

*La historia nos juzgará a todos… y yo la escribiré*.

WINSTON CHURCHILL

Churchill les aconsejó en diversas ocasiones a amigos y colegas que esperaran el veredicto de la historia, añadiendo con una sonrisa que sería él quien la escribiera. Y, Churchill, en efecto, escribió mucha historia. De su pluma salieron millones de palabras que abarcaban desde las primeras campañas en las que participó, Malakand y Sudán, hasta la biografía de su padre; desde la inmensa historia en cinco volúmenes de la primera guerra mundial, *The World Crisis*, hasta su historia en seis volúmenes, *La segunda guerra mundial*; desde los retratos de amigos y héroes en *Grandes contemporáneos* hasta la extensísima biografía de su antepasado Marlborough, y su aún más extensa *Historia de los pueblos de habla inglesa*.

En los relatos de los acontecimientos en los que participó, que en la actualidad despiertan un gran interés, Churchill siempre se colocó a sí mismo en el centro de la narración y de la historia. Bonar Law describió *The World Crisis* con humor no exento de una cierta crueldad como ¡«una autobiografía disfrazada de historia del universo»! Su método de trabajo no era el de un historiador profesional, y siempre empezaba con una idea muy clara de lo que quería decir. «Usted deme los hechos», le dijo a Maurice Ashley, uno de sus ayudantes en el relato épico de la vida de Marlbourough, «que yo haré que se adapten a mi argumentación.» Sus libros siempre fueron muy legibles. Igual que ríos, fluían a raudales, rebosantes de extraordinarias anécdotas y personajes realistas, todos ellos arrastrados por el impulso de la corriente narrativa. Sin embargo, la visión de la historia de Churchill era como una fe religiosa, la suya, y ocupaba el núcleo de su

visión del mundo. Con el paso del tiempo, las instituciones del gobierno británico habían surgido y se habían desarrollado alrededor de la creencia en la libertad y en la independencia. Y él creía que el especial destino del Reino Unido era acudir en ayuda de Europa cuando el continente se vio amenazado por la sombra de la tiranía. Estas convicciones le sostuvieron y le ayudaron a sostener al pueblo británico durante los sombríos días de 1940 y 1941.

En la actualidad, la visión de la historia de Churchill, inspirada en el liberalismo británico del siglo XIX, ha quedado totalmente anticuada, y sus obras apenas si son consultadas, salvo para intentar comprender su propia visión partidista de los acontecimientos. Sin embargo, nos muestran cómo la interpretación de la historia puede ayudar en los momentos difíciles, y constituyen un excelente modo de recordar el poder de la narración histórica. En ocasiones, la historia es realmente demasiado importante como para dejársela a los historiadores.

# Jonathan Eig

*Puedes llegar mucho más lejos con una sonrisa y un arma de lo que puedes llegar con solo una sonrisa*.

ALPHONSE CAPONE

Esta cita me recuerda a aquella otra frase de Teddy Roosevelt: «Di palabras dulces, pero hazlo armado de un gran garrote». Ahora bien, en mi opinión, Capone lo expresó mejor. La carrera de delincuente de Capone fue asombrosamente breve, de apenas unos diez años, y el tiempo que pasó al mando de su organización de Chicago, aún más breve, unos cinco años, desde 1926 hasta 1931. Solo tenía veintisiete años cuando se alzó con el poder y la fama, y treinta y dos cuando ingresó en prisión condenado por fraude fiscal.

La mayor parte de la gente supone que Capone solo necesitó el arma para lograr lo que quería, pero, de hecho, yo sostengo que también su sonrisa —tenía una sonrisa verdaderamente atractiva— desempeñó un papel importante. Pese a su tendencia a usar la violencia, Capone era un hombre muy sociable. A la gente le gustaba trabajar y salir de juerga con él, siempre y cuando permanecieran en su lado bueno. Y la prensa lo adoraba. Concedió largas entrevistas en las que defendía su carrera y el camino que había tomado, suplicaba la empatía del público, y lanzaba andanadas contra los políticos hipócritas que aprobaban y promulgaban las leyes de la Prohibición que ellos mismos incumplían y que hacían la fortuna de los delincuentes.

Solo en Estados Unidos, en los felices años veinte, cuando la nación se volvió loca y eran los famosos quienes indicaban el camino, podía un hombre como Capone reconocer que era un criminal violento y, pese a ello, exhibirse y gozar de las caricias de los focos.

Tenía agallas, tenía estilo, y sí, tenía un arma. Y con todo ello conquistó una ciudad y cautivó a una nación.

# John Elliott

*Amo apasionadamente el Mediterráneo, tal vez porque, como tantos otros, y después de tantos otros, he llegado a él desde las tierras del norte*.

FERNAND BRAUDEL,
*El Mediterráneo y el mundo mediterráneo*

Las primeras palabras de la gran obra de Fernand Braudel, *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, constituyen la confesión pública de una pasión privada, una pasión, según dice él mismo, sentida por muchos otros también nacidos en el norte antes y después de él. Yo soy de los que han sentido esta pasión, y como historiador, descubrí que se vio reforzada por la lectura del libro de Braudel que me abrió los ojos a posibilidades maravillosas. Lo que Braudel intentó hacer era escribir una «historia total» del mundo mediterráneo en el siglo XVI, utilizando una amplia variedad de fuentes que arrojarían luz sobre sus características geográficas y sobre las fuerzas sociales y económicas que configuraron las sociedades que rodeaban el mar. Todo este material, repleto de extraordinarias ideas y de fascinantes núcleos de información, ocupaba las primeras dos secciones de su inmensa obra, proporcionando el contexto de la sucesión de acontecimientos que culminarían en el encuentro entre los imperios español y otomano, entre la cristiandad y el islam, en la batalla de Lepanto en aguas del Mediterráneo, en el año 1571.

La empresa de Braudel era inmensamente ambiciosa, y ha gozado de un gran prestigio. Me alentó, igual que a otros historiadores de mi generación, a aspirar a escribir «historia total» en lugar de la narrativa política dominante en la mayor parte de la literatura histórica contemporánea, y de la tendencia a mantener la historia económica y la social en compartimentos bien diferenciados. Ahora bien, ¿logró Braudel

hacer realidad su noble ambición? Esta obra tiene sus fallos, que se han hecho más evidentes con el paso del tiempo. Muy influenciado por el marxismo de los primeros años de la posguerra, la descripción de Braudel deja poco espacio para el impacto de las actuaciones humanas frente a las impersonales fuerzas económicas. Tampoco deja demasiado espacio para las diferencias culturales entre las sociedades musulmana y cristiana que vivían a ambas orillas del mar. Su Mediterráneo tiene una unidad artificial, y a veces se convierte en una entidad casi mística con poderes de acción independientes, como por ejemplo cuando escribe: «Lo cierto es que el Mediterráneo ha luchado contra una pobreza fundamental». Sin embargo, a un historiador que amó el Mediterráneo con tanta pasión se le puede perdonar mucho.

# Richard van Emden

*A mi hijo Coco, a sus amigos y a sus madres les ofrezco esta sencilla crónica de la oscura caravana que serpentea sin fin por los recuerdos de mi juventud*.

SHIRLEY MILLARD, *I Saw Them Die: Diary and Recollections of Shirley Millard*

Ninguna cita o frase resume con más acierto, y en tan pocas palabras, la colosal magnitud del bagaje emocional que dejó la Gran Guerra. Son las conmovedoras líneas finales de las memorias de guerra de una enfermera estadounidense, que nos recuerdan no solo que los caídos en combate no son más víctimas de la guerra que aquellos que han dejado atrás, sino también que la paz que se alcanza al final, incluso la paz unida a la victoria, sigue dejando un legado insondable y oscuro de miseria en las innumerables almas cuya vida ha quedado, y quedará para siempre, empañada.

Las palabras de la enfermera Millard están impregnadas de dignidad y de emoción. Millard no perdió a ningún familiar, o al menos eso parece, pero no le fue necesaria una pérdida así para conferirle autoridad a sus pensamientos. Fue madre y padre por poderes de los chicos cuyas manos sostenía en sus últimos momentos, tan madre en aquel momento como cualquiera de las madres biológicas a las que escribía cartas de pésame unas horas más tarde.

En un mundo de posguerra, saber que esta pérdida era la misma para toda la comunidad, una pérdida que se reproducía una y otra vez en las calles del vecindario, tal vez sirviera de consuelo. Se erigieron monumentos a los muertos, y todos guardaron los dos minutos de silencio. Para muchos, no se trataba solo de recordar a los muertos, sino que también representaba una oportunidad de reflexionar sobre los sacrificios de aquellos que habían

sobrevivido. Los supervivientes: perseguidos por el recuerdo de los desaparecidos, por los cuerpos nunca encontrados ni identificados; supervivientes empujados a la desesperación al pensar en la prolongada muerte de los seres queridos; supervivientes obligados a seguir adelante pese a la pérdida de todos los hijos, y a consignar a la tumba las aspiraciones y los sueños de una familia.

Es correcto, sin duda, que los muertos sean recordados y venerados, pero los vivos se vieron demasiado a menudo abandonados a su suerte y obligados a luchar contra la pobreza y el aislamiento. Los únicos recuerdos tangibles que quedan hoy en día del dolor de la Gran Guerra son los epitafios grabados en las lápidas de las tumbas de los soldados, palabras que dan una idea de la enormidad de la pérdida. Estas inscripciones, pagadas por las familias, sin ningún coste para la nación agradecida, son ahora todo lo que nos queda para recordarnos que, en efecto, innumerables caravanas oscuras serpentearon por los caminos rurales y por las estrechas calles de la memoria colectiva del Reino Unido de la posguerra, todas ellas circulando solitarias y sin rumbo fijo en dirección a ninguna parte, puesto que no había escapatoria a la pérdida, ni escapatoria a los recuerdos; nadie pudo tener nada parecido a una resolución.

# John English

*Yo no puedo reescribir la historia. Nuestro propósito es ser justo en nuestra propia época y eso es lo que hemos hecho al adoptar la Carta de Derechos*.

PIERRE TRUDEAU

Pierre Trudeau, cuando fue nombrado primer ministro de Canadá en el año 1968, parecía representar una marcada ruptura con el pasado conservador del país. La historia de Mark Kurlansky de las conmociones de 1968, «el nacimiento de nuestro mundo posmoderno dominado por los medios», describe a Trudeau como el símbolo de una nueva manera de entender el liderazgo «donde se conoce a un personaje más por su estilo que por su sustancia».

Dos generaciones más tarde, el impacto de Trudeau sobre Canadá sigue levantando controversia, aunque tanto amigos como enemigos sostienen que fue significativo. Sus reformas constitucionales, entre ellas la Carta de Derechos, modificaron fundamentalmente el papel de los tribunales canadienses. Sus críticos, en especial en el Canadá anglohablante, le acusan de haber eliminado de un plumazo sus tradiciones anglo-canadienses al aplicar una manera estadounidense de entender la ley, la identidad y la historia.

Trudeau creó deliberadamente una aureola de misterio alrededor de su pasado, y no sorprende en absoluto que los análisis contemporáneos parezcan ahora estar muy alejados de la verdad. Cuando fue investido primer ministro en 1968, se presentó a sí mismo como «enemigo» del nacionalismo, una emoción anticuada y peligrosa, denunciando como reaccionarios a los defensores del nacionalismo de Quebec. Y sin embargo, sabemos ahora que Trudeau había sido un separatista quebequés dispuesto a aceptar la violencia para hacer avanzar la causa durante los primeros años

de la segunda guerra mundial, y que su nacionalismo se prolongó hasta la década de 1950. Es más, Trudeau, durante el invierno de 1979-1980, utilizó sin ningún tipo de miramiento el nacionalismo pancanadiense en su última campaña electoral para la reelección a la jefatura del gobierno.

Hubo, sin embargo, un área en la que permaneció inamovible durante toda su carrera política: Trudeau se mantuvo inflexible en su negativa a permitir que el estado compensara los agravios históricos. Famosa sobre todo fue su negativa a pedirles excusas a los canadienses de origen japonés por su internamiento durante la segunda guerra mundial, y también a compensar a los canadienses de origen chino por el lamentable trato recibido en el pasado. Con respecto a los aborígenes canadienses, la primera reacción de Trudeau fue promulgar un Libro Blanco en el que prometía poner fin a las reservas y hacer de ellos ciudadanos iguales al resto de los canadienses, una oferta que los aborígenes rechazaron con firmeza. Solo podemos, declararía Trudeau, ser «justos en nuestra época».

Como era de esperar, el sucesor conservador de Trudeau, Brian Mulroney, rechazó la postura de Trudeau; pidió perdón y compensó a los canadienses de origen japonés y, también como era de esperar, no tardaron en seguir acciones similares con relación a los canadienses de origen chino y ucraniano; y otras acciones dirigidas asimismo a los aborígenes canadienses, aunque, en este último caso, algo más complejas. Trudeau no apoyó estas políticas.

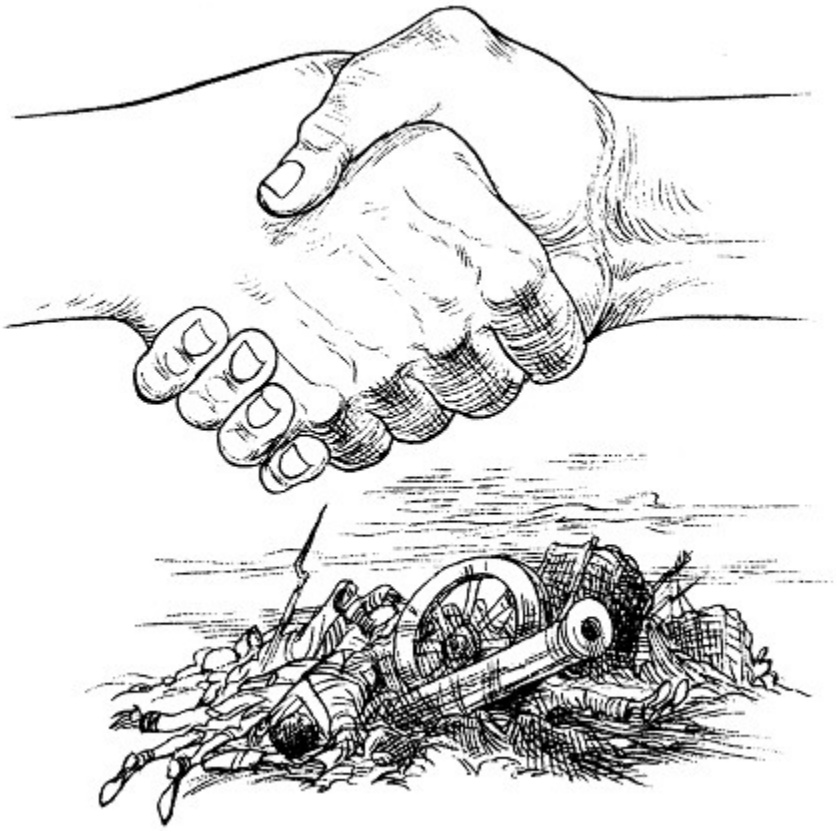
Muchos observadores achacan la oposición de Trudeau a compensar las injusticias a su obstinación en centrarse en los derechos individuales en lugar de en los derechos de grupo, una posición que expresó constantemente en el debate sobre la Carta de Derechos. Aunque sus argumentos tienen mérito, Trudeau no los expresó con claridad. Su propia oposición quedaba expresada en el sentido que él tenía de la historia y, uno no puede evitar sospechar, en sus experiencias personales.

Trudeau alcanzó la mayoría de edad política a mediados del siglo XX, unos años en los que la conquista de Quebec por los británicos era una cuestión candente, un tema que alimentaba el nacionalismo y el separatismo de Quebec. Más que de una «feliz calamidad», la descripción que hizo la historiadora de Harvard, Frances Parkman, de cómo la derrota de los

franceses llevó la libertad británica a Quebec, muchos historiadores de Quebec hablaron de la «decapitación» de una Nueva Francia vibrante y del yugo de la opresión británica. Los historiadores anteriores y más tradicionales habían aplaudido el papel de la Iglesia católica en la preservación de la cultura y de la religión francesas.

En los años cincuenta, Trudeau opinaba que esta celebración de un pasado remoto, y a su juicio falso, estaba al servicio del autocrático gobierno de Duplessis al frente de Quebec, muy vinculado a una Iglesia conservadora y todavía represora. «Abrid las ventanas», declamaba Trudeau, el pueblo de Quebec se está asfixiando. Trudeau se presentó a sí mismo como la fuerza liberadora en aquellos tiempos, y el nacionalismo, estrechamente asociado a la historia de Quebec, aprisionaba al territorio en su propio pasado. Trudeau apeló a un «funcionalismo» que pudiera incorporar la ciencia social moderna a los desafíos a los que se enfrentaba Quebec.

Sus recelos de la carga del pasado y su tendencia a vincular otras cuestiones a la experiencia de Quebec despertaron las reticencias de Trudeau con respecto a otros intentos de obtener compensación. ¿Dónde se detendrían? Si alejaban el pasado, los canadienses podrían forjar una verdad adecuada a su propio tiempo. Trudeau, que apoyó el Concilio Vaticano II a principios de la década de 1960, y fervientemente opuesto a los nacionalistas quebequenses, cuyos argumentos estaban impregnados de grandes dosis de resentimiento por los agravios del pasado, sostenía que solo podemos «ser justos en nuestra época». Solo entonces podríamos escapar a la pesada mano de la historia.



# Charles Esdaile

*La historia es la versión de acontecimientos pasados en la que la gente ha decidido estar de acuerdo*.

NAPOLÉON BONAPARTE

Como especialista del período napoleónico, supongo que lo más natural era que acudiera a Napoleón cuando me pidieron que presentara una cita sobre historia. El hecho de haber elegido esta que cito aquí, no obstante, no significa que esté de acuerdo con ella. Por el contrario, es una idea que, igual que casi todo lo que Napoleón representaba, aborrezco, porque, si esta afirmación fuera cierta, entonces la búsqueda del pasado no tendría ningún sentido. Todavía peor, el emperador habría finalmente ganado su guerra, y esto es algo que nunca aceptaré o, para ser tal vez más exacto, que nunca dejaré de rebatir.

Citado en abstracto, tal vez el comentario no parezca tan problemático: al fin y al cabo, los historiadores de la cultura llevan tiempo sosteniendo que lo que importa no es tanto lo que sucedió en el pasado, sino más bien cómo se percibe, se deja constancia y se interpreta el pasado. Aun así, esto, a mí, siempre me ha parecido un síntoma de resignación: es posible que nunca podamos establecer con seguridad la cronología exacta de un determinado acontecimiento o las razones por las que ocurrieron determinadas cosas; sin embargo, los historiadores profesionales nunca deberían dejar de cuestionar las soluciones establecidas, de luchar para llegar a una comprensión más exacta del pasado, ni de intentar informar al gran público de sus hallazgos. Aparte de todo, actuar de otro modo supone correr el riesgo de permitir que prosperen todo tipo de maldades, porque pocas cosas han tenido mayor poder de hacer estragos entre la humanidad que los mitos históricos.

No obstante, en este caso particular, por supuesto, Napoleón no hablaba en abstracto. Por el contrario, lo que estaba diciendo realmente no era tanto que la historia era la versión de acontecimientos pasados en la que la gente había decidido estar de acuerdo, sino que la historia era la versión de acontecimientos pasados, y específicamente de los acontecimientos de su propio tiempo, que él había decidido que la gente debía creer. Tal vez más profundamente consciente de la necesidad de legitimar su autoridad ante los ojos de la posteridad que cualquier otro estadista de la era moderna, ya desde los primeros días de su mandato intentó crear una imagen positiva de sí mismo y asegurarse de que esta fuera la imagen por la que sería recordado.

Ni que decir tiene que, en esta tarea, logró un éxito extraordinario: cuando los estudiantes llegan a mi clase de historia de tercer curso, que trata de la Revolución Francesa y de Napoleón, lo hacen invariablemente con ideas preconcebidas muy arraigadas sobre el emperador como el campeón de la libertad y de la democracia que fue derrocado por la recalcitrante hostilidad de un vengativo *Ancien Régime*. Estoy convencido de que no son los únicos que tienen esta visión: si Napoleón no gozara de una imagen en general positiva, la industria de la publicidad no acudiría con tanta frecuencia a él. Sin embargo, y citando otra vez a Napoleón, el emperador también definió la historia como «un conjunto de mentiras sobre las que todos están de acuerdo». En el caso de la leyenda napoleónica, nada podría acercarse más a la verdad, y es por esta razón, por lo tanto, por lo que estoy doblemente seguro de que la cita solo puede ser invocada para criticarla. No obstante, y aunque me pese decirlo, la *grande armée* de admiradores de Napoleón puede consolarse en el hecho de que mis cañones no apuntan solo a la leyenda de Santa Helena, sino a todas las leyendas sin distinción: desde mi condición de hispanista, por ejemplo, he puesto un gran empeño en luchar contra la idea de que toda España se alzó en cuerpo y alma contra Napoleón en 1808, y he sido capaz de sugerir bastante inequívocamente que la realidad fue muy diferente. Si la historia es la versión de los acontecimientos del pasado en los que la gente ha decidido ponerse de

acuerdo, entonces los historiadores son esos hombres y mujeres, lo bastante valientes o temerarios, que cuestionan estas mismas ideas y que «al oponerse a ellas, les ponen fin».

# Richard J. Evans

*En cuanto a los hechos de lo que sucedió en la guerra, no consideré adecuado escribirlos informándome del primero con quien me topase ni según me parecía, sino solo aquellos en los que estuve presente o yendo a buscarlos a otras fuentes con cuanta exactitud era posible en cada caso. La investigación resultaba penosa porque los presentes en cada suceso no decían lo mismo sobre el mismo tema, sino según la inclinación que sentían por cada bando o sus recuerdos*.

*Quizá para una lectura pública su carácter no fabuloso les hará parecer menos agradables, pero será suficiente que los juzguen útiles quienes deseen examinar la verdad de lo sucedido y de lo que acaso sea de nuevo similar y parejo, teniendo en cuenta las circunstancias humanas. Queda como una posesión para siempre más que como objeto de certamen para oír un instante.*

TUCÍDIDES

Mi cita favorita procede de la sección introductoria de *La guerra del Peloponeso*, escrita en el siglo v a. C., y donde Tucídides describe su método y el enfoque que adopta para escribir la historia de la ruinosa guerra entre Atenas y Esparta que empezó en 431 a. C. y en la que él mismo participó.

En mi opinión, esta cita parece captar de forma admirable tanto la ambición del auténtico historiador como las dificultades a las que se enfrenta para lograr su propósito. Por supuesto, Tucídides no persigue su objetivo al estilo moderno: no hay notas a pie de página, no identifica sus fuentes y pocas veces nos informa de si estaba o no estaba presente en los acontecimientos que describe. Confía en testimonios presenciales y no en documentos originales, ya que estos no serían valorados por encima de

cualquier otra cosa por los historiadores hasta el siglo XIX. No obstante, excluye con extremo rigor los mitos «fabulescos» tan queridos de su predecesor Heródoto, y es extremadamente consciente de la falibilidad de la memoria y de la falta de fiabilidad de sus fuentes. Tiene muy claro que el propósito del historiador es, por encima de todo, explicar y comprender el pasado.

Por último, la ambición, asombrosa, que expone al final es la que todos los historiadores abrigan en secreto, sospecho, pero se trata de una ambición que, al mismo tiempo, también sabemos irrealizable, porque nuestro trabajo se ve demasiado a menudo superado por nuevos descubrimientos y nuevas interpretaciones.

# Amanda Foreman

*No me leas historia, porque sé que no puede ser cierta*.

SIR ROBERT WALPOLE

Sir Robert Walpole fue el primero de los primeros ministros de Gran Bretaña y, a día de hoy, sigue siendo el que más tiempo permaneció en el cargo. Durante los veintiún años en los que ejerció el poder se mantuvo firme en su política de paz en el extranjero y de bajos impuestos en el interior del reino. Sin embargo, sus métodos la valieron muchos enemigos, y pocos se lamentaron cuando se retiró en el año 1742 con el título de conde y una de las mejores colecciones de arte de toda Europa. (Ambas se perdieron en tres generaciones.) El comentario de Walpole sobre la historia era la respuesta a la pregunta que le hizo su hijo con relación a qué libro debía leer en voz alta. Deja al descubierto el dilema fundamental del historiador. Walpole no estaba afirmando que la historia es todo mentira, sino que se estaba limitando a afirmar que mucho de lo que realmente influye en la política se desarrolla entre bambalinas. Sabía que las explicaciones oficiales de las decisiones o de los momentos de gran trascendencia solían disimular una realidad mucho más serpentina. Los pequeños dramas y las bajas emociones, tales como la vanidad, la venganza o la codicia, solían tener un papel igual de importante en la designación de ministros del gobierno que cualquiera de los mecanismos formales de la política. Una generación más tarde, Georgiana, duquesa de Devonshire, comentaba que «en muy pocas ocasiones se conocen los resortes secretos de los acontecimientos, pero cuando se dan a conocer, suelen ser entonces especialmente instructivos y divertidos». Este es por lo tanto el reto al que se enfrenta el historiador: descubrir estos «resortes secretos» para que los hechos y la verdad sean uno y lo mismo.

# Martin Gilbert

*No más guerra*.

WINSTON CHURCHILL

En el año 1930, Winston Churchill llevaba en la política activa treinta años. Al estallar la primera guerra mundial, ocupaba el cargo de primer lord del Almirantazgo y, al terminar, el de ministro de Armamento. Después de su caída en desgracia temporal en mayo de 1915, tras el fracaso del ataque naval en los Dardanelos, empezó a escribir su propia crónica de la primera guerra mundial, publicada más tarde en cinco volúmenes con el título de *The World Crisis*, al que añadió más tarde un sexto volumen titulado *The Aftermath*.

Cuando en 1930 su amigo lord Beaverbrook le envió su propio libro, *Politicians and the War*, en el que describía el estallido y los primeros tiempos de la guerra, Churchill le escribió: «¡Vaya un cuento! Piense en toda esta gente, decente y educada. Personas patrióticas, leales, limpias, decentes y haciendo todo lo posible: vaya caos tan espantoso organizaron. Es imposible enseñar a la humanidad, desde la infancia hasta la tumba, esta es su primera y última característica».

Una vez firmada la carta, Churchill añadió en la parte inferior: «No más guerra». Sin embargo, como él mismo había escrito, era imposible enseñar a la humanidad.

# Hermann Giliomee

*La historia es un cuento, un cuento necesita un narrador y un narrador necesita situarse en algún lugar. La visión desde ninguna parte no funciona*.

TONY JUDT

En 1992, cuando el grupo de afrikáners que gobernaba en África del Sur se disponía a llevar a cabo el traspaso de poder al Congreso Nacional Africano, yo me embarqué en una historia de los afrikáners. ¿Qué tipo de historia querría leer la gente, esperando aprender algo del pasado de los afrikáners y, en particular, de su papel dominante en la imposición del *apartheid*, un sistema universalmente aborrecido? Yo suponía que la gente quiere que se les explique la historia de un modo determinado. Tony Judt, uno de los historiadores contemporáneos más interesantes, hizo la observación que citamos arriba.

Decidí que escribiría no como un historiador afrikáner, sino como un historiador que, además, es afrikáner, siguiendo el espíritu de Graham Greene, quien declaró que él no era un escritor católico, sino un escritor que, además, era católico. Entendí que el reto que se me planteaba consistía en escribir con empatía y comprensión, sin perdonar ni justificar las injusticias cometidas por los afrikáners. En la introducción del libro, redactada a finales del año 2002, citaba las palabras de F. D. H. Kitto, un historiador de la Antigüedad griega: «Para comprender no es necesario perdonar, pero intentar comprender no hace ningún daño».

Esta afirmación no es una posición tan segura como parece, como bien apuntó Neville Alexander, un erudito literario y activista político que pasó diez años en Robben Island en compañía de otros prisioneros, entre ellos Nelson Mandela. Invitado a la presentación de mi libro, *The Afrikaners:*

*Biography of a People*, Alexander respondió a las palabras de Kitto citando otras de *madame* de Staël: «Tout comprendre rend très indulgent». El diccionario de citas de Oxford lo traduce como: «Ser totalmente comprensivo le hace a uno muy indulgente». Uno podría decir también «demasiado indulgente». El comentario de Alexander subraya la muy fina pero también muy importante línea que separa la apología de la empatía.

# Donald E. Graves

*De todos los bienes que posee una nación, los archivos son los más valiosos; son el regalo de una generación a otra, y el grado de cuidado y atención que les dedicamos indica nuestro grado de civilización*.

SIR ARTHUR G. DOUGHTY

Estas palabras están grabadas en la estatua dedicada a la memoria de Arthur Doughty instalada en la fachada posterior del edificio de bibliotecas y archivos de Ottawa, con vistas al ancho río Ottawa. Resumen el trabajo de toda la vida de Doughty como historiador y archivero dedicada a recoger, organizar y conservar los archivos del pasado para el futuro.

Nacido en Maidenhead, Arthur Doughty estudió en escuelas privadas y en la Universidad de Oxford antes de emigrar a Montreal en 1886, donde se incorporó al mundo del comercio. Fue poeta aficionado y un destacado crítico teatral en los círculos literarios de la ciudad. En 1897 se incorporó al cuerpo de funcionarios de la provincia de Quebec y se convirtió en el bibliotecario legislativo en 1901.

Cuando se levantó una controversia sobre el lugar exacto en el que tuvo lugar la batalla de las Llanuras de Abraham en el año 1759, Doughty empezó a investigar el tema y, junto con G. W. Parmelee, en 1901 editó la colección de seis volúmenes *The Siege of Quebec and the Battle of the Plains of Abraham*. En el curso de su trabajo sobre este tema, Doughty observó el estado de abandono en el que se encontraban los archivos nacionales de Canadá, y fue nombrado archivero del Dominio.

Doughty, hasta su jubilación en 1935, trabajó incansablemente en la creación del Archivo Público de Canadá para convertirlo en una institución dinámica y profesional. Dirigió la organización de documentos y

manuscritos, buscó colecciones privadas y manuscritos significativos, carteles y obras de arte poco comunes, y dirigió la transcripción de documentos en Londres y en París.

Una de las tareas más insólitas a las que se dedicó fue su participación, durante la primera guerra mundial, en la distribución de trofeos de guerra. Miles de piezas de artillería, morteros, ametralladoras y armas de pequeño calibre alemanas fueron enviadas a Canadá, catalogadas y distribuidas por todo el país en lugares donde muchas de ellas pueden verse todavía. Entre todos estos trofeos, destacan una importante colección de arte bélico y algunos aviones todavía operativos.

Doughty fomentó la creación de archivos provinciales en todo Canadá y editó varias recopilaciones de documentos, entre ellas la monumental obra en 23 volúmenes *Canada and its Provinces*. Doughty falleció en 1936 y se erigió una estatua en su honor, uno de los dos únicos monumentos dedicados a funcionarios del estado. Las palabras de sir Arthur Doughty citadas al principio parecen totalmente ciertas, y la necesidad de conservar los archivos (en papel, en película o en formato electrónico, y podemos añadir también en forma de monumentos) de una generación para las generaciones futuras es aún más apremiante, visto el rápido desarrollo que ha tenido lugar desde la década de 1930.

# Charlotte Gray

*El pasado nunca está muerto. De hecho, ni siquiera está pasado*.

WILLIAM FAULKNER

Los personajes de las novelas de William Faulkner a menudo no se dan cuenta de hasta qué punto son el producto de la familia y del contexto, y de que viven según el guión escrito por sus antepasados. También los países pueden no ser conscientes del poder de los guiones del pasado. Cuando me trasladé desde Inglaterra hasta Canadá en 1980, me desconcertó encontrarme en un país que carecía de una historia nacional unificada, que no tenía una leyenda de creación revolucionaria, y que apenas poseía unos pocos santuarios históricos.

Quizá, pensé, es posible que el pasado tenga poco que ver con el presente cuando la población está en constante movimiento. Canadá ha sido poblada por las Primeras Naciones, que vivieron en este duro paisaje durante siglos, y por oleadas sucesivas de inmigrantes. Los colonos franceses y británicos llegaron antes de la Confederación en 1867, seguidos a finales del siglo XIX y principios del XX por los europeos del este y del sur. Después de la segunda guerra mundial llegó una nueva oleada de inmigrantes caribeños, y más recientemente, una multitud de chinos, coreanos y norteafricanos. Algunos de los colonos llegaron como inmigrantes, ansiosos por rehacer su vida en el Nuevo Mundo, otros lo hicieron como refugiados, desesperados por escapar a regímenes crueles.

Los recién llegados trajeron su propia historia. Los estudios históricos aquí son una asignatura complementaria a la de los «estudios sociales» en las escuelas, una nota a pie de página en «educación ciudadana» para los nuevos canadienses. *El hockey*, y no la historia, parece ser el elemento de unión nacional. En un nivel consciente, la mayor parte de los canadienses

tienen un conocimiento precario de hechos históricos clave, tales como el nombre del primer ministro (sir John A. Macdonald), o la fecha en la que la Constitución de Canadá llegó al país procedente de Westminster (1982).

Fue entonces cuando me di cuenta de que la experiencia de ser canadiense ha sido configurada por todas estas capas de inmigración. El pasado canadiense está incrustado en el subconsciente colectivo. La muy arraigada tradición de la «adaptación razonable», primero entre los canadienses anglo y francohablantes, y después entre los canadienses establecidos y los recién llegados, ha engendrado actitudes de tolerancia que son las que caracterizan este país.

El carácter excepcional de Canadá radica en su identidad de país bilingüe y multicultural que participa en todas y cada una de las operaciones de paz internacionales. El país ha sufrido traumas internos, pero los conflictos se han resuelto, se aceptan las nuevas tradiciones (policías montados con turbante, matrimonio entre personas del mismo sexo) y el país avanza… Los personajes de Faulkner estaban atrapados por la historia; los canadienses son parte de un presente dinámico. Y en ambos casos, el pasado dista mucho de estar muerto.

# Tom Griffiths

*La cosa más poco histórica que podemos hacer es imaginar que el pasado somos nosotros vestidos de forma rara*.

GREG DENING

Greg Dening fue un extraordinario historiador y antropólogo del Pacífico, y con estas palabras nos recuerda que escribir la historia siempre implica viajar a través de las culturas. Nuestra doble búsqueda histórica consiste en asombrarnos además de en comprender, una tensión que llega hasta el corazón de nuestra empresa histórica: una tensión entre el pasado como algo conocido (y continuo con nuestra propia experiencia) y el pasado como algo extraño (y, por lo tanto, capaz de ampliar nuestro conocimiento y lo que significa ser humano). La esencia de la buena historia radica en este equilibrio entre empatía y perspectiva, entre la intimidad y la distancia. Los historiadores se mueven constantemente entre, por una parte, la lectura y pensar en cómo introducirse en las vidas y las mentes de toda la gente del pasado, devolverles su presente con todas sus posibilidades futuras, y, por otra, la observación de esa gente desde la distancia, con la intensa conciencia de su carácter ajeno. La disciplina de la historia es una exigencia para ayudarnos a descubrir lo que no podemos ver o sentir de forma instintiva.

# Chris Hale

*Hegel dice en alguna parte que todos los grandes hechos y personajes de la historia universal se producen, como si dijéramos, dos veces. Pero se olvidó de agregar: una vez como tragedia y otra vez como farsa ... Los hombres hacen su propia historia, pero no la hacen arbitrariamente, bajo circunstancias elegidas por ellos mismos, sino bajo circunstancias directamente dadas y heredadas del pasado. La tradición de todas las generaciones muertas oprime como una pesadilla el cerebro de los vivos. Así, Lutero se disfrazó de apóstol Pablo, la revolución de 1789-1814 se vistió alternativamente con el ropaje de la república romana y del imperio romano ... Cromwell y el pueblo inglés habían ido a buscar en el Antiguo Testamento el lenguaje, las pasiones y las ilusiones para su revolución burguesa. Alcanzada la verdadera meta, realizada la transformación burguesa de la sociedad inglesa, Locke desplazó a Habacuc*.

KARL MARX,
«El dieciocho brumario de Luis Bonaparte»

Hemos perdido de vista lo brillante que era Marx como historiador. Desde la caída del comunismo después del año 1989, la reputación de Marx se ha visto empañada por el juego de acusaciones que atribuye los crímenes de Stalin y de Mao a un filósofo político del siglo XIX, algo injusto y poco inteligente. Hay una cierta belleza en la idea de que el desarrollo de la historia empieza como tragedia y termina en farsa. Sin duda podríamos estar de acuerdo en que «los hombres hacen su propia historia, pero no la hacen arbitrariamente, bajo circunstancias elegidas por ellos mismos». Con esta frase incisiva, Marx describe la tragedia humana. «La tradición de

todas las generaciones muertas oprime como una pesadilla el cerebro de los vivos.» El arco poético de esta fascinante frase provoca admiración, anticipando tal vez el dilema de los socialistas modernos.

Cualquiera de las ideas que surgen de las páginas del pequeño panfleto de Marx podría ser el punto de partida de un ensayo o de un libro: «Cromwell y el pueblo inglés habían ido a buscar en el Antiguo Testamento el lenguaje, las pasiones y las ilusiones para su revolución burguesa. Alcanzada la verdadera meta, realizada la transformación burguesa de la sociedad inglesa, Locke desplazó a Habacuc». Esta concisa sinopsis de uno de los puntos de inflexión de la historia propone un auténtico festín de ideas, y las ideas imaginativas son algo muy necesario en la forma moderna de escribir la historia.

# Philip Haythornthwaite

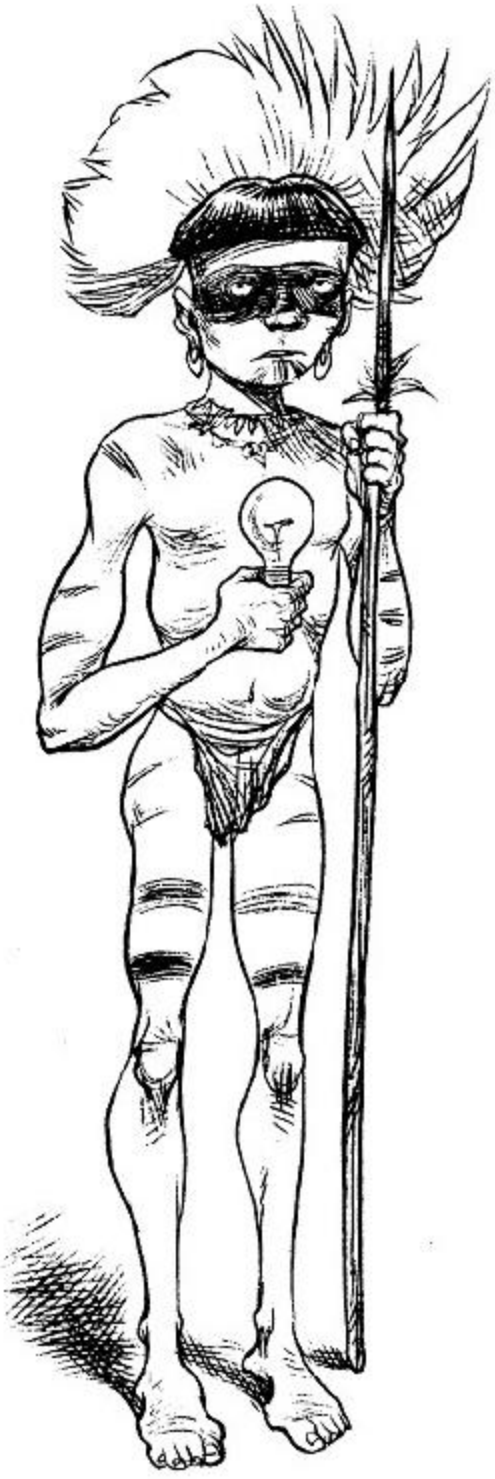
*Cuando los civiles escriben historia militar, y se aventuran a emitir opiniones propias con respecto a cuestiones técnicas sobre las cuales solo los miembros de la profesión son capaces de emitir juicios, en general, suelen decir tonterías; igual que hace el señor Alison en este trabajo con relación a este tipo de cuestiones, un trabajo que, de no ser por eso, podría resultar interesante*.

ANÓNIMO («Un general»)

Las guerras napoleónicas fueron un catalizador que impulsó el aumento de la producción de trabajos dedicados específicamente a la historia militar, y también la aparición de lectores militares, en especial entre un cuerpo de oficiales cada vez más profesionalizado. La veracidad de algunos de los trabajos coetáneos fue cuestionada por aquellos que consideraban la historia militar como el coto privado de los expertos militares, un cuestionamiento que llevó al comentario mencionado arriba sobre el trabajo de sir Archibald Alison. En el escrito publicado en la revista *Colburn's United Service Magazine and Military Journal*, el crítico firmó con el pseudónimo «Un general» y comentó la notoria ignorancia de Alison.

A la inversa, los comentarios de «la profesión» podrían ser igual de engañosos: por ejemplo, el duque de Wellington protestó por las cartas escritas a familiares y amigos por los oficiales británicos durante la guerra de independencia española, donde todos los que podían escribir y tenían un amigo que era capaz de leer escribieron una crónica de lo que no sabían y comentaban sobre lo que no entendían. Teniendo en mente todas estas consideraciones, resulta interesante observar la reacción de un experto militar que intentó producir una historia fundamentada en la investigación. La *History of the War in France and Belgium in 1815*, de William Siborne,

fue uno de los primeros estudios, y uno de los más significativos, sobre la campaña de Waterloo, y, sin embargo, una reseña publicada en *Colburn's United Service Magazine* expresaba la opinión de que era demasiada historia; el autor de la reseña comentaba: «Esta dilatadísima procesión de nombres … que desfila ante nosotros en las páginas del capitán Siborne … Sin embargo, por desgracia, muy pocos lectores tienen una memoria capaz de retener tantos nombres; ni tampoco será muy grande su deseo de recordar la gran cantidad de nombres de personajes de los que nunca antes han oído hablar, nombres, por otra parte (demasiados y) excesivamente largos, y tan escabrosos que desafían cualquier intento de ser pronunciados por los labios británicos. El capitán Siborne, a diferencia de nosotros, parece haber cogido gusto a estos largos e impronunciables nombres, que nos entrega con gran escrupulosidad en toda su longitud; no omite ni un solo von … y el solo intento de recordarlos produce mareos … esperamos que el capitán Siborne esté preparando una versión resumida de su trabajo que, suponemos, será de más utilidad que el inmenso original, en cuyo caso omitirá sin duda nueve de cada diez de esos difíciles nombres».



# John Hemming

*Veo ahora que los franceses sois unos grandes necios… ¿Acaso no os es suficiente la tierra que os ha criado? Nosotros tenemos padres, madres e hijos a quienes amamos. Sin embargo, estamos seguros de que tras nuestra muerte la tierra que nos ha criado y alimentado también les alimentará a ellos. Descansamos, por lo tanto, sin más preocupaciones*.

JEAN DE LÉRY

Mis escritos históricos han tratado sobre todo de la conquista de América del Sur por los europeos: Pizarro y sus conquistadores, que acabaron con los incas; los bandidos en busca del oro de El Dorado, que invadieron las civilizaciones del norte de América del Sur; y la absorción de cientos de pueblos indígenas en lo que hoy es Brasil. En todos estos acontecimientos, solo los europeos tenían la escritura, de modo que todos los archivos históricos que nos han quedado y todas las crónicas que se escribieron adoptan la perspectiva de los conquistadores. Toda la documentación refleja además el contraste entre las diferentes actitudes: los europeos obsesionados con hechos, cifras, nombres y fechas, y los indios americanos, con tradiciones homéricas en las que la memoria se funde con la mitología para configurar un patrimonio cultural.

Los nativos americanos son oradores elocuentes, pero en muy pocas ocasiones, demasiado escasas, quedó constancia de sus discursos, y cuando se hacía, se transcribía en el idioma extranjero de los intrusos. El sacerdote protestante francés Jean de Léry dejaba constancia en la década de 1550 de cómo un sabio jefe indígena comparaba la actitud de las dos razas con respecto a la propiedad. El indígena se maravillaba ante el hecho de que los franceses realizaran difíciles y largos viajes hasta Brasil solo para obtener el

leño de Pernambuco, madera de la que se obtenía un preciado tinte rojo; y se preguntaba por qué un negociante francés querría acumular grandes cantidades de esta madera y, tras su muerte, legarla a sus hijos.

Más de cuatro siglos después, en 1988, Tuira, una mujer *caiapó*, se enfrentó al ingeniero que quería inundar la mayor parte de las tierras de su pueblo construyendo una presa hidroeléctrica. «No necesitamos electricidad. La electricidad no nos dará de comer. Necesitamos que los ríos fluyan en libertad, nuestro futuro depende de ellos. Necesitamos nuestros bosques para cazar y recolectar en ellos.» Cuando el ingeniero argumentó que la presa traería prosperidad, Tuira respondió: «No hables de librarnos de nuestra "pobreza". No somos pobres: somos el pueblo más rico del Brasil. No somos unos desgraciados, somos indios».

# Eric Hobsbawm

*Los hombres hacen su propia historia, pero no la hacen arbitrariamente, bajo circunstancias elegidas por ellos mismos, sino bajo circunstancias directamente dadas y heredadas del pasado. La tradición de todas las generaciones muertas oprime como una pesadilla el cerebro de los vivos*.

KARL MARX,
«El dieciocho brumario de Luis Bonaparte»

He elegido esta cita porque es especialmente pertinente hoy en día, cuando prácticamente todos los grupos de personas y los nuevos estados se construyen una mitología interesada basada en su supuesta identidad con un pasado mal comprendido y a menudo inventado. Es por esta razón por la que nunca los historiadores escépticos han sido tan necesarios como en los últimos cuarenta años.

# James Holland

*La historia será generosa conmigo, puesto que tengo la intención de escribirla*.

WINSTON CHURCHILL

Y Churchill, sin duda, lo hizo; fue un escritor prolífico, no menos prolífico que su historia de la segunda guerra mundial en seis volúmenes. Soy un gran admirador de Winston Churchill por muchas razones, al fin y al cabo él salvó al Reino Unido, y podría decirse que también al mundo, en 1940, pero su capacidad de producir frases ocurrentes cortas y memorables era solo uno de sus muchos talentos. Más allá de su ingenio, la mayoría de ellas contenían pequeños núcleos de sabiduría, como en el caso de esta joya. Los hechos son los hechos, pero la historia es el estudio de quién creó estos hechos y por qué, lo que la convierte, en esencia, en el estudio de la naturaleza y de la personalidad humanas, y del proceso de toma de decisiones individual. Todo se reduce a eso, y, de este modo, cualquier conclusión a la que llegue un historiador ha de ser necesariamente subjetiva, porque solo el individuo puede realmente saber lo que ocurría en su mente. Aun así, la historia también es el proceso por el cual dejamos constancia del pasado, un proceso que exige tomar decisiones sobre qué incluimos y qué dejamos fuera, una decisión igual de subjetiva. Y, por supuesto, *La segunda guerra mundial*, volúmenes I-VI, es generosa con Churchill, pero, igual que la mejor historia, también resulta muy, pero que muy, entretenida.

# Richard Holmes

*Algunos miembros del Estado Mayor estaban en la calle, cuando un automóvil se acercó desde el norte y avanzó lentamente, dando la vuelta a la plaza en dirección a los escalones de la iglesia donde se encontraba, en pie, el general Lanrezac. En el interior del vehículo viajaba un hombre reclinado y malherido, con el rostro del color de la ceniza y quien, al ver al general Lanrezac, le hizo una señal al conductor, y el coche se detuvo. Muchos de los oficiales reconocieron al general Boé, el comandante de la 20.ª División del X Cuerpo. El hombre herido hizo otra señal. Alzó la mano como si quisiera saludar, pero la dejó caer y se le quedó colgando sobre la puerta… El jefe del Estado Mayor se acercó a toda prisa, casi corriendo, hasta el coche y estrechó la mano de Boé sin decir una palabra. Boé guardó silencio unos instantes con la mirada puesta en Lanrezac. Después susurró con voz entrecortada: «Dígaselo», pero, al darse cuenta de que Hély d'Oissel apenas podía oírlo, repitió: «Dígale al general que resistimos tanto como pudimos», y dejó caer la cabeza hacia atrás, con la mirada llena de tristeza. Hély d'Oissel le cogió la mano otra vez, en silencio. El general Lanrezac no se había movido. El coche arrancó y se alejó lentamente*.

EDWARD SPEARS

No podemos realmente entender de verdad una batalla sin ver el campo en el que se libró; tampoco podemos conocer por completo la naturaleza del mando sin comprender dónde se posicionaron los generales, cómo recopilaron la información y cómo transmitieron sus órdenes. En agosto de 1914, el teniente Edward Spears estaba destinado como adjunto temporal en el Ministerio francés de la Guerra. Tras el estallido de la guerra, fue

destinado al ejército francés situado más al norte, el Quinto, al mando del general Charles Lanrezac, como oficial de enlace entre dicho ejército y la fuerza expedicionaria británica, que debía alinearse a su izquierda.

El 22 de agosto, el que bien podría calificarse como el día más sangriento de la historia de Francia, cuando los soldados de infantería, vistiendo todavía el uniforme de pantalones rojos, cayeron como moscas desde Alsacia hasta Bélgica, el Quinto Ejército entró en combate en la línea del río Sambre, a caballo sobre Charleroi. Las tropas fueron expulsadas sin contemplaciones de los pasos del río y obligadas a retirarse hacia el sur por un enemigo tácticamente más hábil, pese al valor, en ocasiones suicida, de los soldados franceses.

El cuartel general de Lanrezac estaba en la ciudad belga de Chimay, y el general había establecido un puesto de mando avanzado en la población de Metete, algo más pequeña y a unos doce kilómetros del río. Allí, Spears oyó que la infantería francesa había sido «sorprendida» por el fuego de los obuses pesados alemanes, pero parecía que las noticias «eran escasas o poco definidas».

No fueron las heridas del pobre Boé las que dejaron esta trágica impresión en la mente de quienes le vieron en Mettet, aunque fueran bastante graves: una bala en un brazo y otra en el estómago. Fue la desesperación de su rostro lo que les conmovió. Boé estaba pensando en sus hombres, y la emoción que vieron en el general fue lo que evocó en ellos la visión de las tropas sometidas a tal castigo que el fuego de rifle había incluso alcanzado a su comandante. Al día siguiente, Lanrezac reconoció que la batalla estaba perdida y ordenó la retirada general, que los británicos recuerdan con el nombre de Retirada de Mons. Lanrezac fue destituido el 3 de septiembre: Spears acabó la guerra con el grado de general de brigada y ordenado caballero.

# Harold Holzer

*No podemos escapar a la historia*.

ABRAHAM LINCOLN

Con esta audaz declaración ante un Congreso de Estados Unidos agotado por la guerra, el 1 de diciembre de 1862 el presidente Abraham Lincoln hizo un llamamiento al brazo legislativo de su amenazado gobierno para que modificara, nada más y nada menos, el fundamento sobre el que se asentaba la lucha contra la secesión y la rebelión, mediante la ampliación del tejido de la libertad humana. Hacer menos que eso, declaró en su extraordinaria advertencia, les condenaría para la eternidad en los libros de historia.

Algunos antecedentes: durante más de un año, Lincoln había librado una guerra civil, insistió, con la sola intención de reunificar la Unión tal como había existido. Tres meses antes, no obstante, había promulgado la Proclamación de la Emancipación en la que declaraba que todos los esclavos del territorio rebelde serían libres a partir del 1 de enero de 1863. Ahora quería que el Congreso fuera más allá: que compensara a los propietarios de esclavos a fin de precipitar la emancipación en los estados fronterizos todavía leales, y que financiara la colonización voluntaria de los negros libertos. Lincoln adelantó estas propuestas en su mensaje anual al Congreso, el equivalente al actual discurso sobre el estado de la Unión, pero que, a diferencia de las extravagancias mediáticas actuales, se entregaba por mensajero y no se pronunciaba en persona.

El mensaje produjo de todos modos el tremendo efecto deseado. La guerra se transformaría, dijo Lincoln, y se concedería la libertad. Aquellos que apoyaran su postura serían recordados en la memoria nacional; los que se resistieran a ella, caerían seguramente en el olvido o serían condenados.

Resultó ser una táctica brillante y logró ablandar la resistencia legislativa. «Nosotros, los miembros de este Congreso de este gobierno seremos recordados pese a nosotros mismos», añadió a la famosa frase con la que empezaba su conclusión. «La terrible prueba por la que estamos pasando nos iluminará, en el honor o en la deshonra, hasta la última de las generaciones.

El Congreso no recogió el guante de inmediato, y no sacó adelante las propuestas de Lincoln. No hizo nada para compensar a los propietarios de esclavos leales, e hizo muy poco con respecto al desacreditado concepto de colonización, por suerte para la reputación de Lincoln. Al final, y ante la presión ejercida por el presidente, hizo más: aprobó una enmienda a la Constitución con la que ponía fin a la esclavitud en todos los estados.

No resulta, pues, sorprendente que la historia le reconozca a Lincoln la mayor parte del mérito. Su rumbo «sencillo, pacífico, generoso y justo», profetizó, era un rumbo que «el mundo aplaudirá para siempre, y que Dios bendecirá por los siglos de los siglos». Los laureles pertenecen a los fabricantes de frases. Los líderes modernos deberían aprender la lección de la audaz afirmación de Lincoln, no solo con respecto al juicio de la historia, sino también para actuar como jueces de la historia. Aunque, bien mirado, a tenor de las afirmaciones casi promiscuas de algunos recientes presidentes con respecto a Lincoln, tal vez no debieran.

# Michael Howard

*Todo lo que enseña la historia…*

ANÓNIMO

Cuando alguien empieza una frase con las palabras «Todo lo que enseña la historia», sé que estamos a punto de escuchar una mala historia y una lógica aún peor.

Ignoro quién sería el primero en decirlo, pero todos, profanos e historiadores, deberíamos tener estas palabras grabadas en el corazón. La «historia» es solamente lo que escriben los historiadores, y los historiadores pueden cometer equivocaciones y errores de juicio, y tener prejuicios igual que el resto de la humanidad. Tal vez sea posible llegar a un consenso a partir de los esfuerzos combinados de todos ellos, pero ese consenso debe ser constantemente corregido y revisado por las generaciones posteriores. La historia está en constante cambio. Intentar construir conclusiones sólidas es lo mismo que intentar construir una casa sobre agua corriente.

# Daniel W. Howe

*Cuando, en el transcurso de los acontecimientos humanos, se hace necesario que una parte de la familia del hombre asuma, entre los pueblos de la tierra, una posición diferente a la que hasta entonces había ocupado, a la que le dan derecho, sin embargo, las leyes de la naturaleza y las de Dios, el justo respeto a las opiniones de la humanidad exige que declare cuáles son las causas que la impulsan en esta dirección*.

Introducción de la declaración de la Convención
por los Derechos de la Mujer de Seneca Falls,
Nueva York, julio de 1848

Esta «declaración de sentimientos», redactada por la primera convención que abordaba la cuestión de los derechos de la mujer, respaldaba la igualdad de oportunidades en la educación y en el trabajo, la igualdad de derechos en el matrimonio con respecto a la propiedad, la custodia de los hijos y el divorcio, y el derecho al sufragio. Imitando deliberadamente la Declaración de Independencia de Estados Unidos de América de Thomas Jefferson en 1776, apela a la misma teoría de derechos naturales tal como la formuló John Locke a finales del siglo XVI, e ilustra la importancia de que los movimientos sociales fundamenten sus exigencias en un marco intelectual que les haga acreedores de la aprobación generalizada. La declaración demuestra asimismo que el concepto de derechos naturales en particular puede ser aplicado no solo a las naciones, sino también a los grupos sociales en el seno de una nación. Se anticipa al tipo de argumentos que también se utilizarían para justificar la igualdad de derechos políticos y civiles para los negros estadounidenses, y que más tarde aún esgrimirían también los movimientos para la igualdad de derechos de otros grupos sociales tales como los homosexuales, los minusválidos y los ancianos. En

años recientes, el concepto de derecho natural, aunque diste mucho de gozar de consenso entre los filósofos, está disfrutando de un cierto grado de aceptación entre el público en general por todo el mundo occidental e incluso más allá; tanto, que muchos grupos y causas consideran necesario acudir a él.

# John Hughes-Wilson

*En tiempos de guerra, la ley calla*.

CICERÓN, *En defensa de Milón*

La cita histórica más utilizada sea posiblemente los primeros versículos del salmo 46: «Dios es nuestro refugio y fortaleza, una ayuda siempre a punto cuando amenazan peligros».

Variantes de estas palabras, o sentimientos muy similares, han sido pronunciadas por soldados aterrorizados, y no pocos civiles, desde hace más de cuatro mil años. Manifiestan que, después de las fuerzas elementales de la naturaleza, la guerra es lo que más aterra a la humanidad, y con razón. El terror ha sido siempre la emoción universal en el campo de batalla. Tal vez sea la razón por la que la humanidad, desde hace siglos, haya intentado limitar la guerra y controlar sus sanguinarios excesos. No obstante, cuando las sociedades deciden resolver sus problemas políticos, sociales y económicos recurriendo a matar personas y a romper cosas, es cuando entra en juego la famosa cita de Cicerón, «silent enim leger inter arma», o «en [tiempos de] guerra, la ley calla».

Una de las ironías de la historia ha sido el apremiante deseo de poner a prueba y de controlar un comportamiento que es, por definición, prácticamente incontrolable. Aunque la humanidad haya intentado proponer «reglas» para combatirse mutuamente y asesinar en masa, sigue siendo cierto que la guerra no es más que el asesinato legalizado. Después de los horrores de la guerra de los Treinta Años, los europeos intentaron desesperadamente encontrar leyes para canalizar los excesos de la brutal soldadesca. La Revolución Francesa, sin embargo, lo cambió todo. Las restricciones de la guerra limitada del siglo XVIII saltaron por los aires y poco a poco se desencadenó todo el horror de la guerra a muerte entre

naciones y sociedades al completo, hasta encontrar su última expresión en el frente oriental, en los bombardeos indiscriminados de Dresde y de Tokio y, finalmente, en Hiroshima y Nagasaki.

Un efecto de la nueva capacidad de la humanidad de arrasar y destruir a una escala inimaginable ha sido alentar un nuevo fenómeno: la intensificación de los intentos de controlar la guerra por medio de leyes. En la actualidad, y desde luego en Occidente, contamos con ejércitos de abogados explicándoles a generales y soldados lo que pueden o no pueden hacer en el campo de batalla. En la guerra moderna, la ley, y sus omnipresentes abogados, parecen cualquier cosa menos silenciosos.

Sin embargo, no deja de ser una ironía que, cuando se trata de aquellos enemigos que libran sus campañas asimétricas contra los estados liberales y democráticos de Occidente, «la ley» y los abogados son la última de sus preocupaciones. Solo quieren matar brutalmente y mutilar en nombre de su causa. El viejo romano tenía razón, siempre fue así. Lo cierto que es que la realidad sigue siendo que en la guerra, la guerra auténtica y total, «la ley» sigue tan callada como siempre.

# Walter Isaacson

*Cuando enseñaba, tenía la tendencia a pensar que la historia estaba regida por fuerzas impersonales. Pero, cuando la ves en la práctica, puedes darte cuenta de cómo cambia todo a causa de la personalidad de sus participantes*.

HENRY KISSINGER

Kissinger hizo esta declaración en el curso de una rueda de prensa durante uno de sus viajes diplomáticos a Oriente Medio en enero de 1974. Estaba hablando de Anuar el Sadat, de Golda Meyer y de otros, aunque, tal vez de forma inconsciente, también lo hiciera de sí mismo.

El papel que pueden desempeñar las personalidades interesantes en el escenario del mundo es la razón por la que creo que la biografía es un aspecto muy digno de la historia.

# Nigel Jones

*La historia a los vencidos*

*Tal vez pueda decirles lo siento, pero no puede ayudar ni perdonar*.

W. H. AUDEN

Los versos finales del gran poema de Auden «Spain», escrito en 1937 en el punto más álgido de la guerra civil española, siempre me han parecido tanto un angustioso grito de desesperación ante la injusticia y la crueldad del universo como una apremiante llamada a las armas, la intención precisa del autor. Auden, en realidad, no era un activista político demasiado combativo, sino más bien, en palabras de un desdeñoso George Orwell (un combatiente algo más activo en la guerra de España), alguien que «siempre estaba en otro lugar cuando se dispara una bala».

Auden llegó a España para defender la República contra el alzamiento militar del general Franco, pero en calidad de conductor de ambulancia y no de combatiente. Incluso en esta función, no duró más que unas pocas semanas. Sin embargo, su experiencia española, por breve que fuera, igual que la de Orwell, bastó para cambiarle para siempre. La visión de las iglesias incendiadas por los ateos republicanos le produjo un horror inesperado y despertó el cristiano durmiente en el alma de Auden. Desechó sus ideas comunistas y, al final, se reconvirtió al anglicanismo.

El poema «Spain», escrito en el apogeo de su entusiasmo izquierdista, tenía una intención propagandística; se trataba de una súplica para convencer a voluntarios de todo el mundo a unirse a las Brigadas Comunistas Internacionales e ir a combatir por la República. Además de sus emotivas líneas finales, contiene una frase profundamente siniestra: «La aceptación consciente de la culpa en el necesario asesinato», que suscitó, una vez más, la repulsa de Orwell. Tan solo podría haber sido escrito, le

recriminó Orwell, «por alguien para quien el asesinato es, como mucho, una palabra». Orwell tenía razón, y Auden, avergonzado, retiraría más tarde esta frase declarando que ningún asesinato era nunca «necesario». Sin embargo, esta sensación de Auden de que el paso de la historia debe ser capturado antes que vuele para siempre, permanece.

Además, la historia tiene la costumbre de retractarse de sus decisiones finales. La República perdió la guerra civil, pero en la España de hoy en día, ha sido el franquismo el que ha sido derrotado, el que está muerto y enterrado, así que, a la larga, podría decirse que, después de todo, la República ha vencido. Y Auden, aquel joven comunista apasionado, vivió el tiempo suficiente para arrepentirse de su locura de juventud. En su sabiduría infinita, la historia a veces permite volver a pensarse este tipo de cosas.

# Terry Jones

*Y si desaparecieran los libros antiguos*,
*entonces se perderían los recuerdos más importantes*.

GEOFFREY CHAUCER,
prólogo a *The Legend of Good Women*

Fueron mis intentos de descifrar las treinta líneas que describen al Caballero en el prólogo de los *Cuentos de Canterbury* los que me llevaron a la historia y me despertaron una especie de conciencia de la política. Y cuanto más me adentro en la historia, tanto más me convenzo de que las personas no cambian. Siguen siendo las mismas personas ambiciosas e implacables las que persiguen el poder, y entonces como ahora, siempre han utilizado los mismos medios para hacerse con el poder y conservarlo.

En el año 350 a. C., Aristóteles escribió su disección del poder político, y debo confesar que todavía me sigue pareciendo muy acertada. Aristóteles establecía la diferencia entre un gobernante por derecho y un tirano, y esa distinción no radicaba en la cantidad de poder que ambos concentraban en sus manos, sino en algo más sencillo: en interés de quién trabajaban. Si trabajaban en interés de los ciudadanos a los que gobernaban, entonces eran gobernantes legítimos, fuera cual fuera su poder. Si trabajaban solo por sus propios intereses eran, por definición, tiranos.

En mi opinión, esta distinción sigue siendo válida en la actualidad. La única diferencia es que ahora ya no utilizamos la vara de medir de Aristóteles. Gimoteamos sobre «democracia» y, aun así, presuponemos que los políticos son unos hipócritas egoístas. Las cosas no cambian.

La historia es una muñeca rusa sin fin, nunca podemos llegar al auténtico núcleo de la verdad, pero seguimos a vueltas con los acontecimientos y con el dicho, una y otra vez, con la esperanza de

acercarnos al centro.

Y mientras lo hacemos, arrojamos algo de luz sobre lo que está ocurriendo en nuestro mundo. Descubrimos, por ejemplo, que la propaganda y la manipulación de Enrique IV destruyeron la reputación de Ricardo II a beneficio de Enrique. Sin embargo, poco a poco, los historiadores están ahora enderezando ese entuerto, y mientras lo hacemos, podemos ver que la propaganda y la manipulación no han cambiado demasiado desde el siglo XV.

Nuestro mundo es el mismo mundo que encontramos a lo largo de la historia.

# Anthony Julius

*La cábala, en su totalidad, es una inmensa majadería, pero el estudio académico de las majaderías es erudición*.

SAUL LIEBERMAN

Se dice que estas palabras fueron pronunciadas por el gran talmudista Saul Lieberman, al presentar al público universitario a otro destacado talmudista, Gershom Scholem.

Tras haber dedicado varios años de mi vida investigadora a escribir libros sobre el antisemitismo, esta observación me parece un inmenso consuelo.

# Grace Karskens

*Ahora, en los documentos del pasado que han sobrevivido, los historiadores sociales pueden encontrar rastros, a veces breves destellos de imágenes, de gente haciendo cosas. El núcleo del trabajo de la etnografía histórica consiste en la búsqueda del significado que dichas acciones transmitían a los participantes y del significado que tenía para ellos. Las acciones deben ser entendidas como afirmaciones*.

RHYS ISAAC,
*The Transformation of Virginia, 1740-1790*

Destellos de imágenes de gente haciendo cosas. A veces, de los millones de palabras que uno puede llegar a leer, una frase como esta te salta a la vista, y desencadena un destello de reconocimiento y de revelación que te deja sin aliento durante un instante, y que luego permanece para siempre.

En *The Transformation of Virginia*, Rhys Isaac presentaba una lectura y descodificación de los hechos muy meditada, densa e íntima, deliberada, simbólica o inconsciente, de los virginianos del siglo XVIII. Estaba diciendo que las acciones, las acciones de los pueblos pasados, hablan igual de alto, por lo menos, que las palabras, y que si los historiadores observan lo que hicieron los pueblos pasados, pueden recuperar y comprender todo su mundo. Acciones, gestos, movimientos y viajes son como hologramas de su tiempo, pistas para averiguar cómo pensaba la gente, lo que le importaba, cómo estaba construida su cultura, y el mundo físico y social en el que se movían. Por supuesto, observar las acciones de la gente nos lleva naturalmente a examinar su entorno, los lugares y las estructuras que construyeron, y los objetos que utilizaron, y así podemos ver todas estas cosas también bajo una nueva luz. Y es evidente que los actos de los pobres,

de los oprimidos y de los grupos de marginados en una sociedad son igual de importantes que los actos de los ricos, de los poderosos y de los educados.

Mis propios escritos sobre el Sidney primitivo estuvieron inspirados en el trabajo de Rhys Isaac, y guiados por él. Sidney fue una de las colonias mejor documentadas de todas las que se fundaron, y en consecuencia, en su historia abundan esos «destellos de imágenes de gente haciendo cosas». La observación de los actos de gobernadores, convictos, bandidos, mujeres y pueblos aborígenes resultó fundamental para explicar una historia totalmente nueva sobre los fundamentos de la Australia moderna.

# Ian Kershaw

*Por más que grandes extensiones de Europa y muchos estados antiguos y famosos hayan caído o caigan en poder de la Gestapo y de todo el espantoso aparato del régimen nazi, no vamos a flaquear ni a fracasar, sino que seguiremos hasta el final. Combatiremos en Francia, combatiremos en los mares y en los océanos, combatiremos cada vez con mayor confianza y fuerza en el aire; defenderemos nuestra isla a cualquier precio; combatiremos en las playas, en los lugares de desembarco, en los campos y en las calles; combatiremos en las montañas; no nos rendiremos jamás…*

WINSTON CHURCHILL

Creo que mi cita histórica preferida tendría que ser extraída del desafiante discurso pronunciado por Winston Churchill en la Cámara de los Comunes el 4 de junio de 1940. Tal vez pronunciara discursos mejores, y otras citas de sus escritos y discursos son al menos igual de memorables que esta, sobre todo su discurso «Finest Hour», pronunciado dos semanas más tarde. Sin embargo, yo elegiría este pasaje por su importancia retórica en un momento tan crucial, por el modo en el que subió la moral del país en el trance más sombrío de la dilatada historia del Reino Unido.

Churchill llevaba en el cargo de primer ministro menos de un mes cuando pronunció este discurso, y su bien fundada reputación como el héroe de guerra británico todavía estaba por construirse. Había sido investido en el cargo el 10 de mayo, precisamente el día en que Hitler lanzaba su ofensiva occidental. Entre la fecha de la investidura y la fecha de su discurso, Churchill tuvo que enfrentarse a la posibilidad, y más tarde a la certidumbre, de la caída de Francia, a lo que había que añadir la hegemonía alemana sobre Europa occidental y la muy probable y subsiguiente invasión del Reino Unido. También, durante tres días a finales de mayo, tuvo que

vencer los argumentos, defendidos sobre todo por lord Halifax, el ministro de Asuntos Exteriores, que sostenían que el Reino Unido debía considerar la posibilidad de una paz negociada. El telón de fondo de las dramáticas reuniones del consejo de ministros de aquellos días era la desesperada situación en la que se encontraban las fuerzas expedicionarias británicas en Francia, atrapadas en Dunkerque, y que se suponían perdidas en su mayor parte. El propio Churchill creía que tal vez solo podrían salvarse entre veinte y treinta mil hombres. La inflexible postura de Churchill, que defendía que el Reino Unido debía seguir combatiendo fuera lo que fuera lo que ocurriera en Francia, se impuso finalmente en los debates del gabinete. Además, en lo que Churchill denominaría «el milagro de Dunkerque», casi trescientos cuarenta mil soldados británicos fueron rescatados de los alemanes por una armada de buques, muchos de ellos pequeños pesqueros, que cruzaron el canal de la Mancha en condiciones peligrosas para recoger a los hombres que estaban en las playas. Este era el contexto en el que Churchill se dirigió a la Cámara de los Comunes el 4 de junio. Aunque hizo hincapié en que «las guerras no se ganan con evacuaciones», afirmó no obstante que «sí que hubo una victoria en esta liberación». En realidad, fue una importante derrota, pero la retórica de Churchill la convirtió en un triunfo. Este discurso contribuyó a construir la imagen de Churchill como el indomable líder bélico que necesitaba el país en aquellos tiempos tan peligrosos. Y contribuyó también en gran medida a intensificar la moral del país e imbuirle un espíritu combativo cuando la situación difícilmente podía ser más desastrosa.

# Robert J. Kershaw

*Permanece en el pasado y perderás un ojo; olvida el pasado, y perderás los dos*.

Antiguo proverbio ruso citado por
ALEXANDR SOLZHENITSYN en *Archipiélago Gulag*

A los paracaidistas con los que serví en el ejército se les enseñó la historia de los regimientos, siguiendo la máxima de que «nunca sabrás adónde vas a menos que sepas de dónde vienes». Vivíamos en un mundo de cambios acelerados donde, en nuestra profesión, las nuevas tecnologías y los nuevos métodos tenían que ser asimilados para así seguir conservando la posición de superioridad que permitía ganar batallas. El pasado era un punto de anclaje que proporcionaba un marco estable de referencia mientras seguíamos innovando para diversificarnos y poder abordar nuevas cuestiones y problemas. Es un crimen derramar sangre cuando, como suele ser el caso, se tiende a reinventar la rueda entre generación y generación.

Sin embargo, como sugiere Solzhenitsyn, se necesita un cierto grado de equilibrio para ver el pasado, y si no lo ves, se pierde.

Mientras estuve destinado en operaciones, escribí un diario en el que anotaba todo lo que veía, oía o percibía, observaciones francas y honestas, haciendo caso omiso deliberada y metódicamente de las posibles consecuencias en materia de seguridad, puesto que no tenía intención de publicar nada en toda mi vida. Las percepciones, descubrí, a menudo alimentadas por los rumores, tienen el mismo impacto que los hechos sobre los cambios de comportamiento. Más tarde, cuando investigaba crónicas de guerra, personales e históricas, cartas y diarios, me resultó de gran valor haber escrito aquellos diarios, puesto que ese trabajo me permitió identificar rápidamente lo auténtico. Lo significativo saltaba a la vista, reflejando

comportamientos que supe reconocer de forma instintiva como auténticos. En consecuencia, cuando escribo historia militar busco fuentes lo más cercanas posibles al acontecimiento que estoy examinando, reconstruyo escenas, alimentadas solo por lo que los protagonistas pueden haber oído o sabido de ellas, lo combino todo con visitas al lugar, utilizando los mapas disponibles en la época de los acontecimientos, y con los testimonios presenciales, para recrear la escena. Estos son los dos ojos que el proverbio ruso nos anima a usar, en lugar de la perspectiva con un ojo tapado que tendríamos si aceptáramos las fuentes secundarias sin cuestionarlas.

# Jim al-Khalili

*Aquel que busca la verdad no es aquel que estudia los escritos de los antiguos y que, siguiendo su natural disposición, deposita su confianza en ellos, sino más bien aquel que sospecha de su fe en ellos y que cuestiona lo que de ellos extrae, aquel que se somete a la argumentación y a la demostración, y no a lo que dicen los seres humanos cuya naturaleza está llena de todo tipo de defectos e imperfecciones. Por lo tanto, el deber del hombre que investiga los escritos de los científicos, si su objetivo es aprender la verdad, consiste en convertirse en el enemigo de todo aquello que lee, y, aplicando su mente al núcleo y a los márgenes de su contenido, lo ataca desde todos los ángulos. Debería también sospechar de sí mismo mientras lleva a cabo su examen crítico, para así evitar caer en el prejuicio o en la benevolencia*.

ALHACÉN, *Dudas sobre Ptolomeo*

Ibn al-Haytham, Alhacén, fue un científico árabe y uno de los más extraordinarios eruditos de la época medieval. Lo considero no solo como el más grande de los físicos en los dos mil años que se extienden entre Arquímedes y Newton, sino, además, uno de los primeros que postuló y defendió el método científico. Realizó numerosas contribuciones a los campos de la óptica y de la astronomía. Su *Tratado de óptica* ejerció una enorme influencia en el desarrollo de la ciencia occidental. Muy a menudo se hace referencia a Alhacén como el «primer auténtico científico». Fue el primero en explicar correctamente cómo funciona la visión con relación a la óptica geométrica, hizo avanzar la astronomía «matematizándola», y escribió también sobre mecánica celeste.

En esta cita, nos demuestra con claridad que fue uno de los fundadores del movimiento conocido con el nombre de *shukuk* («dudas»), que defendía el análisis crítico del legado científico de los maestros del pasado, sobre todo de los eruditos griegos como Aristóteles o el astrónomo Ptolomeo, cuyo trabajo fue traducido al árabe durante los siglos IX y X d. C. Alhacén insiste en que uno no debería aceptar sin más la palabra de estos hombres, sino que siempre debería poner en duda la validez de sus ideas y de sus teorías.

Y así es, por supuesto, cómo funciona la ciencia hoy en día, y esto es lo que da a entender su comentario de que uno debería «convertirse en el enemigo de todo aquello que lee».

# Henry Kissinger

*No puede haber una crisis la semana que viene, tengo la agenda llena*.

*Las grandes tragedias de la historia no ocurren cuando el bien se enfrenta al mal, sino cuando dos bienes se enfrentan el uno al otro*.

*La historia no conoce un lugar de descanso, ni tampoco el estancamiento*.

Con nuestro agradecimiento al doctor Henry Kissinger por concedernos el permiso de utilizar estas citas.

# Ian Knight

*Primero llega el mercader, después el misionero y luego, el soldado rojo*.

CETSHWAYO KAMPANDE, *c*. 1878

Durante la segunda mitad de 1878, el rey zulú Cetshwayo kaMpande se sintió amenazado por unos vecinos cada vez más hostiles. En 1824, su predecesor, el famoso rey Shaka, había permitido que un pequeño grupo de aventureros y harapientos británicos que habían naufragado instalaran un pequeño asentamiento en la costa de una laguna natural, conocida para el resto del mundo con el nombre de Port Natal, situada en el extremo sur de la zona de influencia zulú. En el curso de los cincuenta años transcurridos desde entonces, los británicos se habían anexionado las tierras que rodeaban la laguna, la colonia de Natal, y aquel primer destartalado campamento se había convertido en la ciudad de Durban. Por el interior, hacia el oeste, el reino zulú se había visto arrinconado también por la República del Transvaal, fundada por colonos bóeres que se habían trasladado hacia el norte desde El Cabo.

A lo largo de medio siglo, los reyes zulúes habían mantenido una buena relación con sus vecinos británicos, y una relación bastante más problemática con el Transvaal, pero en la década de 1870, y a consecuencia de un cambio de actitud y de punto de vista en el Ministerio de las Colonias, en la remota ciudad de Londres, los británicos adoptaron una política nueva y más agresiva en África del Sur. En 1877, el Reino Unido se había anexionado el Transvaal, y el alivio inicial del rey Cetshwayo se transformó en inquietud cuando observó el tono cada vez más agresivo de los británicos durante sus negociaciones con ellos, y poco a poco empezó a darse cuenta de que su reino zulú obstaculizaba la expansión del imperio.

Identificó un paradigma característico en el avance británico por la región. En primer lugar llegaban aquellas personas atraídas por los beneficios que pudiera reportar la apertura de una nueva sociedad africana a la penetración europea; después, una vez más asentada la presencia británica, seguían aquellos que querían salvar almas y civilizar. Y se dio cuenta de que, llegado aquel momento, la mayor parte de los grupos africanos ya habían percibido el peligro que se cernía sobre ellos, y muchos habían tomado la decisión de resistir, con un único resultado seguro. Esta predicción del destino de los zulúes fue asombrosamente acertada; en 1848, un comerciante irlandés llamado James Rorke había comprado una extensa granja en la zona fronteriza entre Natal y Zululand, y comerciaba a ambos lados del río que separaba los territorios, a la altura de un vado que sería conocido con el nombre de Rorke's Drift. En 1877, la granja había pasado a la propiedad de la Swedish Mission Society, tras ser comprada por un misionero llamado Otto Witt. El rey Cetshwayo se vio constantemente manipulado hasta hacer inevitable el enfrentamiento con sus vecinos británicos, y así, en enero de 1879, el teniente general lord Chemlsford, al mando de una columna de casacas rojas británicos, cruzó la frontera para invadir Zululand desde Rorke's Drift.

# Phillip Knightley

*Vota «No».*

Los historiadores siempre buscan un acontecimiento cuyo significado trascienda lo evidente y que arroje luz sobre una perspectiva más amplia. En mi libro *Australia: A Biography of a Nation* descubrí uno de estos acontecimientos, que dio pie a varios argumentos reveladores. Durante la primera guerra mundial, a causa de las numerosas bajas y de la escasez de voluntarios, el gobierno australiano decidió que el servicio militar obligatorio era la solución, y sometió la propuesta a referéndum. La mayor parte de los australianos de origen inglés apoyaban la propuesta. La mayor parte de los australianos de origen irlandés se oponían a ella. La consulta dividió el país y el «no» ganó por una pequeña mayoría.

Sin embargo, no terminó ahí la cosa. El ejército se amotinó cuando quince mil soldados se negaron a aceptar el aumento del tiempo de instrucción, una hora y media más al día, y después, una huelga general puso en peligro el aprovisionamiento de víveres. El primer ministro, William Hughes, no daba crédito a la falta de solidaridad de los australianos cuando sus soldados morían en ultramar y el Reino Unido luchaba por su supervivencia en los campos de batalla de Francia. Hughes quería estrechar aún más los vínculos entre Australia y el Reino Unido y rendir su independencia a un «Parlamento imperial» en el que participaran representantes australianos. Creía que si les daba una segunda oportunidad de expresar su devoción por el Reino Unido, los australianos votarían «sí» al servicio militar obligatorio y a la conscripción, y «sí» por el rey y el imperio. Se equivocaba.

En esta segunda ocasión, una mayoría aún más amplia votó en contra del servicio militar obligatorio, y casi la mitad de los soldados en el frente votaron «no». El significado de estos dos referéndums sobre la conscripción

iba más allá de su resultado. Las consultas obligaron a los australianos a reflexionar sobre su actitud frente al nacionalismo y sobre sus vínculos con el Reino Unido y, en opinión de los intelectuales liberales, señalaron el conservadurismo de la clase media australiana. También demostraron el poder del sentido de la justicia y de la libertad personal de los australianos: si un hombre quería ir a ultramar a combatir, era cosa suya, pero nadie tenía el derecho de obligarle a hacerlo.

# Guido Knopp

*De vez en cuando, a la historia le gusta quedar condensada, toda ella, en una sola persona a quien todo el mundo, entonces, obedece*.

JACOB BURCKHARDT

El Tercer Reich no sería concebible sin él: Hitler fue el centro de la maldad, sus delirios amenazaron con gobernar el mundo. Él mismo, al ser un producto de la historia, hizo la historia de un modo que no tenía paradigma. Él fue lo peor que le había pasado a la historia de Alemania.

Y seguimos sin tener la respuesta a la pregunta de cómo un sórdido tipo enclenque como él pudo hacerse con el poder en una sociedad civilizada. La frase de Jacob Burckhardt señala los mecanismos internos de la historia, el enigma de la historia, el factor humano de la historia. Por mucho que sepamos de la historia, nunca llegaremos a comprender estos tres aspectos, ni tampoco seremos capaces de controlarlos.

# Andrew Lambert

*¡La historia es la constancia que queda de ideas que han saltado por los aires!*

ALMIRANTE SIR JOHN FISHER

Entre 1899 y 1902, Fisher, más tarde lord Fisher de Kilverstone, fue comandante en jefe de la flota británica del Mediterráneo. Esta frase, una típica bravata ostentosa, la dijo lord Fisher en una conferencia pronunciada ante un grupo de oficiales superiores bajo su mando. Después, pasó a desarrollar el tema de su disertación: las condiciones de la guerra naval moderna, con buques acorazados, minas y torpedos, habían modificado sustancialmente la naturaleza de la guerra, y, dadas estas circunstancias, él sería el intelecto que dirigiría cualquier campaña o batalla.

A decir verdad, el propósito de Fisher era menos evidente. Durante el tiempo que ocupó este mando, mantuvo un enfrentamiento con el Almirantazgo a causa del tamaño de su flota. Los argumentos del Almirantazgo, desarrollados y defendidos sobre todo por el contraalmirante Reginald Custance, director de los servicios de inteligencia naval, se fundamentaban en ejemplos históricos de la época de Nelson. En consecuencia, esta cita de Fisher, lejos de ser una crítica de la historia, o de Nelson, tenía el objetivo de desacreditar la utilización del pasado que hacía Custance. Fisher, que idolatraba a Nelson, le sacaría más partido al valor de la historia en la formación de los oficiales en activo que cualquier otro comandante de la Royal Navy y jefe del Estado Mayor naval.

Sir Julian Corbett, el más grande de los historiadores navales, trabajó en estrecha colaboración con Fisher, en servicio o en la reserva, durante más de una década, formando oficiales superiores y trabajando en el desarrollo de una estrategia nacional a través de la investigación histórica.

El punto de vista de Fisher era claro: cualquier historia utilizada para atacar sus políticas era, por supuesto, «la constancia que queda de ideas que han saltado por los aires», pero cualquier ejemplo que eligiera tenía un gran peso.

Todo depende del contexto.

# Paul Lay

*La historia está mucho más próxima de la poesía de lo que en general se cree; en verdad, creo que, en esencia, es lo mismo*.

A. L. ROWSE

Un aspecto de la práctica de la historia que suele olvidarse cada vez con mayor frecuencia, en especial cuando se enseña, es la comunicación. A. L. Rowse, ese tipo irascible, mezcla de conflicto interno, ego y elegancia, buscó siempre el público más amplio posible, que logró gracias a sus estudios sobre la Inglaterra isabelina, a menudo controvertidos, y a veces extravagantes. Una gran parte de su capacidad comunicativa procedía de su talento poético, una pasión que le acompañó toda su vida. Le permitió producir la frase perfecta, elaborar hasta la perfección su prosa precisa, y arrastrar a su público tras él. En este sentido, Rowse fue la avanzadilla de los mejores narradores históricos de nuestro tiempo, entre ellos, David Starkey, igualmente combativo, de origen humilde y todo un espectáculo que cree que la historia debería estar al alcance de todos los que la buscan, y que la disciplina es demasiado importante como para dejársela solo a los historiadores.

Otros autores coinciden con él en esta idea de ver la historia como poesía, destilada, intensa, dramática y auténtica. Mark Twain escribió que «el pasado no se repite, pero rima». El gran estudioso del Renacimiento, Jacob Burckhardt, consideraba que la historia «es, en mi opinión, en gran medida poesía». Ellos, igual que Rowse, comprendieron que la mejor historia debe ser comunicada al público más amplio posible. Desde mi puesto de editor de *History Today*, sé que se trata de un talento que escasea.

# Quentin Letts

*Un día como el de hoy no es un día para grandes frases, podemos dejarlas en casa. Sin embargo, con relación a esta cuestión, siento la mano de la historia sobre los hombros…, realmente la siento*.

TONY BLAIR

Se acercaba el primer aniversario de Tony Blair como primer ministro británico cuando hizo su observación «la mano de la historia» al iniciar las conversaciones que desembocarían en el acuerdo del Viernes Santo, el acuerdo gracias al cual se reinstauraría la Asamblea de Stormont [el Parlamento de Irlanda del Norte] y que formalizaría la renuncia del Sinn Féin a la violencia.

La observación del señor Blair se convirtió en un objeto de coleccionista por diversas razones. Una de las que pasamos por alto en la actualidad es que se trataba de una de las primeras ocasiones en las que la gran frase política se convertía en un objeto de guasa tan evidente. Incluso los votantes más fieles, al oír la observación de Blair, pudieron ver en ella un torpe intento de acaparar las portadas de los periódicos. El público británico empezaba a despertarse y a descubrir en Tony Blair a un actor ansioso de protagonismo. Esta cita contribuyó a ello y nos dio pie a reírnos de un hombre que hasta ese momento no había sido objeto de demasiadas burlas.

El ayudante de Blair, Jonathan Powell, ha declarado que el primer ministro no preparó esta frase, lo que da fe del talento de comunicador del entonces primer ministro. «La mano de la historia» es una espectacular imagen que evoca la visión de una gigantesca mano bíblica que desciende de los cielos a posarse sobre los hombros. ¿Fue el interés del señor Blair en las Escrituras lo que hizo germinar esta idea? ¿O fue algo más similar a los

dígitos que aparecen a través de las nubes en Monty Python? Aunque la frase de Blair no contiene nada estrictamente religioso, resulta difícil imaginar a un político seglar produciendo de forma espontánea una frase así.

Blair la pronunció al inicio de unas largas y difíciles conversaciones que se prolongaron muchas horas. La observación, retransmitida en directo aquella noche por todas las televisiones, creó presión sobre el resto de los participantes. También, típico de Blair, colocó a su creador en el mismísimo centro de las negociaciones, aunque en realidad podría decirse que incumbían sobre todo a los políticos de Irlanda, del Sur y del Norte. El señor Blair se presentaba ante nosotros como el agente de un destino casi divino. Otros primeros ministros británicos, sobre todo Margaret Thatcher y John Major, habían asumido riesgos mucho mayores con respecto a Irlanda del Norte, pero Tony Blair fue el que intentó acaparar todo el mérito, y, hasta un cierto punto, lo consiguió.

Mirando hacia el pasado, ¿quién se atreverá a decir que las conversaciones del Viernes Santo no fueron trascendentales? Pese a la vanidad y el egoísmo tras la frase de Blair, la cita, hasta un cierto punto, era verdadera. Esto es lo que la aleja de lo meramente absurdo y que hace de ella una de las citas definitorias de la época del nuevo laborismo británico. Ansioso de protagonismo o no, el señor Blair tenía el don de estar en lugares interesantes en los momentos interesantes. Hubiera sido un excelente corresponsal de televisión en el extranjero.

# Leanda de Lisle

*La ciencia y la tecnología revolucionan nuestra vida, pero son la memoria, la tradición y el mito lo que enmarcan nuestra respuesta. Expulsada de la conciencia individual por el ímpetu del cambio, la historia se toma la revancha grabando hábitos, valores, esperanzas y sueños en el inconsciente colectivo*.

ARTHUR M. SCHLESINGER, JR.

Lo más terrible de los prejuicios profundamente arraigados es que aquellos que los expresan no suelen ser conscientes de lo que están haciendo. Se ven a sí mismos como «modernos» y «mundanos» y, por lo tanto, racionales y compasivos, y nunca cuestionan en profundidad las raíces, o la lógica, de sus creencias. Los historiadores, cuando describen y explican las historias del pasado, sostienen un espejo ante el presente. Podemos vernos desde ángulos inesperados, y lo que vemos puede ser un impulso, o un freno. A menudo, sin embargo, los escritores de la historia se han limitado a adular a los poderosos. El hecho de que, históricamente, las mujeres escritoras de historia hayan sido menos numerosas nos ha privado del punto de vista del sexo institucionalmente más débil. No estoy segura de qué tipo de diferencia puede marcar mi género en mi estilo de escribir en la actualidad, pero sospecho que influye en mi interés por las diferentes maneras en las que hemos justificado el poder de algunos grupos sobre otros y la necesidad de deshumanizar a los más débiles de entre nosotros.

Si tuviera que elegir mi cita preferida de la historia, en lugar de sobre la historia, sería una frase de Demóstenes: «Lo más fácil de todo es engañarse a uno mismo, porque lo que un hombre desea suele ser lo que cree que es cierto».

Los historiadores deberían ayudarnos a tomar perspectiva, y a adquirir una nueva percepción de nuestro subconsciente: la verdad no conviene.

# John Luckacs

*Los documentos no hacen la historia, la historia hace los documentos*.

*La historia no consiste en «hechos». La historia se escribe, se enseña, se habla y se piensa en palabras. Sus hechos son inseparables de las palabras con las que se explican. Las palabras también tienen su propia historia: su vida, su muerte, su poder y sus límites. Imaginemos (no es fácil, pero es imaginable) que en algún momento del futuro las personas pudieran comunicarse entre ellas solamente por medio de dibujos, imágenes y números; incluso la conciencia de la historia que tiene la gente, y por supuesto también su propia historia, seguiría existiendo*.

*El propósito de los historiadores NO consiste en establecer verdades definitivas, sino en corregir y eliminar las no verdades y las medias verdades*.

*Érase aquella vieja irlandesa charlatana a quien los vecinos le preguntaron si los chismes sobre la joven viuda al otro extremo de la calle eran ciertos. Contestó: «No son ciertos, pero son lo bastante ciertos». El historiador debe pensar a la inversa: «Tal vez sea cierto, pero no es lo bastante cierto»*.

*Uno de los problemas es que hay tantos historiadores profesionales que están menos interesados en la historia que en su condición de historiadores*.

*La cuestión principal no es (o ya no debería ser) si la historia es arte o ciencia, sino que debería ser: escribir la historia ¿es ciencia o literatura? Debería ser lo segundo*.

*La diferencia entre un historiador «profesional» y uno «aficionado» no es mayor que la que existe entre un neurocirujano profesional y uno aficionado; pero es menor que la que separa a un poeta «profesional» (un absurdo, ¿no creen?) de uno «aficionado».*

*Una celebridad es alguien famoso por ser muy conocido. Mi ambición ha sido siempre ser famoso por no ser muy conocido.*

# Robert Lyman

*Por mucho que hayan cambiado, o extrañas que sean las nuevas condiciones de la guerra, no solo los generales, sino también los políticos, pueden descubrir que mucho de lo que podemos aprender del pasado puede aplicarse también al futuro y que, en la búsqueda de este pasado, algunas campañas han anunciado más que otras el futuro patrón de la guerra moderna. Creo que nuestra campaña en Birmania fue una de ellas. Tal vez parezca una curiosa afirmación al referirnos a hombres, en comparación peor equipados, avanzando en la incertidumbre de la jungla. Ahora bien, el efecto y el estilo del pintor no dependen de cuántos tubos de colores tiene, o de la cantidad de pinceladas, o del tamaño de su lienzo, sino de cómo combina los colores y maneja los pinceles sobre el lienzo*.

MARISCAL DE CAMPO SIR WILLIAM SLIM

Cuando redactó estas líneas en 1956, el mariscal de campo sir William «Bill» Slim sabía que las extraordinarias hazañas de su Decimocuarto Ejército en la India en 1944, y en Birmania el año siguiente, ya habían sido muy olvidadas por un país que ansiaba desesperadamente dejar atrás el prolongado trauma de la segunda guerra mundial, pero también por los estrategas militares decididos a concentrar su atención en las pequeñas guerras de contracción imperial y en las lecciones de la guerra blindada en Europa, útiles para abordar las cuestiones relacionadas con cómo combatir una posible guerra contra los países del Pacto de Varsovia. Estas «lecciones», ruidosamente difundidas por Montgomery de El Alamein y sus discípulos, ensuciaron la experiencia de combate en el Lejano Oriente calificándola de una «guerra de cipayos» que, en cuanto a significado histórico, no ofrecía nada comparada con los grandes enfrentamientos blindados en el norte de África, el norte de Europa y las estepas soviéticas.

Slim, a quien no le gustaba alardear de sus propios éxitos, se limitó a observar una realidad: que la historia a menudo solía estar dictada por aquellos que hacían más ruido.

Con todo, sus afirmaciones, que Birmania proporcionaba un modelo apto para el estudio de la guerra moderna, demostrarían ser acertadas, pero no hasta mucho tiempo después de su muerte. Pese a los recursos asignados al Decimocuarto Ejército de Slim, muy restringidos comparados a los de los ejércitos británicos que combatían en Italia y en Europa, Slim creó un enfoque totalmente nuevo a la guerra, al menos para los británicos, que podría describirse como algo parecido a «maniobras de la mente». En el centro de esta doctrina se halla el concepto de que el arte de la estrategia consiste en debilitar la fuerza mental y la voluntad de vencer del enemigo utilizando la concentración de fuerzas para lograr el efecto sorpresa, la conmoción psicológica, el impulso físico y la superioridad moral. Se trata de un modo de enfocar la guerra en profundo contraste con la idea de igualdad numérica y de fuerzas, y en el que el objetivo de la estrategia no consiste en limitarse a luchar sin ceder terreno al enemigo en un enfrentamiento de desgaste del tipo que caracterizó buena parte de la experiencia británica en el norte de África y en Europa. Un comandante moderno, moldeado según el patrón de Slim, valora por encima de todo las virtudes de la astucia y del ingenio, intenta engañar y desorientar al enemigo, y basa firmemente su plan de operaciones en la implacable explotación de las debilidades del enemigo. El enfoque de Slim, descrito por uno de sus comandantes de división como algo parecido a «chutar a portería mientras el árbitro no mira», dependía de un liderazgo fuerte en todos los niveles del mando, de la formación y preparación intensivas, y de fomentar la sólida idea en todo el ejército de que el ingenio, la audacia y la iniciativa han de ser premiados en todos los rangos. En consecuencia, el Decimocuarto Ejército se convirtió tal vez en el regimiento más dinámico y victorioso de todas las unidades británicas que combatieron en el campo de batalla desde los días de Wellington, y ello pese a disponer solo de una pequeña parte de los recursos que se hubieran considerado necesarios si hubiera tenido que desplegar sus tropas contra los alemanes en Europa.

No sería hasta finales de la década de 1980 cuando las auténticas lecciones para los historiadores de la guerra, extraídas de los largos combates en la India y en Birmania entre 1942 y 1945, las señaladas por Slim, empezaran a ser objeto del mérito que se merecían.

Se dice a menudo que la historia la escriben los vencedores. También es cierto que, a menudo, solo recuerda el batir de los tambores más ruidosos.

# Gavin McLean

*Sin embargo, la historia se distingue de la tradición no porque dice la verdad, como la gente suele suponer, sino porque intenta hacerlo a pesar de ser consciente de que la verdad es un camaleón, y que sus cronistas son personas que pueden equivocarse. La distinción más crucial radica en que la verdad de la tradición nos compromete a alguna creencia presente; la verdad en la historia es un esfuerzo fallido por comprender el pasado en sus propios términos*.

DAVID LOWENTHAL

Aunque creo que David Lowenthal, en ocasiones, se muestra algo duro con relación a la tradición y a la historia popular en su provocativo libro *The Heritage Crusade and the Spoils of History*, me gusta citarles estas palabras a mis alumnos de arquitectura, historia pública, y museos y patrimonio.

Es un jarro de agua fría muy estimulante. Los proyectos de patrimonio histórico sobre los que trabajarán muchos investigadores suelen estar impulsados por una mezcla de factores económicos, políticos y culturales. Construcción de nación y de comunidad, o regeneración urbana, son solo latiguillos a los que se acude cuando las zonas portuarias en lamentables condiciones se restauran para convertirlas en centros comerciales.

Arquitectos, urbanistas, políticos y empresas inmobiliarias tienden a convertir lo tangible en fetiches. A menudo, el historiador es el único miembro de un equipo de planificación multidisciplinar al que le interesa el pasado por el pasado. Así que tienen que comprender estas tensiones, poner los valores intangibles junto a los valores estéticos y defender cuestiones y períodos que otros tal vez pasen por algo o prefieren soslayar.

No hay nada malo en despertar el orgullo de la comunidad, pero creo que, además de animadoras, necesitamos cascarrabias.

HISTORY

# Frank McLynn

*En la orilla donde el tiempo arroja los restos de los naufragios, recogemos corchos y maderas rotas, sobre lo que mucho puede discutirse y mucho adivinarse; sin embargo, qué era el gran buque que se ha ido a pique a las profundidades, eso no lo veremos nunca*.

G. M. TREVELYAN

El historiador tiene que trabajar con fragmentos, un archivo aquí, unas memorias allá, incluso con historia oral. Los documentos escritos disponibles son una pequeña parte del pasado real, lo que algunos han llamado (utilizando otra imagen acuática) el repositorio histórico, la estela que queda cuando retroceden las aguas del tiempo. Las dificultades se multiplican, porque los archivos oficiales siempre son tendenciosos, en general diseñados para arrojar la mejor luz posible sobre un gobierno o a un ministro. Esta es la razón por la que los mejores documentos históricos son los «incidentales», aunque sean los más áridos: contratos de alquiler, declaraciones de aduana, cifras censales.

Imaginar que uno puede reconstruir la historia solo a partir de los archivos constituye una falacia elemental, aunque no tenemos que seguir al pie de la letra a H. L. Mencken, quien describió al historiador como un novelista fracasado. Tal vez se haya exagerado el valor del elemento de «adivinación» inherente a la interpretación del pasado. Hay conjeturas invendibles, y otras inspiradas y brillantes que dan algún sentido a los fragmentos que tenemos a nuestra disposición.

El gran historiador debe ir más allá de los archivos e intuir la totalidad histórica, la razón por la que las «tesis» más famosas, las de Pirenne, Turner, A. J. P. Taylor *et al*. siempre son controvertidas.

# Hugh McManners

*El pasado es un país extranjero: allí hacen las cosas de manera distinta*.

L. P. HARTLEY, *El mensajero*

El trabajo del historiador consiste en narrar para explicar los acontecimientos del pasado de dos formas: con relación a otros acontecimientos que crean una amplia visión de la historia hasta la actualidad; pero también con relación al presente, y cómo estos acontecimientos, personas y actos pueden compararse con nuestras acciones en el presente. Sin embargo, en mi opinión, los valores más importantes e interesantes de la historia radican en explicar cómo personas separadas por apenas unas pocas generaciones pueden comportarse de una forma que hoy en día nos parece extraordinaria.

La etnografía utiliza lo que denomina «el presente etnográfico», que permite, por ejemplo, comparar los festines ceremoniales que celebraban las tribus de cazadores-recolectores de la costa pacífica de América del Norte en honor a las tribus vecinas, con las fiestas-espectáculo de los financieros de Wall Street. Las similitudes son extraordinarias.

Mi padre, el fallecido John McManners, profesor de la real cátedra de historia eclesiástica de la Universidad de Oxford, se preguntaba en un capítulo particularmente gráfico de su *Death in Enlightenment* cómo gente educada y decente podía asistir por voluntad propia a las crueles ejecuciones públicas mediante las cuales se mantenían la ley y el orden en la época de la Ilustración. Muchos reconocieron haber mirado hacia otro lado en los momentos más críticos, pero sentían que era su deber cívico asistir, y apoyar así el gobierno de la ley, puesto que el caos esperaba agazapado en las sombras.

No obstante, yo extraigo mi propia cita ante la costumbre de algunos historiadores de hablar del período en el que son expertos en presente, como si lo conocieran tan bien que no son capaces de diferenciarlo de la realidad. En mi opinión, esta diferenciación es vital; la historia sin relación con el presente es narración, entretenimiento. Es más, al hablar del pasado en presente, uno suele representárselo erróneamente como una obra de teatro de época con actores modernos, pero en peor, como si todos esos acontecimientos no tuvieran ningún efecto sobre los acontecimientos subsiguientes y, por lo tanto, sobre el futuro desde el que uno está comentando.

El pasado es un país extranjero donde, aunque solo sea porque la gente no ha experimentado todavía nuestro pasado, las cosas se hacen sin duda alguna de una manera muy distinta. Esta es la esencia misma de la historia, recordar el pasado, para que no nos condenemos a repetirlo.

El filósofo y escritor español George Santayana, a quien he parafraseado aquí, era igualmente cabal con relación a la guerra y al liberalismo: «Solo los muertos han visto el fin de la guerra».

# Allan Mallinson

*Los ejércitos no ganan guerras con unos pocos cuerpos de supersoldados, sino gracias a la calidad media de sus unidades regulares*.

MARISCAL DE CAMPO SIR WILLIAM SLIM,
*Defeat into Victory*

Slim reflexionaba sobre el coste de las operaciones de Chindit en Birmania, para las que se habían tomado a muchos de los mejores hombres de las unidades regulares, y advertía contra la adopción de una tendencia similar en el futuro, aunque reconocía la necesidad de unas fuerzas especiales.

El éxito del ejército británico a lo largo de los años ha radicado en solo esta máxima: que lo que cuenta es la alta calidad de las «unidades regulares», sobre todo la infantería. No obstante la actuación de las fuerzas aerotransportadas de élite en Arnhem y en las Malvinas, una y otra vez han sido los regimientos regulares, en ocasiones incluso los más «anticuados», los que han logrado esas hazañas bélicas que en tan alta consideración tienen el resto de los ejércitos.

No había nada de «élite» en los Glosters, el regimiento Gloucester, por ejemplo, en el río Imjin en Corea; ni tampoco en el Suffolk, en Malasia, que mató a más insurgentes que cualquier otro regimiento; ni tampoco en el regimiento real Príncipe de Gales en Irak, cuyos recursos y valor le hicieron merecedor de tantas medallas, entre ellas la Cruz Victoria. El ejército británico, en sus 350 años de existencia ininterrumpida, y gracias a las acciones de sus regimientos individuales, no ha dejado de elevar el listón de la «calidad media». Y es por esta razón por la que podemos decir a veces que, hoy en día, es más poderoso de lo que parece.

# John Man

*Un historiador que transmitiera la verdad debería mentir*.

MARK TWAIN

La paradoja de Mark Twain acierta de lleno en lo que hacen los historiadores.

La historia es tres cosas: lo que ocurrió; los documentos que dan fe de lo que ocurrió; y lo que hacemos con esos documentos para explicarnos nosotros a nosotros mismos. A menos que seamos unos viles obsesos del control, dictadores o fanáticos, nuestro objetivo consiste en capturar la verdad, algo imposible, porque el pasado es infinito y oscuro. Todo lo que nosotros, los pobres seres humanos, podemos hacer es seleccionar y destilar, con la esperanza de poder explicar el universo tras intentar capturar una mota de polvo.

A partir de estas motas, componemos narraciones. Si las narraciones son buenas, si las palabras y las imágenes están elegidas con tino y buena intención, dan la impresión de ser ciertas. Ahí radica la magia de la buena escritura histórica, de las buenas películas, de los buenos documentales, de cualquier cosa buena. Es una ilusión creada mediante la selección de pequeños fragmentos y haciendo caso omiso del resto. No hay verdad en la historia, solo innumerables intentos de explicarla.

Somos el producto de una complejidad infinita e inalcanzable, y nuestra única esperanza se halla en perseguir la verdad a través de la narración de nuestras mentiras con buenas intenciones, generación tras generación.

# Hilary Mantel

*Trato de rescatar al pobre tejedor de medias, al tundidor ludita, al «obsoleto» tejedor en telar manual, al artesano «utópico», e incluso al iluso seguidor de Joanna Southcott, de la enorme condescendencia de la posteridad*.

E. P. THOMPSON

Cuando E. P. Thompson escribió estas palabras en el prefacio de su revolucionario libro publicado en 1963, *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, este historiador, el más británico de los historiadores, nos decía que deberíamos considerar que nuestros antepasados formaban parte de la historia igual que lo hacían los generales, los políticos, los teólogos y los artistas. La gente trabajadora, cuya historia suele descansar entre las líneas de las crónicas ortodoxas, no deberían ser vistos como víctimas, como unidades estadísticas, ni como meros instrumentos de desarrollo económico; son dignos de toda nuestra respetuosa consideración, y deberíamos ser conscientes de los esfuerzos que hicieron para hacerse cargo de su propio destino.

Sin embargo, hay otra cuestión más general. Todos los historiadores y comentaristas en activo, cualquiera que sea su campo, necesitan constantemente realizar una comprobación: ¿soy culpable de una «enorme condescendencia» con respecto a los muertos? La gente, en el pasado, tenía una cosmovisión diferente a la nuestra. No sabían lo que sabemos ahora, pero sabían cosas que ahora hemos olvidado. La educación estaba menos extendida, pero la sabiduría natural nunca escaseó. La vida era más corta, pero no por ello era menor el duelo por los muertos. Si les compadecemos por supersticiosos, ellos podrían compadecernos a nosotros por nuestra falta de curiosidad, o por no saber captar el carácter extraño del mundo. Mirar el

pasado nos sugiere lo que podían haber hecho, lo que deberían haber hecho, pero ellos no tenían la ventaja de la retrospectiva; igual que nosotros, avanzaban en la oscuridad. Por muy muertos que estén, son nuestros iguales y, si los respetamos, podemos aprender de ellos.

# Justin Marozzi

*Esta es la exposición del resultado de las investigaciones de Heródoto de Halicarnaso para evitar que, con el tiempo, los hechos humanos queden en el olvido y que las notables y singulares empresas realizadas, respectivamente, por griegos y bárbaros —y, en especial, el motivo de su mutuo enfrentamiento— queden sin realce*.

HERÓDOTO, *Historia*

Ahí lo tenemos, el nacimiento de la historia en un solo párrafo. Heródoto debe ocupar un lugar de honor en cualquier antología histórica. Con estas pocas palabras, escritas en el siglo V a. C., el padre de la historia griego enuncia por primera vez el candente interés de la humanidad por el pasado, una obsesión que ha permanecido con nosotros desde entonces. Su misión, igual de noble que ambiciosa, consiste en dejar constancia y en explicar lo que ha sido antes; en garantizar que las gloriosas hazañas y los acontecimientos extraordinarios queden conservados en la memoria y no se olviden; en darle algún sentido al cataclismo de las guerras persas e intentar comprender por qué venció el lado más débil y por qué el más poderoso fue derrotado; en examinar, a través de sus viajes y de sus investigaciones de campo, el choque de culturas entre los mundos griego y bárbaro. Técnicamente, la historia llegará más tarde, pero procederá de la palabra griega que utiliza aquí Heródoto, *ιστορίη*, o *historie*, investigación.

Heródoto, 2.500 años después de haber escrito el primer libro de historia del mundo, sigue siendo una lectura compulsiva. Me lo llevé a la guerra de Irak en el año 2004, la mejor guía histórica de otro conflicto sísmico que enfrentaba Oriente contra Occidente, un eco de las guerras persas que recogió en su crónica con tanta meticulosidad y con tanto vigor.

Si la cita que encabeza esta página es el debido reconocimiento a Heródoto como el padre de la historia, su sabiduría y su humanidad quedan confirmadas en su intemporal observación sobre la tragedia del conflicto humano: «Nadie es lo bastante loco como para elegir guerra en lugar de paz; en la paz, los hijos entierran a los padres, pero en la guerra, son los padres lo que entierran a los hijos».

# Michael R. Marrus

*Sea lo que sea lo que persiga el derecho, no es toda la verdad*.

CLIFFORD GEERTZ,
*Conocimiento local: ensayos sobre*
*la interpretación de las culturas*

Hace poco tiempo, se me despertó el interés por la relación entre el derecho y la historia. Reflexionando sobre estos dos enfoques de evaluar el pasado, suelo regresar a menudo al sabio comentario del antropólogo Clifford Geertz, quien percibía mejor que nadie el campo de acción de cada una de estas disciplinas al abordar el pasado.

El derecho, entendió Geertz, no ha funcionado bien, en especial en los países en los que gobierna el derecho consuetudinario, cuando se trata de llegar al fondo de una cuestión, lo que en general queremos decir cuando nos referimos de manera muy libre a «toda la historia». A lo largo de los años, el derecho ha evolucionado para poder llegar a sentencias que puedan ser aplicadas en la práctica, que sostengan los valores de la sociedad, y que sean justas. Estos son objetivos muy dignos, parte de lo que llamamos «el gobierno de la ley».

Los objetivos del derecho se diferencian del trabajo de los historiadores en dos importantes aspectos. Primero, el principal objetivo del derecho es la resolución de disputas, definidas por los tribunales, y a la que se llega mediante procedimientos bien establecidos. Segundo, los tribunales llegan a resoluciones por medio de la argumentación y de la presentación de pruebas cuya admisibilidad está delimitada por normas definidas que han evolucionado a lo largo de los siglos y que están diseñadas, entre otras cosas, para proteger a los acusados. El contexto, la sangre vital de los historiadores que les da vida a las historias y, a veces, convence, suele

considerarse poco importante o perjudicial. Los historiadores, por el contrario, investigan cualquier cuestión que les guste, aportando las pruebas que consideran convincentes o, sencillamente, interesantes. En el caso del derecho, las instituciones establecidas pronuncian sentencias y operan de acuerdo a procedimientos bien definidos; en el de los historiadores, hay muchas maneras de hablar del pasado, y cuando se plantean preguntas, son los lectores los que al final dan las respuestas.

# Charles Messenger

*Lo que enseñan la experiencia y la historia es lo siguiente: que la gente y los gobiernos nunca han aprendido nada de la historia, ni tampoco han actuado basados en principios deducidos de ellas*.

GEORG WILHELM FRIEDRICH HEGEL

El filósofo alemán Hegel sostenía que la razón y la realidad son idénticas, y que la realidad está representada por hechos que aparecen en forma de estado, arte, religión e historia. Hegel vivió en una tumultuosa época histórica, en especial las guerras revolucionarias y napoleónicas que barrieron toda Europa, y tal vez tuviera estas guerras en mente cuando hizo esta oportuna observación, que, en el mundo actual, sigue siendo igual de pertinente.

La historia está llena de políticos que no han logrado extraer ninguna lección del pasado y cuyas políticas, de hecho, no han sido más que meras reinvenciones de la rueda. Lo mismo puede decirse de los militares, al menos de los vencedores en guerras anteriores. Han quedado satisfechos con descansar en sus laureles y combatir la siguiente guerra del mismo modo que hicieron en la anterior. Los vencidos, en cambio, sí aprenden las lecciones y les sacan provecho. Tal vez sea propio del mundo actual reconocer que en la historia abundan los ejemplos en los que ocurrió lo inesperado, en especial en el contexto en el que se enmarcan la política exterior y de defensa.

# Alexander Mikaberidze

*Hay dos clases de hombres: quienes hacen la historia y quienes la padecen*.

CAMILO JOSÉ CELA

La historia popular tiende a concentrarse en los grandes hombres de la historia y en sus acciones, descritos a menudo como héroes dignos de alabanza, que configuraron el desarrollo de su país o de su pueblo. Sin embargo, al poner de relieve a los grandes hombres que «hicieron» esa historia, solemos con frecuencia olvidar a los hombres y a las mujeres corrientes que la han padecido a lo largo del tiempo. Como historiador militar, me interesan particularmente las experiencias humanas en el campo de batalla. Hay quien dice que la historia militar es el estudio de los generales y de cómo ejercieron su mando. Ahora bien, una cosa es analizar las campañas militares de Napoléon, Alejandro de Macedonia o Gustavo Adolfo, y hacerse preguntas sobre su mandato. Y otra muy diferente es ahondar en las experiencias humanas que acompañaron a estos acontecimientos históricos. La historia debe tratar no solo de los grandes acontecimientos de una época, sino que debe analizar también cómo estos acontecimientos configuraron la vida mental y emocional de la gente que los vivió.

A mí no me basta comprender cómo evolucionaron las instituciones militares, qué motivó a los comandantes a tomar decisiones particulares, o cómo se desarrolló el curso de la batalla a lo largo de un día. Me interesa también saber cómo afectaron estas decisiones a los soldados rasos, cómo vivieron ellos los acontecimientos de aquel día, o qué les motivó a actuar del modo que lo hicieron. Por lo tanto, en mis escritos intento explicar qué guió a los famosos *pontonniers* de la *Grande Armée* que construyeron sobre las aguas heladas del Berezina los puentes a través de los cuales el ejército

escapó a la furia de los rusos; o qué sintieron o experimentaron los soldados rasos mientras se mantenían a la espera en su vivaque la víspera de la batalla decisiva. Estos análisis microhistóricos son los que enriquecen la historia y nos permiten comprender mejor el pasado.

# Dan Mills

*Yo soy el castigo de Dios. Si no hubierais cometido grandes pecados, Dios no hubiera enviado sobre vosotros un castigo como yo*.

GENGIS KAN

Siempre me ha interesado mucho la historia, en especial la historia militar. Esta cita en concreto es del siglo XIII, y quien la pronunció fue uno de los líderes militares de la historia, Gengis Kan; la cita hace referencia a la venganza.

Se cree que Gengis Kan pronunció esta frase después de masacrar a ciento cincuenta mil habitantes del valle de Bamiyan durante el asedio y la batalla, en el año 1221, de la «Ciudad Blanca». La ciudad sería conocida después, y todavía lo es en la actualidad, casi ocho siglos más tarde, con el nombre de «la Ciudad de los gritos» (Shahr-iGholghola).

Todo el valle fue arrasado y destruido en venganza por la muerte del nieto favorito del Gran Kan en el transcurso de la batalla. Gengis estaba tan furioso que, según informan las crónicas, ¡ordenó matar incluso a todos los ratones!

Gengis Kan al nacer, *c*. 1162, recibió el nombre de Temujin, y murió en 1227, a los sesenta y cinco años. Se cree que nació con un coágulo de sangre en la mano, la señal de que se convertiría en un gran caudillo.

Tras unificar a los clanes mongoles en las llanuras del noreste de Asia, emprendió la conquista de la mayor parte de Asia y Europa oriental. En el momento de su muerte, el imperio mongol abarcaba grandes extensiones de Asia central y de China, y se consideraba a Gengis Kan como el padre fundador de Mongolia.

Esta cita despertó mi interés no solo porque incita a pensar, sino también porque yo había leído antes que Gengis probablemente fuera un chamán, y no pude evitar por lo tanto preguntarme de qué «dios» hablaba. La religión ha sido desde hace siglos la causa de muchas guerras, aunque, para realizar una afirmación así, Gengis Kan hubiera tenido que estar profundamente consagrado al dios que adoraba. De hecho, se sabe que Gengis Kan era muy tolerante con las otras religiones, y que solía aprovechar la oportunidad para consultar a los monjes budistas, a los comerciantes musulmanes que viajaban por la Ruta de la Seda y a los misioneros cristianos, siempre consciente de la necesidad de entablar alianzas y de ampliar conocimientos.

# Christopher Moore

*El catarismo no es hoy ya más que un astro muerto, del que de nuevo recibimos la luz fascinante y fría, tras medio milenio de ocultación. Pero Montaillou, odiosamente oprimido por el concienzudo policía de 1320, es también mucho más y mejor que un desvío pasajero y valeroso… Montaillou es el amor de Pierre y Béatrice, y es el rebaño de Pierre Maury. Montaillou es la historia de lo que les aconteció a las gentes modestas; el temblor de la vida, restituida por un texto ejemplar y represivo que constituye, en lengua latina, uno de los monumentos de la literatura occitana. Montaillou es el calor carnal del* ostal*, y la promesa cíclica de un más allá campesino. Lo uno en lo otro. Lo uno llevando en su seno lo otro*.

EMMANUEL LE ROY LADURIE,
*Montaillou, aldea occitana, de 1294 a 1324*

A finales de la década de 1970, yo estaba intentado escribir sobre la vida de la gente común y corriente en el Canadá francés del siglo XVIII. Un amigo de Francia me recomendó *Montaillou*, un estudio reciente y muy popular de un pequeño pueblo de los Pirineos alrededor del año 1300. Descubrí que *Montaillou* era un texto denso y difícil escrito en un francés austero y, al mismo tiempo, también el mejor libro de historia que he leído nunca. Poco a poco, avancé en mi lectura, y fui conociendo la historia de todo un pueblo encarcelado por herejía a través de las meticulosas transcripciones de los testimonios de los habitantes de Montaillou que, bajo la pluma de Ladurie, se convirtieron en la crónica más realista de la experiencia campesina medieval jamás escrita.

Terminé de leer *Montaillou* conmovido e imaginándome a mí mismo ser la única persona de todo el mundo anglohablante de América del Norte que conocía esta historia. Después, compré la revista *Time* en un

supermercado y leí la reseña de la traducción al inglés recién publicada en formato de bolsillo y destinada a la lista de superventas de todo el mundo.

Buena parte de *Montaillou* ha permanecido conmigo, pero en especial esta imagen de la historia como luz de estrellas muertas. Sigue siendo la imagen más realista que conozco del regalo que nos hace la historia. Es sin duda alguna una imagen romántica, la historia como calor físico, la historia como el aliento de la vida, la historia como amor. Un imagen, por otra parte, peligrosa, puesto que no deberíamos olvidar que las fuentes históricas siempre están modeladas por el narrador, por las circunstancias que dieron pie a este testimonio, por los peligros que conservó para nosotros. Los indicios históricos nunca aparecen con la pureza de la luz.

Pese a lo que podemos leer en muchas de las cubiertas de los libros, la historia como luz de estrellas muertas insiste en que nada puede hacer que la historia «cobre vida». El pasado está realmente distante, igual de desaparecido que un sistema solar en el otro extremo de la galaxia convertido en nova hace mucho tiempo. Y sin embargo, el pasado deja su huella ambigua, igual que la luz de días pasados que flota a través de los años para crear un vínculo, tenue y valioso, entre el pasado y el presente, entre nuestra experiencia humana y la de nuestros predecesores.

La imagen constituye también un testimonio de conversión de Emmanuel Le Roy Ladurie. Ladurie fue uno de los historiadores estrella de la escuela de *histoire économique et sociale* de los *Annales* de Francia, comprometida al largo plazo, *longue durée*, y al desdén por los «meros acontecimientos». *Les Paysans du Languedoc*, de Le Roy Ladurie, una obra, de hecho, profundamente cuantitativa y estadística, es una obra maestra de dicha escuela, una poderosa demostración de que para la sociedad campesina del sur de Francia, sencillamente nada ocurrió que fuera realmente importante entre 1400 y 1800, salvo el desarrollo de un largo, lento e inexorable ciclo agrario.

Como aprendiz de historiador, yo aspiraba en aquel momento a este tipo de seriedad. Sin embargo, también quería lo que promete *Montaillou*, el aliento de la vida, poder tener una visión fugaz de la humanidad. Todavía lo quiero. Lo uno y lo otro.

HISTORY

# Roger Moorhouse

*Pueden declararnos culpables una y mil veces, pero la diosa del tribunal de la justicia eterna nos sonreirá y hará jirones la sentencia de este tribunal. Porque ella nos absolverá*.

ADOLF HITLER

En la primavera de 1924, un tribunal de Múnich juzgaba a Adolf Hitler acusado de alta traición por su destacado papel en el intento de golpe de estado nazi el otoño anterior. En pie, vestido con su frac negro, y su bigote de cepillo y cabello engominado, resultaba una figura peculiar junto a los ex militares condecorados que se alineaban junto a él en el banquillo de los acusados.

Muchos de los asistentes al juicio de aquella primavera supusieron que este proceso sería el final de Hitler, que acabaría convirtiéndose en una mera nota a pie de página de la historia, un fracaso político que se incorporaría a la nómina de los innumerables chiflados, excéntricos y revolucionarios fracasados que plagan la historia europea. El *Times* de Londres, por ejemplo, lo descalificó, no sin una cierta altanería juzgándolo (erróneamente) de «pintor de brocha gorda y demagogo», mientras el autor Stefan Zweig, por su parte, opinaba que Hitler había «caído en el olvido»; opiniones, indudablemente, reforzadas por el veredicto de la corte, que sentenció a Hitler a cinco años de cárcel en la prisión-fortaleza de Landsberg.

En su alegato final ante los jueces, Hitler, previsiblemente, no mostró ningún arrepentimiento, sino que arremetió contra los fiscales que le acusaban y rechazó el veredicto de los jueces declarando que se consideraba prisionero de otro poder superior. Pese a todas sus bravatas, Hitler, según lo previsto, fue enviado a prisión. Solo cumplió ocho meses de su sentencia de

cinco años antes de ser indultado, y cuando salió de la cárcel se vio otra vez confinado a los márgenes más alejados de la vida política alemana. Sería el estallido de la crisis económica de 1929 lo que rescatara su carrera y le empujara al centro de la atención pública. El resto, como suele decirse, ya es historia.

Los historiadores, naturalmente, intentan entender el pasado para empaquetarlo, racionalizarlo y presentarlo de una forma comprensible. Con todo, y pese a nuestros mayores esfuerzos, se nos recuerda constantemente que la historia, igual que la vida humana propiamente dicha, a menudo tiene bastante tufo a capricho, azar y caos. Parafraseando a otro revolucionario, Lenin, «la historia no transcurre en línea recta, sino en zigzag y haciendo rodeos».

Pocos hubieran creído, aquel día de primavera de 1924, que Adolf Hitler, el odioso demagogo juzgado por el *putsch* de Múnich, se convertiría en el hombre de moda en Alemania. Al parecer, «la diosa de la historia» tenía otras ideas.

# Melissa Müller

*Yo no creo que las guerras sean culpa solamente de los grandes hombres, gobernantes y capitalistas, ¡no señor! Al hombre pequeño también le gustan; si no, hace tiempo que los pueblos se hubieran rebelado. Y es que hay en el hombre un afán de destruir, de asesinar y ser una fiera. Mientras la humanidad toda no cambie, la guerra seguirá existiendo, y todo lo cultivado, construido y desarrollado quedará truncado y destruido para luego tener que volver a empezar*.

ANA FRANK, 3 de mayo de 1944

Otto Frank no se enteró de que «su niña» era una joven con pensamiento crítico propio hasta que leyó el diario de Ana, e hizo hincapié en ello en numerosas entrevistas. Había subestimado a su hija, igual que hacen muchos padres mientras sus hijos crecen.

A Ana le faltaban apenas dos meses para cumplir quince años cuando descargó el enfado que le provocaba la indiferencia de la gente. Llevaba 22 meses confinada en su escondite del Prinsengracht de Amsterdam, aislada del mundo exterior, condenada a la pasividad, rodeada por su familia y, sin embargo, tan sola. El temor y la desesperación eran sus compañeros diarios, sus sueños de adolescente y su consuelo ocasional. En una situación tan difícil, muchos sucumben a la autocompasión, pero no Ana.

Se sometió a sí misma a un intenso escrutinio, al mismo tiempo que maduraba a marchas forzadas. Luchó, contra los habituales roles de padres e hijos, pero sobre todo contra sí misma, por conseguir pensar de forma independiente, y descubrió que tenía voluntad propia. En consecuencia, irritó a la gente, creándose conflictos constantes con el mundo de adultos que la miraba desde arriba, pero se permitió seguir siendo fuerte y formar sus propias opiniones.

Los nazis y sus colaboradores silenciosos acabaron con la vida de Ana, pero no pudieron silenciar su voz, que todavía resuena en los oídos de todos nosotros, a quienes había esperado poder ayudar con tanto ardor. «Si Dios me deja vivir… no seré una persona insignificante, trabajaré por la humanidad de este mundo», decidió. Para decir «sí» si estaba convencida de la causa, y para insistir en su «no», alto y claro, siempre que fuera necesario.

¿Hace falta ser un héroe para permitirse tanta libertad? Si al menos caer en la resignación no fuera mucho más fácil.

# Bill Nasson

*El coche fúnebre de la historia no está demasiado lejos de la zona de juegos, y el sujeto ya está medio muerto*.

CHARLES VAN ONSELEN

Este es un comentario característicamente corrosivo del destacado, y todavía vivo, historiador surafricano Charles van Onselen. Pronunciada hace más de diez años, en 1997, la frase estaba dirigida al enmohecido estado en el que se encontraba la historia de África del Sur y al papel de enterradores que habían asumido sus propios historiadores profesionales. Si en aquel momento era pertinente, los dardos del profesor Van Onselen son aún más pertinentes hoy en día, y no solo en lo que respecta a su propia sociedad. Tal vez incluso les dé mucho en qué pensar a algunos más allá de Witwatersrand y del cabo de Buena Esperanza.

Parte de lo que Van Onselen intentaba resaltar al mencionar la fúnebre condición de la historia era el contexto de inesperada vulnerabilidad. Tras la caída del nacionalismo afrikáner y el fin del gobierno de la minoría blanca, en el ámbito educativo creció la esperanza de que el conocimiento de la historia se revitalizaría. Uno de los impulsos fue la capacidad de una nueva historia integradora que alimentara y fomentara una memoria nacional compartida. Otro, la necesidad de darle los medios a la ciudadanía para llegar a una comprensión crítica del conocimiento histórico. Sin embargo, todo este optimismo resultó excesivo. La disciplina estaba cada vez más diluida y, en la escuela, la historia se estaba desvaneciendo, hospedándose, cual ave parásita, en el nido de los estudios sociales integrados. De hecho, el pasado histórico se estaba convirtiendo casi invariablemente en el presente o, en el mejor de los casos, en el casi presente.

No menos desalentador, o quizá más desalentador aún, que tener que reconocer el cadáver de la educación a las puertas de la escuela, es la segunda parte de la idea, la erosión que sufre la historia, el modo en el que los historiadores se han visto implicados en su muerte. En lugar de llegar, o de intentar llegar, a la imaginación del público lector en general, como habían intentado hacer en el pasado los anteriores historiadores surafricanos, los escritores de la historia profesionales del país han renunciado prácticamente a la conversación corriente con el público en general. En un intercambio de áridos y adormecedores productos, los historiadores escriben para los historiadores, y ya no intercambian el literario y artesano oficio de la buena escritura.

Para que la no ficción cobre vida de nuevo entre la gente de la calle, los estudios eruditos necesitan sumergirse en la riqueza ancestral de la narración literaria para que ellos también puedan cultivar el lenguaje clásico de la experiencia humana, como por ejemplo la ironía, la malicia y la calamidad. El dividido pasado de Suráfrica tiene bastante de todo ello. Al arrojar luz sobre sus complejidades, el poder de la historia puede cuestionar las fuerzas menos razonadoras que hostigan el presente.

# Tim Newark

*Mientras que solo un conservador imprudente juzgaría el presente según criterios del pasado, solo un liberal imprudente juzgaría el pasado según los criterios del presente*.

MARGARET THATCHER

Margaret Thatcher escribió estas palabras, citando a lord Acton, en el prólogo que escribió para un ensayo del profesor Hugh Thomas publicado por el Centre of Policy Studies titulado *History, Capitalism and Freedom*. Corría el año 1979 y Thatcher estaba a punto de convertirse en la primera mujer en ocupar el cargo de primer ministro del Reino Unido. En su prólogo, se lamentaba del insidioso modo en el que los historiadores socialistas denigraban el período del mayor progreso del Reino Unido durante los siglos XVIII y XIX.

Treinta años más tarde, poco parece haber cambiado en nuestra historia imperial, ensombrecida por la historia de la esclavitud, y con la revolución industrial deslucida por las condiciones de los pobres hacinados en las ciudades. La asignatura de historia que le enseñan a mi hija en la escuela ha estado dominada por estos dos enfoques liberales.

Lo mismo puede decirse de la historia militar. Entre los comentaristas liberales reina la terrible tendencia de aferrarse a clichés históricos políticamente motivados que comprenden el pasado de forma equivocada. Desde su punto de vista, la primera guerra mundial está ahora caracterizada por lo que se considera una guerra inútil de barro y sangre, el primer día de la batalla del Somme, olvidando las motivaciones de los hombres de la época. Tal como escribió Sidney Rogerson, uno de los combatientes de la

batalla del Somme en 1933: «La vida en las trincheras no era todo horror. Era una combinación de muchas cosas: temor y aburrimiento, humor, camaradería, tragedia, agotamiento, valor y desesperación».

# Helen J. Nicholson

*... y ¿de qué sirve un libro si no tiene dibujos o diálogos?, se preguntaba Alicia*.

LEWIS CARROLL,
*Alicia en el país de las maravillas*

Lewis Carroll (Charles Dodgson) fue un matemático y un filósofo más que un historiador, pero la filosofía de los libros de Alicia es aplicable a cualquier ámbito de la vida. Más de un historiador emula a la Reina Blanca en *A través del espejo*, creyendo «hasta seis cosas imposibles antes del desayuno», aceptando la última moda en historia, aun cuando atente contra el sentido común. La mayoría de nosotros sabemos cómo se siente uno al participar en la carrera de la Reina Roja, corriendo lo más aprisa posible solo «para quedarnos en el mismo sitio». Ahora bien, la opinión de Alicia sobre los libros resulta particularmente inquietante, porque la mayor parte de los libros de Carroll el matemático no tenían ni ilustraciones ni diálogos, y por lo tanto, no alcanzaban a interesar a la mayor parte de la población. Entonces, ¿cuál era su utilidad?

Yo me hago la misma pregunta con respecto a una gran parte de la literatura histórica. Incluso cuando se fundamentan en una laboriosa investigación de las fuentes y en una buena comprensión de la naturaleza humana (y muchos no lo hacen), la mayoría de los libros de historia serios son muy áridos. Tan áridos que el ratón del *País de las maravillas* afirmaba que una dosis de historia podía secar a una multitud de gente empapada; Alicia, no obstante, descubrió que no podía hacer ni siquiera eso: «Esta historia no me ha secado en absoluto». Así que la multitud recurrió a una carrera electoral, donde, como bien recordarán los admiradores de Alicia, cualquiera puede participar, todos ganan y todos consiguen un premio.

Los historiadores serios siguen mostrando una gran cautela en lo que respecta a hacer la historia accesible a los no especialistas. Los libros de historia serios no tienen ilustraciones, y los que las tienen, no son, por definición, libros de historia serios. De modo que, durante los tres años que investigué, para mi doctorado en historia, las imágenes medievales de los templarios, de los caballeros de San Juan y de los caballeros teutónicos, apenas vi imágenes medievales de estos grupos de guerreros religiosos. Es claramente ridículo estudiar un grupo de gente durante tanto tiempo sin poder averiguar qué aspecto tenían, y ahora recopilo imágenes medievales y las publico en mis libros siempre que puedo. Creo que los historiadores deberían utilizar todas las fuentes que hayan sobrevivido del período que estemos estudiando: escritos, objetos, edificios, arte. Entonces, quizá, la historia que escribamos sea una imagen más auténtica del pasado, y mucho más útil para cualquiera que la lea.

# David Nicolle

*El destino parece haberme olvidado, así que ahora soy como un camello agotado que la caravana ha abandonado en el desierto*.

USAMA IBN MURHSID IBN MUNQID, *Reminiscences*

Usama ibn Murshid, un miembro todavía muy joven del clan árabe Banu Munqid, solo tenía cuatro años cuando el ejército de la primera cruzada pasó junto a su hogar ancestral, la ciudad siria de Shayzar y su castillo. A partir de entonces, Usama pasó la mayor parte del tiempo muy involucrado en los a menudo caóticos y siempre tumultuosos asuntos militares y políticos de Siria, Egipto y de lo que en la actualidad es el sureste de Turquía. Fue guerrero, mando militar intermedio, diplomático y, en general, un intrigante político de escaso éxito. Dada su extraordinaria vida, es más asombroso aún que viviera el tiempo suficiente para enterarse de que Saladino había aplastado el reino cruzado de Jerusalén en la batalla de Hattin y había liberado la ciudad santa de Israel. Para entonces, hacía tiempo que Usama había envainado la espada, y se había ganado la reputación de personaje cultural significativo, aunque en ocasiones también controvertido.

Para los historiadores modernos, por supuesto, es su *Kitab all'tibar* («Libro de las experiencias»), una recopilación de anécdotas, lo que confiere a Osama su gran importancia. Sus anécdotas arrojan una penetrante luz no solo sobre acontecimientos y personajes, sino también sobre las actitudes y motivaciones, debilidades personales, fuerzas y flaquezas, de una extraordinaria serie de musulmanes y otros participantes en las luchas que ahora conocemos con el nombre de «cruzadas». Por encima de todo, tal vez las anécdotas que narra muestran que los hombres y las mujeres del siglo XII eran esencialmente iguales a los hombres y las mujeres del siglo

XXI. Es más, la sofisticada y compleja sociedad del Oriente Medio musulmán parece a menudo más próxima a nosotros que los representantes de la cristiandad cruzada, con frecuencia fanáticos, salvajes y, demasiado a menudo, infantiles.

# John Julius Norwich

*Lo fácilmente que se olvidarían estas curiosidades si no las escribieran tipos ociosos como yo*.

JOHN AUBREY, *Brief Lives*

Estas palabras de John Aubrey se me han quedado grabadas en la mente desde que las leí por primera vez hace al menos ya medio siglo, y han justificado muchas de las disparatadas anécdotas que no he podido resistirme a incluir en mis libros de historia y en muchas entradas de las antologías anuales que titulo, a falta de una idea mejor, mis *Christmas Crackers*.

¿Era Aubrey un historiador? Tal vez; apenas si era escritor, y sus editores se vieron obligados a recortar y revisar mucho para poder obtener un libro publicable a partir de los caóticos cuadernos de notas y trozos sueltos de papel que dejó tras él. El mejor de ellos, Oliver Lawson Dick, escribía en 1949: «Cualquier fecha o dato que no recordara en aquel momento lo dejaba en blanco; además, Aubrey era extremadamente sociable y solía padecer de resaca a la hora de tomar papel y pluma, por lo tanto, la cantidad de estas omisiones solía ser importante … en raras ocasiones hacía un copia de cualquier cosa que hubiera escrito porque, según confesó él mismo, "necesitaba paciencia para trabajar en esos espinosos estudios"».

Y sin embargo, sin embargo …, ¿existe algún otro libro capaz de recrear toda la atmósfera, todo el sabor y el perfume de la Inglaterra del siglo XVII como lo hace *Brief Lives*? No conozco ninguno. La obra de Aubrey es, sin duda, la justificación perfecta de la cabeza de chorlito.

# Mathew Parris

*En el estado socialista, es el pasado lo que es imprevisible*.

SIR PERCY CRADOCK

El pensamiento de sir Percy, que desde luego ya había sido expresado antes, nunca fue mejor formulado que en este despacho de despedida de su puesto de embajador británico en Pekín en diciembre de 1983, y que venía precedido por el siguiente pasaje.

«Las víctimas de Mao han sido rehabilitadas, encabezadas por Liu Shaoqui, el antiguo presidente; su viuda, Wang Guangmei, a quien recuerdo exhibida en un desfile, cubierta de oprobio y objeto de burla, ante una reunión de los Guardias Rojos en 1967, adornada con un collar de pelotas de ping-pong que representaban sus burguesas perlas, es ahora una gran dama hacia quien se muestra deferencia dondequiera que aparezca. Así, el tiempo trae la revancha.»

Paul Flynn, el diputado laborista por Newport West, expresaba de forma muy hermosa un pensamiento similar cuando se le oyó decir: «¡Con el nuevo laborismo solo el futuro es seguro, el pasado siempre está cambiando!».

# Jonathan Powell

*Quien quiera predecir el futuro debe tener en cuenta el pasado, porque los acontecimientos humanos siempre se parecen a los de los tiempos anteriores*.

NICOLÁS MAQUIAVELO, *El príncipe*

En política, igual que en la mayor parte de los ámbitos de las tareas humanas, es muy fácil obsesionarse por la crisis del momento. Harold Wilson observó con gran acierto que «una semana, en política, es mucho tiempo», y aunque muchos repitan esta máxima, muy pocos realmente parecen valorar lo que significa en la práctica, y los que tienen éxito son los políticos que sí lo hacen. Tienen sentido de la perspectiva y pueden ver que cualquiera que sea la crisis no durará siempre y los acontecimientos seguirán su curso.

Cuando yo estaba en el gobierno, parecía que cada semana entre noviembre de 1997 hasta junio de 2007 la prensa nos decía que la anterior había sido la «peor semana» de Tony Blair. Ante esta avalancha, es demasiado fácil caer en una mentalidad de búnker y ponerse a cubierto en lugar de valorar lo que está ocurriendo en el amplio abanico de acontecimientos.

Maquiavelo fue el primero en observar la necesidad de que los líderes tuvieran esta capacidad de tomar perspectiva histórica. Escribió en sus *Discursos* que «si comparamos el presente con el pasado remoto, podemos fácilmente ver que en todas las ciudades y en todos los pueblos dominan los mismos deseos y las mismas pasiones que siempre dominaron. Así que, si uno examina con diligencia el pasado, es fácil prever el futuro de cualquier mancomunidad, y aplicar los remedios que ya se utilizaron en la Antigüedad … sin embargo, puesto que se han descuidado estos estudios y

que no se comprende lo que se lee, o, si se comprende, los que gobiernan no lo llevan a la práctica, la consecuencia es que siempre se repiten los mismos problemas».

El seguidor de Maquiavelo, James Harrington, en *Oceana*, escrito en el siglo XVII, captó mejor aún mejor la esencia de este pensamiento: «Ningún hombre puede ser un político, salvo que haya sido antes historiador o viajero, puesto que … aquel que no sabe lo que ha sido, ni tampoco lo que es, nunca podrá decir lo que debe ser, ni tampoco lo que pudiera ser».

La verdad de esta reflexión, que los políticos necesitan estudiar el pasado y adquirir a través de él un sentido de perspectiva con respecto a los acontecimientos, se me apareció con la máxima claridad el día que Tony Blair, después de unos dos años en el gobierno, me dijo en tono pensativo durante el descanso de una reunión en Downing Street, que, cuando estuvo en la universidad, en lugar de derecho, le hubiera gustado haber estudiado algo útil para su trabajo. Por ejemplo, historia.

# Jonathan Powell

El miércoles 8 de abril de 1998, Tony Blair y su séquito llegaron a Hillsborough Castle y entraron rápidamente sin atender a la masa de periodistas que esperaban a la entrada de la mansión señorial, en las afueras de Belfast, que hacía las veces de pensión virreinal del ministro británico para Irlanda del Norte.

Durante el viaje, mientras sobrevolábamos el mar de Irlanda, habíamos decidido que no había ninguna necesidad de que Tony se detuviera en la puerta para dirigirse a la prensa. Al fin y al cabo, Blair había viajado a Irlanda en contra del consejo de todos los expertos, que insistían en que no había ninguna posibilidad de llegar a un acuerdo, y, básicamente, sin ningún plan. Al entrar en el palacio, no obstante, Alastair Campbell decidió que Tony debería decir algo para establecer el contexto de las conversaciones, y le empujamos sin más hacia las cámaras que esperaban en el vestíbulo.

Tony no tuvo tiempo de prepararse, como solía hacer antes de realizar alguna declaración ante las cámaras de televisión. En general, se preparaba algunas frases y las trabajaba repitiéndolas en voz alta una y otra vez antes de su intervención. Sin embargo, ansiosos como estábamos por ponernos a trabajar en las negociaciones, no le dimos la oportunidad de hacerlo, a resultas de lo cual pronunció una de sus frases más memorables, y también una de las más torpes, como primer ministro: «Un día como el de hoy no es un día para grandes frases, podemos dejarlas en casa. Sin embargo, siento la mano de la historia sobre los hombros…, realmente la siento».

A Alastair y a mí, que esperábamos en la puerta, nos entró un ataque de risa irreprimible. Cuando más tarde le preguntamos a Tony de dónde había sacado lo de «la mano de la historia», respondió diciendo que no podía explicarlo y que la frase, sencillamente, le había venido a la mente, así por las buenas.

Después de tres días con sus tres noches de negociaciones en Castle Buildings, parecía como si la mano de la historia hubiera agarrado otra parte de nuestra anatomía. Tambaleantes por la falta de sueño y por el vaivén emocional de las negociaciones, nos dejamos caer en un helicóptero de la RAF que despegó con uno de los tripulantes sentado en el suelo, con la puerta abierta, las piernas colgando en el vacío y la ametralladora apuntando al suelo bajo nuestros pies. Ni siquiera tuvimos tiempo de atender la llamada de felicitación de la reina antes que el helicóptero alzara el vuelo.

La frase memorable de Tony había resultado profética. Se había hecho historia, aun cuando el proceso de hacer esa historia hubiera resultado muy doloroso, y aun cuando fuera necesario esperar todavía nueve años más antes de poder llevar realmente a la práctica los acuerdos del Viernes Santo y darle a Irlanda del Norte lo que espero que sea una paz duradera.

# Laurence Rees

*No renuncies nunca*
*No importa lo que esté ocurriendo*
*No renuncies nunca*

*Desarrolla el corazón*
*En tu país se consume demasiada energía*
*Para desarrollar la mente*
*En lugar del corazón*
*Desarrolla el corazón*

*Sé compasivo*
*No solo con tus amigos*
*Sino con todo el mundo*
*Sé compasivo*

*Trabaja por la paz*
*En tu corazón*
*Y en el mundo*
*Trabaja por la paz*

*Y lo digo otra vez*
*No renuncies nunca*
*No importa lo que esté ocurriendo a tu alrededor*
*No renuncies nunca*

TENZIN GYATSO, XIV DALAI LAMA

Mi cita favorita es del actual Dalai Lama. *Never give up* («No renuncies nunca»), es el primer verso de una oración/meditación, y una instrucción engañosamente sencilla. Recuerda las palabras de Churchill utilizadas en el famoso discurso de Harrow School en 1941, que se abría con el famoso «Never give in»: «No os rindáis nunca, no os rindáis nunca, nunca, nunca, nunca, nunca, en nada, grande o pequeño, importante o insignificante, no os rindáis nunca, salvo a las convicciones del honor y del sentido común».

Sin embargo, creo que existe una gran diferencia entre «never give up», «no renuncies nunca» (no deja de ser interesante que las palabras de Churchill, «never give in», se suelen citar erróneamente como «never give up»), y «never give in», «no os rindáis nunca». La segunda construcción tiene una calidad bélica, algo que, por supuesto, Churchill deseaba transmitir, mientras que la primera, la del Dalai Lama, es mucho más un modo de recordarle al individuo la mejor manera de abordar la vida.

Las palabras «no renuncies nunca» también transmiten un especial patetismo, habida cuenta que proceden del Dalai Lama, un hombre cuyo compromiso con la no violencia ha sido cruelmente puesto a prueba durante los últimos cincuenta años o más por la ocupación china del Tíbet. De hecho, es bastante extraordinario, dada su historia, que sea capaz de ofrecer el grado de inspiración compasiva que ofrece, algo que expresa en otro de sus mandamientos: «Sé amable siempre que sea posible. Siempre es posible».

# Jonathon Riley

*La causa de la guerra franco-prusiana fueron las bragas de la reina de España; o más exactamente, la rapidez y la frecuencia de su descenso*.

RICHARD HOLMES

Richard Holmes tenía un talento mágico para acercar al presente ese otro país, el pasado. A través de sus numerosos libros, sus conferencias y, sobre todo, de sus programas de televisión, hizo que la historia fuera accesible a todos, y la hizo divertida. En esta cita, describe el *casus belli* entre Prusia y Alemania en 1870, algo que, en general, nos incitaría a ahuecar las almohadas: cómo la depravada reina Isabel II de España, a causa de sus excesos, fue derrocada por un golpe militar y dejó el trono vacante. El pariente católico más cercano en la línea de sucesión, que no fuera un Borbón, era alemán, y las Cortes le ofrecieron por lo tanto el trono de España al príncipe Leopoldo de Hohenzollern-Sigmaringen. A los franceses no les pareció bien la estrecha relación del príncipe con la casa real de Prusia, lo que provocó un enfrentamiento, durante el cual el telegrama de Ems le dio a Bismarck la oportunidad que estaba buscando para declarar la guerra.

Recuerdo a Richard pronunciar esta frase clásica durante un período de estudio en Sedán, en uno de los cursos del Alto Mando y Estado Mayor, la víspera de una visita de campo al lugar de la batalla. Richard era el historiador principal y yo, el director del curso. Los estudiantes, concentrados en la bebida y en la excelente cena, olvidaron todo eso de inmediato y quedaron absortos por las palabras de Richard, quien pasó entonces a describir las fases iniciales de la guerra hasta la batalla de Sedán de forma lúcida, atractiva y sencilla, como solo él sabía hacerlo, puesto que sabía utilizar las palabras y podía dejar caer frases inigualables. Ahora bien,

se trataba de algo más que de entretener. Richard utilizaba su talento para impartir su conocimiento enciclopédico, en el que insertaba certeros análisis, y contribuir así a la formación de generaciones de oficiales militares. Al principio en Sandhurst, más tarde en el Army Staff College, y más tarde aún en el Joint Services Command and Staff College, Holmes fue una de las personas que sacó el estudio de la historia militar de la periferia de los estudios militares y la devolvió a su centro. Al hacerlo, contribuyó a guiar el desarrollo intelectual de muchos oficiales superiores que habían tenido que enfrentarse a las complejidades y a los peligros de la época que siguió a la guerra fría y al mundo posterior a los ataques del 11 de septiembre de 2001.

Sin embargo, nunca cayó en la trampa de creer que, porque él sabía más sobre historia que sus estudiantes, sabía por lo tanto más que ellos sobre esa otra maestra, la guerra. Richard fue un distinguido oficial de la reserva. Fue capitán y comandante del Quinto Regimiento de lanceros de la reina y estuvo al mando de la compañía acuartelada en el antiguo Victorian Drill Hall en Sandford Terrace, en Guildford [condado de Surrey]. Con la sola fuerza de su personalidad, profesionalidad y ejemplo, elevó la compañía hasta convertirla en la más grande de todo el ejército territorial. Richard fue trasladado al regimiento Wessex; en la práctica, el batallón de los Royal Hampshires, del que ocupó el mando y que le convirtió en la elección natural, tras la fusión del Quinto Regimiento de lanceros y del Royal Hampshires, para ser ascendido más tarde a coronel del regimiento. Ascendió al puesto de oficial superior de reserva del ejército y fue su legado lo que elevó el rango de este cargo, de general de brigada a general de división. Sin embargo, y como observaría él mismo en numerosas ocasiones, nunca oyó ningún tiro disparado a causa de la rabia, consciente, al mismo tiempo, de que muchos de sus alumnos lo habían hecho demasiadas veces. Siempre puso un gran cuidado, por lo tanto, en insistir en que el papel del historiador debe ser el de ofrecer ejemplos históricos, contexto y visión a largo plazo; y en no decirle a nadie cómo debía hacer su trabajo, ni tampoco enjuiciar a aquellos que en el pasado habían tenido que enfrentarse a decisiones difíciles en condiciones complicadas.

Ninguno de quienes le conocimos le olvidará nunca, ni tampoco olvidaremos la deuda que contrajimos con él. Ha dejado un hueco en nuestra vida y en el país, que jamás podrá ser llenado.

Andrew Roberts

*El pasado es un pozo de arenas movedizas, una lotería, una ramera y una sala de espejos, y esta es la razón por la que el pasado nos fascina tanto*.

# Trevor Royle

*A nosotros, los últimos habitantes de la tierra y de la libertad, nos ha defendido hasta el presente el mismo alejamiento y hallarnos a cubierto de la fama. Ahora, el confín de Britania está abierto y todo lo desconocido se piensa que es magnífico. Pero tras nosotros no existe raza humana, sino olas y rocas y, más hostiles que estas, los romanos, cuya soberbia en vano se evita con la obediencia y el sometimiento. Saqueadores del mundo, cuando les faltan tierras para su sistemático pillaje, dirigen sus ojos escrutadores al mar. Si el enemigo es rico, se muestran codiciosos; si es pobre, despóticos… A robar, asesinar y asaltar llaman con falso nombre imperio, y paz al sembrar desolación*.

TÁCITO, *Agrícola*

La guerra es un acontecimiento tan poco natural que tenemos dificultades en comprender su existencia, y en encontrar la retórica necesaria para describir sus muchos estados de ánimo y retos. En general, la guerra es el último recurso, el último lanzamiento de los dados, cuanto todo lo demás ha fracasado y la violencia ocupa el lugar de la razón. A veces, las guerras se libran por razones honorables. La batalla de la segunda guerra mundial para extirpar el perverso fascismo constituye un ejemplo evidente, pero a veces las guerras estallan por razones que son inmorales, o ilegales, o ambas cosas.

En el año 2003, una coalición liderada por Estados Unidos invadió Irak para derrocar el régimen del presidente Saddam Hussein. No había nada particularmente incorrecto en los motivos de este ataque, ya que los cambios de régimen han sido utilizados muchas veces en el pasado, pero, en este caso, la operación se fundamentaba en pruebas equivocadas y había sido instigada por razones que tenían más que ver con la imposición de la

hegemonía estadounidense en una región donde siempre se había desconfiado de los motivos de Occidente. Cuando se hizo evidente que la coalición no tenía demasiada idea de cómo imponer el orden, y que Irak había caído víctima de una viciosa guerra terrorista, me fue imposible olvidar las palabras que el historiador romano Tácito pone en boca del soldado Calgacus. Antes de la batalla del monte Grapius, librada alrededor del año 84 d. C. en algún lugar que nunca ha sido descubierto, Calgacus arengó a los soldados de su confederación caledonia inculcándoles sentimientos que cualquiera que se enfrentara a invasores no deseados hubiera comprendido enseguida.

# Philip Sabin

*En todo el ámbito de las actividades humanas, la guerra es la que se parece más a un juego de azar*.

CARL VON CLAUSEWITZ,
*De la guerra*

Esta analogía, en apariencia extraña del gran teórico de la guerra, captura de hecho una gran verdad, que la guerra es, comparada con el amplio espectro de esfuerzos humanos, individuales o cooperativos, poco habitual, y que su conflicto inherente puede compararse, sobre todo, con las competiciones, más artificiales, del mundo de los juegos.

Mientras que en la vida diaria nos preocupan la eficacia y la confianza, en la guerra (igual que en los juegos) son los enfoques paradójicos, tales como los faroles o actuar de forma inesperada, los que ocupan el centro del escenario. Las técnicas analíticas como la «teoría de juegos» o los «juegos de guerra» han sabido explotar esta analogía, y yo utilizo mucho este tipo de métodos cuando intento proponer modelos de la dinámica de este aspecto, el más terrible, y fascinante al mismo tiempo, de la historia de la humanidad.

# Dominic Sandbrook

*La historia es la gran propagadora de las dudas*.

A. J. P. TAYLOR

Pese a toda su indudable grandeza, A. J. P. Taylor se equivocaba con respecto a una gran cantidad de cosas. Esta, sin embargo, no es una de ellas. A los políticos les encanta hablar de las lecciones de la historia, buscando una justificación en el pasado antes de lanzarse a alguna espantosa nueva aventura, pero, para cualquiera que se tome en serio la historia, la única reacción correcta es sin duda sentir admiración y un cierto temor ante la enorme complejidad de los acontecimientos y de sus consecuencias. La inmersión de Taylor en el pasado explica por qué fue uno de los grandes escépticos británicos, porque cuanto más de cerca observamos lo ocurrido en la historia humana, tanto más difícil resulta discernir un patrón claro. Y cuanta más historia leo, cuanto más pienso en las vidas imposiblemente caóticas y confusas de todas las personas que vivieron antes que yo, tanto más difícil me resulta creer en lecciones fijas y en verdades intemporales. Los historiadores suelen escribir para lucirse, para hacerse un nombre, para impresionar a sus lectores y a sus compañeros de profesión, pero una de las grandes cualidades es la humildad, y también una de las menos valoradas. Y aunque difícilmente pueda considerarse a Hardy un parangón de humildad, había dado certeramente en el clavo: cuanta más historia estudiamos, más cuenta nos damos de todo lo que no sabemos, y más preguntas nos hacemos sobre lo que creíamos saber. La frase es una gran lección para cualquier joven historiador: no tener miedo a reconocer que en ocasiones, simplemente, no sabemos, y no olvidar nunca que podemos equivocarnos.

# Christopher Saunders

*África del Sur, en política, ha avanzado por medio de desastres, y económicamente, gracias a los beneficios inesperados*.

C. W. DE KIEWIET,
*A History of South Africa, Social and Economic*

Muchos han citado esta frase extraída de la clásica breve historia de África del Sur de Cornelis de Kiewiet, considerando que se trataba de una acertada descripción de la evolución de África del Sur. De Kiewiet era un maestro de la frase con gran contenido, y en esta en particular se refería al descubrimiento de diamantes a finales de la década de 1860 en el centro del territorio que se convertiría más tarde en la República de Suráfrica en 1910. El hallazgo, en 1886, del mayor yacimiento de oro jamás descubierto significó unos beneficios imprevistos aún mayores sin los cuales el país no hubiera podido desarrollarse del modo que lo hizo en el siglo XX. De Kiewiet, ya exiliado cuando escribió estas palabras, entendió el desarrollo político del país en dirección a una segregación racial cada vez más intensa como un desastre. Vivió para ver los cambios en Suráfrica, sometida el *apartheid* y apuntando a una guerra civil racial, pero murió antes del final relativamente pacífico del *apartheid* y del advenimiento de una nueva democracia en la década de 1990. Aunque algunos comentaristas en la actualidad vean otro «desastre» en la hegemonía del Congreso Nacional Africano y su tolerancia de las prácticas corruptas, este aforismo, si lo sometemos a un profundo análisis, no logra captar la complejidad de la historia del país.

# Guy Saville

*La historia la escriben los vencedores*.

GEORGE ORWELL, 4 de febrero de 1944

Las palabras de Orwell eran ciertas con respecto a la historia que las precedía, y más clarividentes aún con relación a los acontecimientos que vendrían después.

En los años transcurridos desde la segunda guerra mundial, la versión de los acontecimientos de los vencedores ha sido repetida con tanta convicción que mucha gente hoy en día tiene una versión distorsionada de la historia. En lugar de la compleja realidad, domina ahora el mito de la «hora más gloriosa» del Reino Unido, o el de la «gran guerra patriótica» de la URSS, al mismo tiempo que Estados Unidos se ha posicionado como el salvador del mundo libre. En resumen, los vencedores convirtieron la guerra en una lucha maniquea entre las fuerzas del bien y las fuerzas malignas del nazismo.

No se trata de condonar o exonerar los crímenes del Tercer Reich, pero la verdad no es blanco o negro: como decía Graham Greene, «es algo más parecido al gris y al negro». Creo que deberíamos divulgar los incidentes como el bombardeo de Dresde, que llevaron a cabo las fuerzas británicas (en el que murieron veinticuatro mil civiles en un único ataque aéreo), o el historial de violencia sexual del Ejército Rojo durante los combates que acompañaron su avance en dirección a Berlín. Recientemente, los historiadores han empezado a dar a conocer esta carnicería, pese a lo cual un aura de beatería moral sigue rodeando las crónicas que los Aliados hacen de sí mismos entre 1939 y 1945.

¿Por qué es importante poner en duda la descripción que hacen los vencedores de la historia? Porque si no lo hacemos, corremos el riesgo de caer en la complacencia y de aceptar la convicción de que siempre estamos en el lado correcto, y más justo. No hacerlo significa hacer caso omiso de las terribles cosas que se les pueden hacer a los vencidos. Esta visión maniquea rechaza la empatía. Los conflictos posteriores a la segunda guerra mundial, como el de Vietnam o el de Irak, pueden entenderse en parte como una herencia de dicha visión.

Esta es la razón por la que siempre me han fascinado las versiones alternativas de la historia: nos obligan a replantearnos nuestras presuposiciones. Un mundo que hubiera visto la victoria del Tercer Reich hubiera presupuesto una historia de un color muy diferente. Si seguimos la aserción de Orwell, hubiera convertido los triunfos de los Aliados en crímenes de guerra, y las atrocidades nazis se hubieran transformado en actos de heroísmo necesarios para salvaguardar la civilización. Si esta posibilidad nos provoca horror, o nos parece insoportable, entonces he conseguido lo que pretendía, puesto que nos obliga a darnos cuenta de lo subjetiva que es la historia.

Sin las dudosas certezas a las que nos aferramos, probablemente nos cuestionaríamos no solo el pasado, sino también el presente. Y eso solo puede beneficiar al futuro.

# Desmond Seward

*Yo creo que el deber supremo del historiador es escribir historias, es decir, intentar registrar en una extensa sucesión los hechos y movimientos más importantes que han dominado, con su vaivén, los destinos del hombre*.

SIR STEVEN RUNCIMAN,
prefacio a *Historia de las cruzadas*

El historiador que más admiro es sir Steven Runciman, a quien conocí bien. Aunque no soy experto en Bizancio como él, Runciman me enseñó muchas cosas acerca de su modo de abordar la escritura de la historia, un enfoque anticuado, pese a lo cual Runciman fue uno de los historiadores más leídos del siglo XX. La cita es una protesta contra los historiadores modernos que producen lo que él llama «disertaciones demasiado especializadas». Él creía que la perfección es imposible cuando se describe una amplia imagen, pero el historiador tiene que intentarlo del mejor modo posible. (Algo que, irónicamente, es cierto de su *Historia de las cruzadas*, ahora ya superada por los estudios históricos modernos.)

Runciman, no tanto un revisionista como un buscador de la verdad, criticaba a los historiadores actuales por el énfasis que ponen en la investigación documental que, en su opinión, suele terminar en la producción de «solo otra fuente secundaria». Su propio enfoque lo resume su primer libro, *The Emperor Romanus Lecapenus*, que trata de un monarca, hasta el momento de la publicación del libro, considerado sin importancia. Utilizando fuentes armenias y siríacas (Runciman leía estos dos idiomas), demostró que este oscuro monarca del siglo X, gracias a una hábil diplomacia, había logrado mantener a los turcos fuera de Anatolia, y que el abandono de sus políticas había permitido que, al final, los otomanos conquistaran Bizancio.

Algunos de sus rivales menospreciaron a Runciman y lo calificaron de «historiador narrativo», algo que él se tomó como un cumplido. (Dijo de otro historiador de las cruzadas: «Ese hombre piensa que escribir de forma legible es un pecado».) La legibilidad era uno de sus grandes puntos fuertes; sus *Cruzadas* se siguen imprimiendo, y en muchos aspectos se parecía a Gibbon. Preguntado, no obstante, sobre a quién había tomado como modelo para definir su estilo, siempre respondía: «A Beatrix Potter; ¿se imaginan a la señora Conejo diciéndole a Perico que tenga cuidado y que recuerde a su padre, que terminó en un pastel? ¡Hay que dejar que la historia se explique a sí misma!».

# Gary Sheffield

*Precedentes aproximados*.

ANDREW GORDON,
*The Rules of the Game:*
*Jutland and British Naval Command*

Aunque tal vez sea algo muy poco habitual en un profesor de universidad, me gusta describirme como «historiador aplicado». Durante los primeros veinte años más o menos de mi carrera académica trabajé para los militares británicos. Empecé en el Departamento de Estudios de la Guerra del Ejército, en la Royal Military Academy de Sandhurst. Más tarde, me trasladé al Joint Services Command and Staff College, donde tuve el privilegio de trabajar como uno de los tres historiadores en el de élite Higher Command and Staff Course (HCSC). Los militares británicos no suelen emplear a los historiadores militares porque el tema sea interesante, sino porque entienden que es profesionalmente pertinente para los oficiales. Uno de los aspectos clave de esto consistía en aprender del pasado.

Lo que nos lleva a mi cita favorita, cuyo autor es un antiguo colega mío en el HCSC, el doctor Andrew Gordon: que en la historia militar existen «precedentes aproximados» que son significativos para el presente. La frase está extraída de la obra maestra de Andrew, *The Rules of the Game: Jutland and British Naval Command*, y él me garantiza que se trata de un «gordonismo» original. Resume muy bien cómo la historia militar, si se utiliza con precaución, puede ser una guía en los tiempos modernos, y esa era nuestra filosofía subyacente en la enseñanza que se les daba a los futuros altos mandos del HCSC. Porque la guerra es un fenómeno único, y podría sostenerse que las guerras y batallas individuales que se libraron en diferentes tiempos y épocas tienen más en común entre ellas que con otros

acontecimientos contemporáneos no militares. La tecnología ha cambiado de un modo radical desde la época de Alejandro Magno, pero la naturaleza de la guerra no ha cambiado, ni tampoco sus fundamentos. La logística, las dificultades del mando, la importancia de la moral, y los elementos de la estrategia son nuevas facetas de la guerra que han permanecido bastante constantes, incluso después de incorporar a la ecuación factores culturales y otras variables.

No obstante, hablar de «aprender lecciones» de la historia militar es algo demasiado crudo. Resulta en extremo peligroso saquear la historia militar en busca de ejemplos que apoyen un determinado plan de batalla o alguna doctrina, aunque con demasiada frecuencia eso sea precisamente lo que han hecho los oficiales militares. Es trabajo del historiador aplicado indicar amablemente, pero con firmeza, que este enfoque es equivocado. Sir Michael Howard ya sostenía cincuenta años atrás que la historia militar debería estudiarse en toda su extensión, además de en profundidad, y debería contextualizarse. Cuando utilizamos el concepto de «precedentes aproximados» hacemos hincapié en el valor de la historia militar al mismo tiempo que desalentamos la idea de que el pasado proporciona un modelo para el presente. Los oficiales que, en 1991, planificaban la Operación Tormenta del Desierto, la ofensiva para reconquistar Kuwait, invadido por los iraquíes se basaron en la batalla de Cannas en el año 216 a. C. y en la moderna doctrina operacional soviética surgida de la segunda guerra mundial. Ambas proporcionaron precedentes aproximados para la tarea a la que se enfrentaron las tropas de la coalición, y se fusionaron en el acertado diseño de una operación bélica de finales del siglo XX.

# Dennis Showalter

*¡Es bueno que esto sea tan terrible! ¡Si no fuera así, le cogeríamos cariño!*

ROBERT E. LEE, 13 de diciembre de 1862

Lee, un gran soldado y un gran caballero, ahonda en la herida de la ambivalencia más fundamental de la civilización occidental, el modo de entender la guerra. Desde la época de la Antigüedad griega, e incluso antes, ninguna sociedad, ningún pueblo ha sostenido su existencia sin ser hábil en la guerra. Muy pocos pueblos y sociedades han caído sin intentar impedir su decadencia por la fuerza de las armas. Tampoco existen líneas claras que separen a la mayor parte de la gente de la mayor parte de los soldados. La guerra ejerce una poderosa fascinación, y si los combates pueden ser fuente de honor, de identidad y de placer, la guerra, al mismo tiempo y a causa de su propia naturaleza, tiende a la violencia entrópica, sin estructura, sin propósito, sin sentido. Atenea, diosa de la victoria y de la sabiduría, y Jano, con sus dos caras mirando fijamente en direcciones opuestas, se combinan eternamente para darle forma a una perspectiva fundamental en la identidad del «inquieto Occidente».

# Dan Snow

*Si queremos que todo siga como está, es preciso que todo cambie*.

GIUSEPPE TOMASI DI LAMPEDUSA, *El gatopardo*

Esta es la única y más importante «lección de la historia». El estancamiento es imposible en los asuntos humanos. Somos una especie en evolución que vive en un planeta de inmenso dinamismo. Los períodos de continuismo inalterable son breves y, en cualquier caso, casi sin duda ilusorios. Las sociedades son igual de vulnerables que los individuos a la enfermedad y a los accidentes que pueden desestabilizar y destruir en un instante.

Hoy en día, la máxima de Lampedusa no podría ser más pertinente. Nunca antes se ha sentido una cultura tan cómoda, tan segura de su inmortalidad, como la nuestra al principio del siglo XXI. Y sin embargo, el experimento en democracia liberal occidental acabará, igual que terminó Roma; un día, nuestro Rin se congelará. Ya Shakespeare se había percatado de que los imperios más poderosos y las civilizaciones más sofisticadas no son más que «espectáculos de escaso contenido».

Desde mi posición de ferviente generalista, he observado que cada período al que llego se describe casi de inmediato como «de transición», una presunción que implica que la estabilidad espera más allá del horizonte en el campo de otro. No es así. La historia humana es anárquica, y la única constante es el cambio.

# Timothy Snyder

*Lo que queremos decir al hablar de sensibilidad histórica es saber no lo que ocurrió, sino lo que no ocurrió*.

ISAIAH BERLIN

Cualquier historiador, igual que cualquier ser humano, empieza a partir de la confusión de hoy, la imposibilidad de comprender lo que está ocurriendo en el momento mismo en el que está ocurriendo. Los historiadores tienen la suerte de poder contar con tiempo y con las herramientas para reflexionar, despacio y con juicio crítico, sobre algún momento determinado del pasado. Es posible que discutamos, pues este es nuestro deber, sobre la descripción y la interpretación, pero lo que sí podemos hacer es descartar las peores y avanzar hacia las mejores, y desarrollar algún tipo de reflejo sobre lo que podría y no podría haber sido. Me gusta creer que en algunos de nosotros la «sensibilidad histórica», el «sentido de la realidad» de Berlin, evoluciona hasta convertirse en la capacidad de descartar algunas de las interpretaciones menos razonables de los acontecimientos de nuestro propio tiempo, una facultad que tal vez resultaría útil en una época hambrienta de credibilidad.

# Hew Strachan

*Cuando la gente habla, como suele hacer a menudo, de influencia política perjudicial sobre la gestión de la guerra, no está diciendo lo que en realidad quiere decir. Su disputa debería ser con la política en sí, y no con su influencia. Si la política es correcta, es decir, si logra sus objetivos, cualquier efecto deliberado que tenga sobre el modo de conducir la guerra solo puede ser bueno. Si tiene el efecto contrario, la política es equivocada*.

CARL VON CLAUSEWITZ, *De la guerra*

Cuando los críticos quieren analizar las relaciones entre la guerra y la política, citan con demasiada buena gana el aforismo de Clausewitz que dice que la guerra es la prolongación de la política por otros medios, y lo hacen sin tener en cuenta las advertencias y las calificaciones que hizo el propio Clausewitz de esta proposición. Esta cita es la más destacable, pero no el único ejemplo, de la lectura tan selectiva que se hace de Clausewitz. Aparece en el mismo capítulo en el que Clausewitz enuncia la proposición fundamental con respecto a la relación entre guerra y política, y nos recuerda que la política no puede pedirle a la guerra aquello que es contrario a la propia naturaleza de la guerra. Un plan de guerra, como bien señala Clausewitz al final del capítulo 3 del libro VIII en *De la guerra*, necesita estar gobernado «por las conclusiones generales que se extraigan de la naturaleza de la guerra». Ni siquiera queda claro que Clausewitz estuviera convencido de que la política es parte de la naturaleza de la guerra; en ocasiones sostenía que la política era ajena a la guerra, un elemento externo que actuaba en oposición a la propia dinámica de la guerra. Los dirigentes políticos no parecen ser demasiado conscientes de

esta proposición, en especial en los estados democráticos. Sería necesario que la tuvieran en cuenta si proponen utilizar la guerra como un instrumento político.

# Julian Thompson

*La mayor parte de las batallas se parecen más a un patio de colegio de un barrio marginal a la hora del recreo que a un enfrentamiento entre dos gigantes del fútbol en el estadio de Wembley. Son desordenadas, inorgánicas y sin coordinación. Solo es mucho más tarde, cuando los burócratas ya han ordenado y pulido sus informes, y cuando los generales han publicado sus memorias, cuando el historiador, con su mente metódica, puede discernir un patrón comprensible en lo que era, esencialmente, un combate de lucha libre, si no un caos, en la época en la que ocurrió*.

GENERAL DE BRIGADA
S. L. A. MARSHALL

He aquí una de las mejores descripciones de una batalla que he leído nunca: esencialmente, una actividad caótica, y los vencedores suelen ser aquellos que logran acabar primero con el caos. Un comandante experto, en especial uno que haya leído historia, comprende esto y prepara adecuadamente a sus tropas. El general de brigada James Hill, la víspera de la operación de Normandía en junio de 1944, se dirigió a su 3.ª Brigada de paracaidistas con estas palabras: «Caballeros, pese a su excelente formación y a las órdenes recibidas, que no les invada el desaliento si reina el caos, porque, no les quepa ninguna duda, el caos reinará». El general de brigada estadounidense Norman Cota, en las palabras que dirigió a la 29.ª División de infantería antes del desembarco en Omaha Beach, en Normandía, también añadió estas palabras: «Encontrarán confusión. Las lanchas de desembarco no cumplirán el horario, y la gente desembarcará en el lugar equivocado. Algunos soldados ni siquiera desembarcarán».

Cuánta razón tenían los dos.

# Claire Tomalin

E. P. Thompson declaró en una ocasión que había escrito su libro más famoso para rescatar a la clase trabajadora de la condescendencia de la historia. Siempre he admirado esta formulación, y me propuse escribir libros siguiendo este mismo espíritu, para rescatar a las mujeres de la condescendencia de la historia.

# Joanna Trollope

*[Los victorianos] eran gigantes lisiados; el más fuerte de ellos caminaba con una pierna más corta que la otra … Hay momento en los que Carlyle, un místico muy creativo, se convierte de repente en un calvinista común y corriente. En otros, George Eliot, una profetisa, se convierte en una institutriz. Y también hay momentos en los que Ruskin se convierte asimismo en una institutriz, sin ni siquiera tener la excusa del sexo…*

G. K. CHESTERTON

Descubrí esta cita de Chesterton hace mucho tiempo, mientras investigaba para una de mis novelas históricas, y me pareció muy sugestiva, sobre todo porque es algo irrespetuosa. La encuentro, simplemente, muy divertida. Y lo es más aún por lo seguros que estaban los victorianos de sí mismos, de sus valores y de su cosmovisión. Chesterton se limita a añadirles la nariz roja de los cómicos a algunas vacas sagradas, y el resultado es alentador, en especial en una época como la nuestra, en la que estamos infinitamente menos convencidos de cualquier cosa.

# Stephen Turnbull

*Las clases luchan, algunas clases triunfan, otras son eliminadas. Así es la historia*.

MAO TSÉ TUNG

Si algo me gusta de la historia china es que hay mucha.

Recuerdo un cuento que trataba del paso de una dinastía china a otra. No recuerdo de qué dinastías se trataba. Digamos que la Qing sustituía a la Ming. La gracia del cuento reside en que eso es lo de menos, pero el cuento explica que lo primero que hicieron los nuevos monarcas fue ordenar que se retirara la piedra que coronaba la puerta de Pekín y que llevaba inscrito un enorme carácter que decía «Ming». Los obreros empezaron a cortarla con un cincel y después de muchos esfuerzos y un considerable trabajo, cuando estaban a punto de romperla en pedazos, intervino un funcionario Qing. En realidad, se trataba de un objeto muy hermoso y, al fin y al cabo, los Ming habían gobernado alrededor de tres siglos, así que se tomó la decisión de conservarlo. La piedra pesaba demasiado para bajarla hasta el suelo, así que el funcionario sugirió que la colocaran en una pequeña habitación allá arriba, en el parapeto que había quedado al descubierto gracias al trabajo de talla de los obreros. Lograron abrir la puerta tras muchos esfuerzos, y en el interior de la sala encontraron otras piedras amontonadas en las que podía leerse «Yuan», «Song», «Tang», «Sui»…, en fin, solo es un cuento.

HISTORY

# Christopher Tyerman

*La historia lo es todo para todos los hombres. Está al servicio de las buenas causas, y de las malas. En otras palabras, es una ramera y un mercenario, y por esta razón presta un mejor servicio a aquellos que más sospechan de ella*.

HERBERT BUTTERFIELD

Un malentendido habitual es que la historia es sinónimo del pasado y que los historiadores estudian dicho pasado. No lo hacen, y no pueden hacerlo. Lo que hacen los historiadores es estudiar los restos del pasado que existen en el presente. Por lo tanto, cualquier visión de este pasado es una visión parcial, incompleta, dependiente, y su interpretación invita necesariamente a lo tendencioso y a lo partidista. Butterfield nos recuerda que, igual que, o tal vez porque, la historia no reivindica nunca la verdad objetiva y absoluta, se presta a la manipulación y a la distorsión. La historia es neutral, es la suma de los testimonios que han sobrevivido. Por sí sola, carece de cualquier dimensión moral o didáctica hasta que los historiadores se la dan, y así puede ser utilizada para apoyar anacrónicos intereses políticos, ideológicos o culturales, de derechas o de izquierdas, religiosos o laicos, nacionalistas o imperiales. Y lo anterior es tan cierto para los defensores del excepcionalismo providencial estadounidense o de la superioridad del capitalismo occidental como lo era para Stalin, Franco o Goebbels.

En ningún ámbito es más obvio lo anterior que en mi propio y particular campo de estudio, las cruzadas. Los recuerdos de las guerras de religión medievales siguen siendo tóxicos, un motivo de queja vigente y extendido desde Oriente Próximo hasta Grecia y el Báltico oriental. Y sin embargo, lo que se intercambia no son hechos sino sentimientos, enmarcados en las presunciones culturales contemporáneas y moldeados

para convenir a los autores y al público. Los protestantes consideraron que las cruzadas, en su aspecto religioso, estaban corruptas; los sabios de la Ilustración desdeñaron su fanatismo; los románticos y los nacionalistas del siglo XIX las calificaron de indicadores de energía cultural positiva, espíritu religioso y protocolonialismo, parte de una supuesta lucha intemporal entre dos tipos de construcciones ideológicas, la de «Oriente» y la de «Occidente». Recientemente, a este tipo de puntos de vista materialistas se les ha incorporado otra concepción de las cruzadas, la que las considera guerras ideológicas, aparecida y extendida durante el siglo pasado.

La única certidumbre inmutable se encuentra, no en la comprensión de la historia, sino en las polémicas visiones de un pasado inventado conveniente, un especial peligro para los generalistas y para aquellos que quieren ordenar la historia en pulcros patrones. Al cuestionar las interpretaciones opuestas, y los extendidos y frecuentemente malignos mitos históricos, el estudio crítico de la historia se libera; utilizarlo mal puede esclavizar mentes, cuerpos y sociedades enteras.

# Ted Vallance

*Ningún hombre puede tener en su mente una concepción del futuro, puesto que el futuro todavía no es. Sin embargo, hacemos un futuro a partir de nuestras concepciones del pasado*.

THOMAS HOBBES,
*Elementos de derecho natural y político*

Esta cita del filósofo político del siglo XVII Thomas Hobbes parece engañosamente clara: el pasado nos proporciona un arsenal de precedentes que podemos utilizar para hacer predicciones razonables de cómo serán las cosas en el futuro. Sin embargo, por supuesto, Hobbes era un pensador demasiado sensato como para caer en la trampa de afirmar tajantemente que las lecciones de la historia proporcionan una guía segura para acciones futuras; la experiencia, dijo, «no concluye nada de forma universal».

En mi opinión, la belleza de esta cita reside en cómo resume y engloba tanto lo esencial que es la historia para la existencia humana como la complejidad de nuestra relación con el pasado. Nuestras acciones las guía lo que creemos que ha ocurrido antes, pero nuestra percepción de la historia está inevitablemente centrada en el presente y es, también inevitablemente, subjetiva.

Una interpretación de la historia amplia, profunda y con sensibilidad puede enriquecer mucho nuestra comprensión del presente y, en efecto, ayudarnos a emitir juicios informados sobre el futuro. Hacer una lectura selectiva de la historia a través de ojos partidistas puede ser una fuerza poderosa y destructiva. El propio Hobbes vio que el conocimiento histórico podía llevar a su país derecho a una catástrofe. En su *Behemoth*, publicado en 1668, llegó a la conclusión de que había que buscar la causa profunda de la guerra civil inglesa en cómo se enseñaba la historia clásica en las

universidades. Hobbes afirmaría que en la historia que se enseñaba «el gobierno del pueblo fue exaltado con ese glorioso nombre de libertad, y se deshonró a la monarquía al darle el nombre de tiranía; y así, a partir de entonces, se enamoraron de sus formas de gobierno». Dado el poder de la historia, ¡no es extraño que los sucesivos ministros de Educación [del Reino Unido] de los siglos XX y XXI se hayan sentido tan ansiosos por dictar los términos del currículo escolar!

# Charles van Onselen

*Si allí no estamos también nosotros, esos te endilgan la república. Si queremos que todo siga como está, es preciso que todo cambie*.

GIUSEPPE TOMASI DI LAMPEDUSA, *El gatopardo*

Los historiadores, y más especialmente los historiadores sociales, tienen mucho que aprender de los mejores escritores de ficción. Los buenos novelistas han dominado el arte de mantener una narrativa ágil sin por ello abandonar la necesidad de, al mismo tiempo, hacerle justicia al proceso y a la estructura, una de las habilidades fundamentales cuando se trata del arte de escribir la historia. Los grandes novelistas tienen, además, la envidiable capacidad de deslizarse sin esfuerzo sobre terrenos que a los historiadores les parecen difíciles: la contradicción, la ironía y la paradoja. Las percepciones de nuestros primos de oficio pueden ser pertinentes y, en ocasiones, saludables.

*El gatopardo*, de Giuseppe de Lampedusa, ofrece una de las mejores lecciones en dos frases que cualquier historiador podría desear. El príncipe, sintiendo la amenaza creciente a la monarquía, advierte a su sobrino y le aconseja que extreme la precaución cuando elija su causa y su compañía, a lo que Tancredi le responde del modo que hemos visto más arriba.

Esta frase contiene una gran lección para cualquiera que desee comprender la angustiosa lentitud de la muerte del *apartheid* del siglo XX en Suráfrica, o la longevidad de tantos otros estados autoritarios en África. En Suráfrica, una minoría blanca realizó intentos cada vez más infructuosos de cambiar cosas con la esperanza de que las cosas siguieran como estaban. La capacidad de detectar el punto en el que la continuidad deja paso al

auténtico cambio es fundamental en cualquier análisis histórico convincente. Sentir dónde radica esta diferencia es uno de los retos principales a los que se enfrenta la nueva élite de África del Sur.

# Gerhard L. Weinberg

*La historia nos enseña que los hombres y las naciones actúan de un modo inteligente una vez que han agotado todas las otras alternativas*.

ABBA EBBAN

Esta cita de 1970 del diplomático y político israelí Abba Ebban es seguramente un modo eficaz para que los historiadores y el público en general enfoquen la historia de Alemania en los tiempos modernos. Algunas de las alternativas agotadas, primero por Prusia y después por Alemania, tal vez parezcan desconcertantes si no las observamos desde este punto de vista. Federico II, a menudo llamado «el Grande», se alió con Rusia y Austria para llevar a cabo la primera partición de Polonia poco después de que el ejército ruso abandonara Berlín, que había ocupado durante la guerra de los Siete Años. Inventó la idea de un corredor este-oeste que dividiera Polonia desde el puerto polaco de Danzig (conquistado por Prusia), y que al mismo tiempo facilitara que Rusia se acercara a Europa central. La supuesta «gran» idea de acercar Rusia todavía más a Prusia-Alemania sería adoptada y aplicada por sucesivos gobiernos prusianos y alemanes hasta que el ejército ruso volvió a entrar en Berlín en 1945. Hubo que esperar al gobierno de Helmut Kohl para ver el valor de lo que antes había sido evidente: una Polonia fuerte e independiente como una forma de proteger la frontera oriental de Alemania, cualquiera que fuera su trazado, lo que exigía un empuje para su ingreso en la OTAN. Podríamos citar muchos otros ejemplos, tales como el acercamiento entre Alemania y Francia en cuestiones de asuntos exteriores, y la amplia aceptación de la democracia parlamentaria en asuntos nacionales. Muchos de los observadores de Alemania hace unos cien años no hubieran imaginado jamás algunas de las alternativas que agotó ese país, como por ejemplo los asesinatos en masa de

lo que llamaron programa de eutanasia y el Holocausto; alternativas a las que, sin embargo, han seguido enfoques inmensamente diferentes y mucho más humanos a los difíciles retos a los que Alemania, igual que el resto de los países, se ha tenido que enfrentar de vez en cuando. Tal vez el diplomático israelí estuviera en lo cierto.

# Keith Windschuttle

*El teólogo tal vez se complazca en la placentera tarea de describir la religión tal como descendió del cielo, ataviada en su pureza nativa. Al historiador se le impone un deber más melancólico. Debe descubrir la inevitable mezcla de error y corrupción que la religión contrajo tras una larga estancia en la tierra entre una raza de seres débil y degenerada*.

EDWARD GIBBON,
*Historia de la decadencia y caída del imperio romano*

*Y la clase cobra existencia cuando algunos hombres, de resultas de sus experiencias comunes (heredadas o compartidas), sienten y articulan la identidad de sus intereses a la vez comunes a ellos mismos y frente a otros hombres cuyos intereses son distintos (y habitualmente opuestos) a los suyos*.

E. P. THOMPSON,
*La formación de la clase obrera en Inglaterra*

En mi opinión, el de Gibbon es el mejor consejo que cualquier historiador ha dado nunca a sus colegas de profesión. No solo es aplicable a la historia de la religión, sino también a todos los campos de la disciplina, en especial a la historia política. No nos dejemos llevar por el sentimentalismo, ni glorifiquemos cualquier causa, y menos aún intentemos convencer a la gente de que pueden hacer el cielo en la tierra. La búsqueda es siempre inútil, y la solución está condenada a ser trágica.

En mi generación, el mayor transgresor del consejo de Gibbon fue el historiador al que durante más de una década, durante mi juventud, intenté emular: Edward Thompson, el disidente del Partido Comunista que en 1963

escribió *La formación de la clase obrera en Inglaterra*. Thompson era el historiador al que yo más había admirado en el pasado. Su investigación parecía meticulosa y exhaustiva; su prosa, apasionada y combativa, y su empatía con los más desfavorecidos de este mundo, fascinante. Thompson creó, casi sin ayuda y él solo, «historia desde abajo», o historia social, un movimiento que sus seguidores más tarde atrincheraron en las universidades, convirtiendo así una gran parte de su disciplina, la investigación erudita, en dogma ideológico. A la larga, su concepto de la lucha de clases quedó al descubierto como ficción sociológica, una teoría abstracta que abusaba de los testimonios y de las pruebas y, peor, de la misma gente a la que Thompson defendía. Dondequiera que el Partido Comunista ganara algún poder, la lucha de clases, y el insidioso relativismo moral que llevaba incrustado, sancionaban el asesinato político a gran escala.

Como observaría Gibbon en el año 1776, la teología es una tarea placentera, pero la historia de su estancia en la tierra es harina de otro costal. A la muerte de Edward Thompson, en 1993, el credo comunista, a cuyo beneficio Gibbon había escrito su historia, se había venido abajo, y nada quedaba de ello, salvo el número de víctimas, cien millones de personas.

# Gordon S. Wood

*La historia es filosofía enseñada a través de ejemplos*.

DIONISIO DE HALICARNASO

Este antiguo dicho se le suele atribuir a Dionisio de Halicarnaso, historiador griego del siglo I a. C., quien citó a Tucídides como su fuente. En el siglo XVIII, lord Bolingbroke hizo famoso este aforismo entre el mundo de habla inglesa. Los líderes políticos del siglo XVIII leían las *Vidas* de Plutarco con la esperanza de aprender cómo gobernar.

En la actualidad, y aunque mucha gente siga manteniéndose fiel a esta visión de la historia, en especial aquellos que buscan casos de heroísmo o de altruismo para emular, probablemente la mayor parte de los historiadores no darían mucho crédito a esta idea que sostiene que la historia es la filosofía enseñada a través de ejemplos. Tras los cataclismos que provocaron la Revolución Francesa y los escritos de Hegel y de otros autores, muchos historiadores del siglo XIX (excepto Thomas Carlyle) empezaron a creer que el pasado ya no podía ser entendido como una serie de acciones discretas realizadas por individuos heroicos. En lugar de ello, entendieron que las acciones colectivas de millones de personas creaban un complejo proceso histórico que se superpone a las acciones de cada uno de los individuos. La mayor parte de los historiadores actuales tienden a interpretar que los acontecimientos en el pasado son tan poco habituales, si es que no únicos, como complicados; y que al formar parte de un tiempo y de un lugar determinados y diferentes, este tipo de acontecimientos apenas son capaces de enseñarnos alguna lección específica.

En la medida en que la historia nos enseña lecciones, parece que solo nos enseña una, aunque es importante: que nada funciona nunca del modo que pretendían o esperaban los protagonistas del pasado. Al demostrar que

los planes mejor preparados de nuestros antepasados, en general, solían torcerse, el estudio de la historia revela el grado hasta el cual las generaciones que nos precedieron quedaron cautivadas por las ilusiones; en efecto, el proceso histórico es realmente la constancia que queda de las ilusiones que saltaron por los aires de cada generación. Sin embargo, si no queremos convertirnos en arrogantes y condescendientes con relación al pasado, debemos reconocer que nosotros también vivimos de ilusiones, aunque no sepamos cuáles son. Al final, la única lección que nos enseña la historia es la humildad.

# Ephraim Zuroff

*Judíos, vengaos*.

ANÓNIMO, Kovno, 1941

*Judíos, escribidlo todo*.

SHIMON DUBNOV, Riga, 1941

Dos «citas» relacionadas con la historia del Holocausto han quedado grabadas en mi conciencia desde hace muchos años. La primera estaba inscrita, en el verano de 1941, en una pared de un piso judío en el barrio periférico de Slobodka de la ciudad de Kovno (Kaunas), en Lituania, después de una oleada de ataques asesinos perpetrados por los colaboradores lituanos nazis. «Yidn nekoma» («Judíos, vengaos») era la última voluntad y el testamento garabateado como una súplica en respuesta a los brutales asesinatos de sus conciudadanos judíos cometidos por los guardianes lituanos y la policía tras la invasión nazi del 22 de junio de 1941.

La segunda cita quedó registrada varios meses más tarde, a unos doscientos veinticinco kilómetros de distancia, en la ciudad de Riga, en Letonia. En el invierno de 1941-1942, mientras los nazis y sus colaboradores letones lo sacaban de su casa a rastras para asesinarlo, el destacado historiador Shimon Dubnov les dijo a los judíos a su alrededor: «Yidn Farschreibt» («Judíos, escribidlo todo»).

Estas citas, en apariencia contradictorias, una, escrita por un judío anónimo que clamaba venganza, y la otra, pronunciada por un famoso historiador judío que instaba a que se dejara constancia de todos los crímenes, han tenido para mí una resonancia especial a lo largo de los últimos treinta años, mientras intentaba descubrir y desenmascarar a los

autores del Holocausto, y facilitar que fueran juzgados en todo el mundo. Como joven investigador especializado en la historia del Holocausto, al principio seguí la exhortación de Dubnov, pero, cosas del destino, mis estudios me llevarían al final a la búsqueda de aquellos que cometieron estos asesinatos, una persecución más próxima a la petición/exigencia del anónimo judío de Kovno. En este aspecto, creo que estaba bajo la influencia de mi juventud activista cuando participé en las campañas en defensa de la judería soviética y por la seguridad de Israel, causas que, inevitablemente, estaban inspiradas por el fracaso de la generación de mis padres en impedir el Holocausto o limitar de manera significativa los sanguinarios crímenes de los nazis.

Al echar la vista atrás, creo que, a fin de cuentas, he intentado cumplir los deseos de los dos, el de Dubnov y el del anónimo judío de Kovno. La venganza tiene muchas caras, y no implica necesariamente las ejecuciones extrajudiciales. Al contribuir a llevar ante la justicia a los criminales de guerra nazis, estamos facilitando que sean castigados, aunque también, y al mismo tiempo, dejamos constancia en los archivos de la historia de sus crímenes y de su culpa, obteniendo con ello una especie de *nekoma*, y asegurándonos al mismo tiempo de que aquellas atrocidades quedarán registradas para la posteridad.

# Índice de colaboradores

La mayor parte de las biografías que siguen las han proporcionado los propios colaboradores, pero en algunos pocos casos ha sido el editor quien ha redactado la información que faltaba.

Charles Allen – Escritor e historiador británico. Sus numerosos libros sobre la India incluyen *Plain Tales from the Raj* y *Kipling Sahib*.

Joyce Appleby – Profesora emérita de UCLA que estudia la respuesta intelectual a los cambios del mundo material.

Rick Atkinson – Autor de *Un ejército al amanecer: la guerra en el norte de África, 1942-1943*, y *El día de la batalla: la guerra en Sicilia y en Italia, 1943-1944*.

Juliet Barker – Biógrafa e historiadora; sus obras incluyen *The Brontes* y *Agincourt*.

Correlli Barnett – Nombrado CBE [Commander of the Most Excellent Order of the British Empire] en 1997, es historiador militar y catedrático del Churchill College de Cambridge.

Mary Beard – Catedrática de clásicas en Cambridge.

Anthony Beevor – Autor de *Stalingrado*, *Berlín: la caída, 1945*, *La guerra civil española* y *El día D: la batalla de Normandía*.

Martin Bell – Antiguo reportero de guerra de la BBC.

Alan Bennett – Dramaturgo y autor.

Conrad Black – Historiador y editor canadiense.

Jeremy Black – Historiador y catedrático de historia.

Geoofrey Blainey – Catedrático de historia de la Universidad de Exeter.

Michael Bliss – Autor y profesor emérito en la Universidad de Toronto.

Richard Bosworth – Profesor de historia de la cátedra Winthrop, UWA, y catedrático de historia en la Universidad de Reading. Su último libro, *Whispering City: Rome and its Histories*, fue publicado en 2011.

Asa Briggs – Historiador y antiguo rector de la Open University y director del Worcester College de Oxford.

Ken Burns – Autor y director de cine, ganador de un premio Emmy y nominado en dos ocasiones a los Oscar. Su trabajo cinematográfico incluye *The Civil War* y *Brooklyn Bridge*.

K. N. Chaudhuri – Profesor emérito de la cátedra Vasco de Gama de historia de la Universidad Europea de Florencia.

Richard Cohen – Profesor invitado de escritura creativa en la Universidad de Kingston y autor, en el reciente pasado, de *Chasing the Sun*. En este momento trabaja en *The history of Historians*.

John Robert Colombo – Poeta, escritor e historiador canadiense.

Peter Corris – Escritor australiano que ha publicado más de setenta libros, entre ellos, novelas, historia y biografías.

Saul David – Profesor de estudios de la guerra en la Universidad de Buckingham, y autor de *The Indian Mutiny* y *Victoria's Wars*.

William C. Davis – Catedrático de historia en el Virginia Polytechnic Institute y en la State University.

Terry Deary – Autor de *La horrible historia del mundo* y de la serie *Tudor Terror*.

Carlo d'Este – Teniente coronel retirado del ejército, en la actualidad historiador militar y biógrafo.

Taylor Downing – Productor de películas históricas para la televisión y ganador de diversos premios, y autor de varios libros, entre ellos, *Churchill's War Lab*.

Jonathan Eig – Autor de *Get Capone: The Secret Plot that Captured America's Most Wanted Gangster*. También es autor de diversas biografías de Lou Gehrig y Jackie Robinson.

John Elliott – Profesor emérito de la real cátedra de historia moderna de la Universidad de Oxford.

Richard van Emden – Escritor e historiador militar.

John English – Autor de una biografía de Pierre Trudeau en dos tomos. En la actualidad, editor jefe del *Dictionary of Canadian Biography* y Distinguished Senior Fellow en la Munk School of Global Affairs.

Charles Esdaile – Facultad de Historia, Universidad de Liverpool.

Richard J. Evans – Profesor de la real cátedra de historia moderna de la Universidad de Cambridge, y autor de *El Tercer Reich en guerra, 1939-1945*.

Amanda Foreman – Historiadora y biógrafa; entre sus libros destacan *Georgiana, Duquesa de Devonshire* y *A World on Fire*.

Martin Gilbert – Historiador británico y biógrafo de Winston Churchill.

Hermann Giliomee – Historiador surafricano y escritor, en la actualidad profesor extraordinario de historia de la Universidad de Stellenbosch.

Donald E. Graves – Historiador militar canadiense que ha pasado toda su vida, demasiado tiempo, en los archivos creados por Arthur Doughty.

Charlotte Gray – Historiadora canadiense; su trabajo incluye *The Museum Called Canada* y *Reluctant Genius: The Passionate Live and Inventive Mind of Alexander Graham Bell*.

Tom Griffiths – Profesor de la cátedra W. K. Hancock de historia en la Australian National University, y autor de *Slicing the Silence*.

Chris Hale – Autor de *Himmler's Crusade*, que ganó el premio Gambrinus Giuseppe Mazotti en el año 2006, y de *Hitler's Foreign Executioners*.

Philip Haythornthwaite – Historiador y autor de más de cuarenta libros, muchos de los cuales tratan de diversos aspectos de las guerras napoleónicas.

John Hemming – Historiador de la conquista de los incas y del Brasil, y del Amazonas y sus pueblos indígenas.

Eric Hobsbawn – Historiador y activista británico.

James Holland – Historiador de la segunda guerra mundial.

Richard Holmes, 1946-2011 – Historiador militar y escritor. Sus trabajos incluyen *Redcoat*, *Tommy* y *Sahib*.

Harold Holzer – Autor, coautor y editor de alrededor de cuarenta libros sobre Lincoln y la guerra civil estadounidense. Ocupó durante nueve años el cargo de copresidente de la Abraham Lincoln Bicentennial

Commission. En el año 2008 fue galardonado con la National Humanities Medal.

Michael Howard – Fundador del Departamento de Estudios de la Guerra en el King's College de Londres; más tarde ocupó cátedras de historia en las universidades de Oxford y de Yale. Sus muchos trabajos sobre la historia de la guerra y de la paz incluyen una traducción al inglés de la obra de Clausewitz, *De la guerra*.

Daniel W. Howe – Autor de *What Hath God Wrought: The Transformation of America, 1815-1848*.

John Hughes-Wilson – Autor y comentarista de historia militar.

Walter Isaacson – Autor de biografías de Henry Kissinger, Benjamin Franklin y Steve Jobs.

Nigel Jones – Historiador, periodista y biógrafo. Su obra *Countdown to Valkyrie: The Plots to Assasinate Hitler* fue publicada en el año 2009.

Terry Jones – Actor cómico galés, guionista, director e historiador.

Anthony Julius – Escritor australiano con más de setenta libros publicados, novelas, libros de historia y biografías.

Grace Karskens – Profesora de historia australiana en la Universidad de Nueva Gales del Sur, y destacada especialista en historia de la Australia colonial. Su libro más reciente, *The Colony: A History of Early Sydney*, obtuvo el premio literario Prime Minister's Literary Award por una obra de no ficción en el año 2010.

Ian Kershaw – Historiador y biógrafo de Adolf Hitler. Antiguo catedrático de historia en la Universidad de Sheffield.

Robert J. Kershaw – Soldado y escritor que ha participado en películas documentales y medios de comunicación, y autor de siete libros.

Jim Al-Kahlili – Científico, autor y comunicador. Catedrático de física teórica en la Universidad de Surrey.

Henry Kissinger – Político estadounidense.

Ian Knight – Historiador especializado en la guerra zulú y escritor. Ha publicado, entre otros, *Brave Men's Blood* y *The Anatomy of the Zulu Army*.

Phillip Knightley – Autor de diez libros de historia general, entre ellos *Australia: Biography of the Nation*.

Guido Knopp – Periodista e historiador alemán.

Andrew Lambert – Catedrático de historia naval en el King's College de Londres.

Paul Lay – Editor de la revista *History Today*.

Quentin Letts – Columnista político y crítico de teatro en el *Daily Mail*, y autor de *Fifty PeopleWho Buggered Up Britain*.

Leanda de Lisle – Historiadora y comentarista.

John Lukacs – Historiador estadounidense nacido en Hungría, autor de más de treinta libros.

Robert Lyman – Historiador militar y escritor nacido en Nueva Zelanda y antiguo oficial del ejército británico.

Gavin McLean – Historiador que trabaja para el Ministerio de Cultura y Patrimonio de Nueva Zelanda, en Wellington.

Frank McLynn - Historiador y biógrafo, autor de más de treinta libros.

Hugh McManners – Historiador militar y escritor que pasó dieciocho años en el ejército británico.

Allan Mallinson – Autor de las novelas de Matthew Hervey, y de *The Making of the British Army*.

John Man – Historiador británico y autor de libros de viajes. Entre sus trabajos, *Atila: el rey bárbaro que desafió a Roma* y *Kublai Khan*.

Hilary Mantel – Autora de obras de ficción histórica y contemporánea. Su libro *En la corte del lobo*, una novela sobre Thomas Cromwell, ganó el Man Booker Prize del año 2009.

Justin Marozzi – Escritor de viajes e historiador, autor de *The Man who Invented History: Travels with Herodotus*.

Michael R. Marrus - Profesor emérito de la cátedra Chancellor Rose and Ray Wolfe de estudios del Holocausto y profesor adjunto de derecho en la Universidad de Toronto y profesor del Massey College.

Charles Messenger – Antiguo oficial del Royal Tank Regiment y reconvertido en historiador militar. Ha publicado alrededor de cuarenta libros.

Alexander Mikaberidze – Profesor ayudante de historia europea en la Louisiana State University (Shreveport).

Dan Mills – Militar de carrera, autor de *Sniper One*, un libro en el que describe sus experiencias durante la guerra de Irak.

Christopher Moore – Escritor de Toronto y autor de, entre otras obras, *Louisbourg Portraits: Life in an Eighteenth Century Garrison Town*.

Roger Moorehouse – Historiador especializado en el Tercer Reich. Autor de *Matar a Hitler: conspiraciones y atentados contra el Führer* y de *Berlin at War*.

Melissa Müller – Autora de la obra superventas *La joven Ana Frank. La biografía*, y coautora, junto a Traudl Junge, de *Hasta el último momento: la secretaria de Hitler cuenta su vida*.

Bill Nasson – Universidad de Stellenbosch.

Tim Newark – Antiguo editor de *Military Illustrated*, la principal publicación mensual de historia militar, y de una gran cantidad de obras históricas, entre ellas *Highlander*, aclamada por la crítica, y *The Mafia at War*.

Helen J. Nicholson – Historiadora profesional y escritora. Lleva corriendo en la carrera de la Reina Roja en la Universidad de Cardiff desde 1994.

David Nicolle – Escritor de historia militar británica. Entre sus publicaciones encontramos *Fighting for the Faith: Crusade and Yihad 1000-1500 AD*.

John Julius Norwich – Escritor, conferenciante e historiador de la Sicilia normanda, Venecia, Bizancio y el Mediterráneo.

Mathew Parris – Columnista y escritor. Algunos de sus libros son *Great Parliamentary Scandals*, *Scorn*, *A Castle in Spain* y *Chance Witness*.

Jonathan Powell – Antiguo jefe de gabinete de Tony Blair, ahora es director ejecutivo de Inter Mediate, ONG que trabaja en la resolución de conflictos.

Laurence Rees – Historiador británico y director de películas documentales.

Jonathon Riley – El teniente general Riley es el director general de las armerías reales, además de escritor e historiador.

Andrew Roberts – Historiador y periodista británico. Entre sus trabajos puede encontrarse *The Storms of War: A New History of the Second World War*.

Trevor Royle – Comunicador televisivo y autor, y miembro de la Royal Society de Edimburgo.

Philip Sabin – Profesor de estudios estratégicos en el King's College de Londres.

Dominic Sandbrook – Historiador, crítico y comentarista, más conocido por sus libros sobre el Reino Unido moderno, el más reciente de ellos *State of Emergency* (2010).

Christopher Saunders – Profesor emérito del Departamento de Estudios Históricos de la Universidad de Ciudad del Cabo, Suráfrica.

Guy Saville – Autor de *El Reich africano*.

Desmond Sewart – Autor de numerosas obras, entre ellas *Los monjes de la guerra: historia de las órdenes militares*, *The Hundred Years War*, *The Wars of the Roses* y *The Last White Rose*.

Gary Sheffield – Catedrático de estudios de la guerra en la Universidad de Birmingham.

Dennis Showalter – Profesor de historia en el Colorado College, y antiguo presidente de la Society for Military History.

Dan Snow – Historiador y presentador de televisión.

Timothy Snyder – Catedrático de historia en Yale, autor de *Tierras de sangre*, una historia de los asesinatos en masa de los nazis y de Stalin en Europa oriental.

Hew Strachan – Profesor de la cátedra Chichele de historia de la guerra, y profesor del All Souls College, en Oxford.

Julian Thompson – General de división retirado del cuerpo de marines, y profesor visitante en el Departamento de Estudios de la Guerra del King's College en Londres.

Claire Tomalin – Periodista y biógrafa inglesa; entre sus publicaciones destaca *Samuel Pepys: The Unequalled Self*.

Joanna Trollope – Escritora británica, autora de novelas históricas bajo el pseudónimo de Caroline Harvey.

Stephen Turnbull – Hasta hace poco tiempo, profesor visitante de estudios japoneses en la Universidad Internacional de Akita, en Japón. Especializado en la historia militar de Japón.

Christopher Tyerman – Profesor del Hertford College, Oxford, y autor de numerosos libros sobre las cruzadas; uno de los más recientes es *Las guerras de Dios* (2006).

Ted Vallance – Profesor de historia contemporánea británica en la Universidad Roehampton, y autor de *A Radical History of Britain: Visionaries, Rebels and Revolutionaries, the Men and Women Who Fought four our freedoms*.

Charles van Onselen – Historiador social de la Universidad de Pretoria.

Gerhard L. Weinberg – Historiador estadounidense nacido en Alemania.

Keith Windschuttle – Autor de *The Killing of History: How a Discipline is Being Murdered by Social Theorists and Literary Critics* y de *The Fabrication of Aboriginal, History*, vols. 1 y 3.

Gordon S. Wood – Profesor de Alva O., Way University, y profesor emérito en la Universidad Brown.

Ephraim Zuroff – Historiador del Holocausto y principal cazador de nazis del Centro Simon Wiesenthal, y director de su sede en Israel.

# Índice onomástico


Lord John Acton 1834-1902, historiador británico.
John Aubrey 1626-1697, anticuario y poeta inglés.
W. H. Auden 1907-1973, poeta inglés.
Jacques Barzun 1907-, profesor e historiador estadounidense nacido en Francia.
Carl Becker 1873-1945, historiador estadounidense.
Isaiah Berlin 1909-1907, filósofo social y teórico político británico.
Otto von Bismarck 1815-1898, estadista alemán, canciller del imperio alemán 1871-1890.
Tony Blair 1953-, estadista laborista británico, primer ministro 1997-2007.
Napoleón Bonaparte 1769-1821, emperador de Francia 1804-1815.
Fernand Braudel 1902-1985, historiador francés.
Jacob Burckhardt 1818-1897, historiador suizo.
Herbert Butterfield 1900-1979, historiador británico.
Alphonse Capone 1899-1947, gánster estadounidense nacido en Italia.
Lewis Carroll 1832-1898, escritor británico.
Camilo José Cela 1916-2002, escritor español, premio Nobel de Literatura en 1989.
Cetswayo kaMpande *c*. 1826-1864, rey zulú.
Geoffrey Chaucer *c*. 1343-1400, poeta inglés.
G. K. Chesterton 1874-1936, poeta y novelista británico.
Winston Churchill 1879-1965, estadista británico conservador, primer ministro en 1940-1945 y 1951-1955.
Marco Tulio Cicerón 106-43 a. C., político romano.
Carl von Clausewitz 1780-1831, soldado y teórico de la guerra prusiano.
Sir Percy Cradock 1923-2010, embajador británico en China en 1978-1983.
Dalai Lama 1935-, Tenzin Gyatso, reconocido como el 14.º Dalai Lama desde 1937.

Demóstenes *c*. 384-*c*. 322, político ateniense.
Greg Dening 1931-2008, historiador australiano y antropólogo del Pacífico.
Dionisio de Halicarnaso *c*. 60 a. C.-después del 7 a. C., historiador griego.
Arthur G. Doughty 1860-1936, archivero del dominio de Canadá nacido en el Reino Unido.
Shimon Dubnov 1860-1941, historiador y escritor, víctima del Holocausto.
Lord Durham 1792-1840, político liberal británico.
Abba Ebban 1915-2002, diplomático israelí nacido en África del Sur.
Príncipe Eugenio 1663-1736, soldado y político de la casa de Saboya.
William Faulkner 1897-1962, escritor estadounidense, premio Nobel de Literatura en 1949.
John Arbuthnot Fisher 1841-1920, almirante británico.
Ana Frank 1929-1945, escritora de diario y víctima del Holocausto.
Clifford Geertz 1926-2006, antropólogo de la cultura estadounidense.
Gengis Kan 1162-1227, soldado y gobernante mongol.
Edward Gibbon 1737-1794, historiador británico.
Giovanni Giolitti 1842-1928, político italiano y cinco veces primer ministro de Italia.
Andrew Gordon 1951-, historiador británico.
L. P. Hartley 1895-1972, escritor británico.
G. W. F. Hegel 1770-1831, filósofo alemán.
Heródoto *c*. 485-*c*. 425 a. C., historiador griego.
Adolf Hitler 1889-1945, dirigente político y militar alemán, 1933-1945.
Thomas Hobbes 1588-1679, filósofo político inglés.
Richard Holmes 1946-2011, escritor e historiador de la guerra.
Elizabeth Hughes 1907-1981, una de las primera enfermas de diabetes tratadas con insulina.
Alexander von Humboldt 1769-1859, explorador y naturalista alemán.
Ibn al-Haytham, Alhacén, 965-1039, científico árabe.
Usama ibn Murshid ibn Munqid *c*. 1090-1190, escritor, político, diplomático y militar sirio.
Rhys Isaac 1937-2010, historiador australiano.
Tony Judt 1948-2010, historiador estadounidense nacido en el Reino Unido.

C. W. de Kiewiet 1902-1986, historiador estadounidense nacido en Holanda.

Henry Kissinger 1923-, diplomático estadounidense.

Giuseppe Tomasi di Lampedusa 1896-1957, novelista italiano.

Robert E. Lee 1807-1870, general confederado de la guerra civil estadounidense.

Emmanuel Le Roy Ladurie 1929-, historiador francés.

Jean de Léry 1536-1613, explorador e historiador francés.

Saul Lieberman 1898-1983, estudioso del Talmud y rabino bielorruso.

Abraham Lincoln 1809-1865, político estadounidense, presidente de Estados Unidos en 1861-1865.

David Lowenthal 1923-, historiador y geógrafo estadounidense.

Nicolás Maquiavelo 1469-1527, político y filósofo de la política florentino.

Mao Zedong 1893-1976, dirigente comunista chino y fundador de la República Popular China.

S. L. A. Marshall 1900-1977, historiador de la guerra del ejército estadounidense.

Karl Marx 1818-1883, filósofo político alemán y fundador del comunismo moderno.

Shirley Millard, fechas desconocidas, enfermera estadounidense destinada al frente occidental durante la primera guerra mundial.

George Orwell 1903-1950, escritor británico.

Antonio Pérez 1540-1611, cortesano español en la corte del rey Felipe II de España.

James Prinsep 1799-1840, anticuario británico y administrador colonial en la India.

Tony Robinson 1946-, actor, comunicador y luchador político británico.

A. L. Rowse 1903-1997, historiador británico.

Steven Runciman 1903-2000, historiador británico conocido sobre todo por su *Historia de las cruzadas*.

George Santayana 1863-1952, escritor español.

Arthur M. Schlesinger, Jr. 1917-2007, historiador estadounidense.

Ronald Searle 1920-, artista gráfico y dibujante de tiras cómicas, conocido como el creador de las series de St Trinian’s School y Molesworth.

William Slim 1891-1970, militar británico, comandante del Decimocuarto Ejército en la India y Birmania durante la segunda guerra mundial.

Aleksandr Solzhenitsyn 1918-2008, novelista soviético, premio Nobel de Literatura en 1970.

Thomas Sowell 1930-, economista estadounidense.

Edward Spears 1886-1974, militar y político británico y mediador en las relaciones anglo-francesas durante la primera y la segunda guerra mundial.

Publio Cornelio Tácito *c*. 56 d. C.- después de 117, senador e historiador romano.

A. J. P. Taylor 1906-1990, historiador británico.

Margaret Thatcher 1925-, política conservadora británica, primera ministra del Reino Unido en 1979-1990.

E. P. Thompson 1924-1993, historiador social británico y activista político.

Tucídides *c*. 460-*c*. 395 a. C., historiador y escritor griego.

G. M. Trevelyan 1876-1962, historiador británico.

Pierre Trudeau 1919-2000, político liberal canadiense y primer ministro de Canadá en 1968-1979 y 1980-1984.

Mark Twain 1835-1910, escritor estadounidense.

Conde de Uxbridge 1768-1854, militar británico, más tarde marqués de Anglesey.

Charles van Onselen 1944-, historiador surafricano.

Gore Vidal 1925-, novelista y crítico estadounidense.

Voltaire 1694-1778, escritor y filósofo francés.

Duque de Wellington 1769-1852, general y político británico, primer ministro del Reino Unido en 1828-1830 y 1834.

Robert Walpole 1676-1745, político liberal británico, primer ministro en 1721-1742.

Geoffrey Willans 1911-1958, director de escuela y escritor británico.

*El peso de la historia*
Michael Leventhal

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Título original: *The Hand of History*

© del diseño de la portada, Jaime Fernández, 2012
© de la imagen de la portada, Getty Images

© 2011, Michael Leventhal

© de las ilustraciones, Chris Riddell, 2011

© de la traducción, Rosa María Salleras Puig, 2012

© Editorial Crítica, S. L., 2012
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Publicado por acuerdo con el autor, quien donará sus beneficios a la investigación sobre la enfermedad de Parkinson.

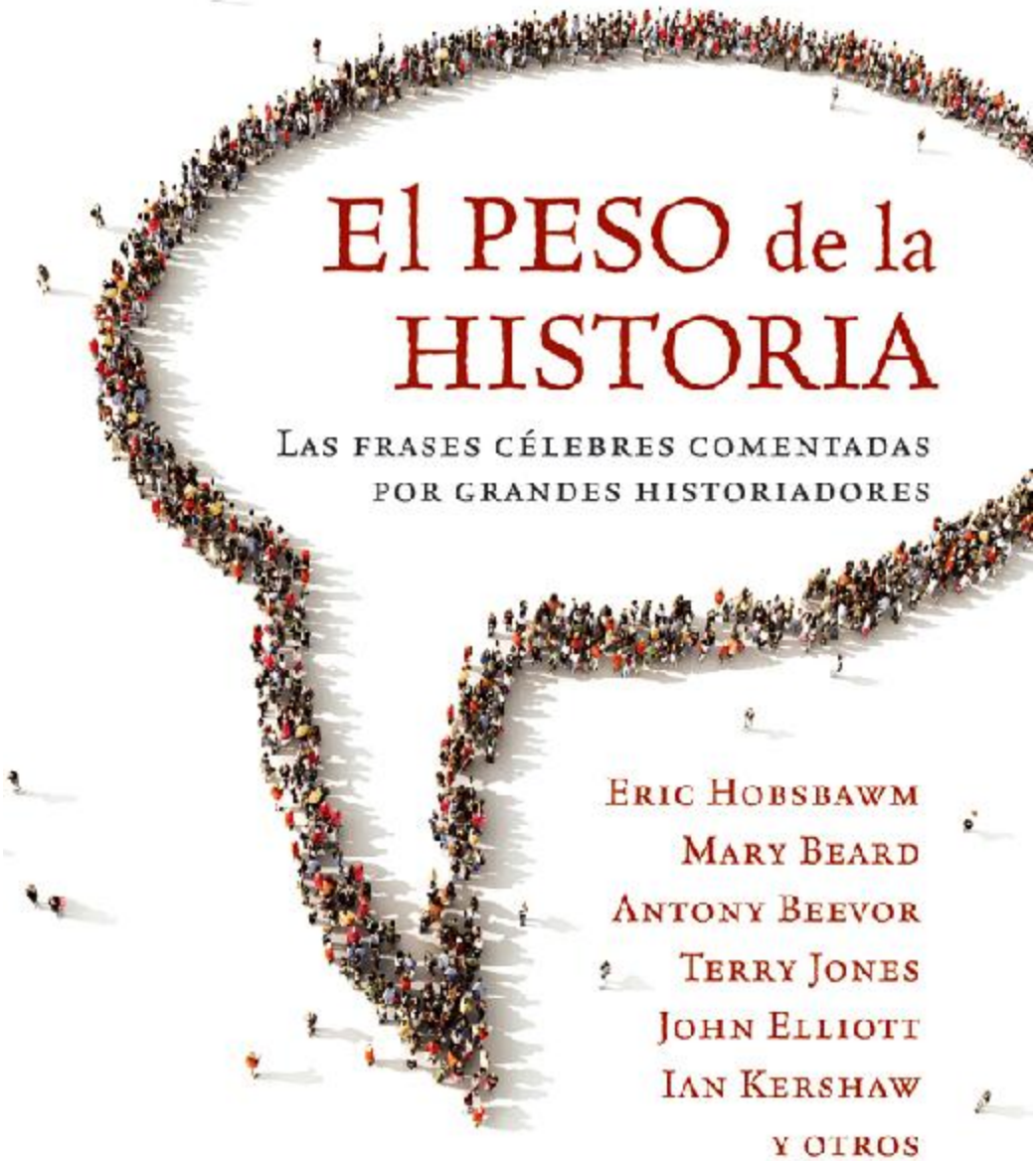
Primera edición en libro electrónico (epub): junio de 2012

ISBN: 978-84-9892-420-6 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.
www.newcomlab.com

MICHAEL LEVENTHAL, ed.

TIEMPO DE HISTORIA



# El PESO de la HISTORIA

## Las frases célebres comentadas por grandes historiadores

Eric Hobsbawm
Mary Beard
Antony Beevor
Terry Jones
John Elliott
Ian Kershaw
y otros

CRÍTICA